BARTEK EL VICTORIOSO.

POR

ENRIQUE SIENKIEWICZ

AUTOR DEL QUO VADIS

PG7158
.S4
B3

BARTEK EL VICTORIOSO

VENDESE
EN LA
- LIBRERIA RELIGIOSA -
MEXICO
Avenida del Cinco de Mayo No 4.

LIBRERÍA Y TIPO-
GRAFÍA CATÓLICA
CALLE DEL PINO, 5
* BARCELONA *

ENRIQUE SIENKIEWICZ

CÉLEBRE NOVELISTA POLACO AUTOR DEL «QUO VADIS?» «BARTEK EL VICTORIOSO,» «¡SIGÁMOSLE!» Y OTRAS NOTABILÍSIMAS NOVELAS.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

BARTEK

EL VICTORIOSO

TRADUCIDO POR M. C. G.

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde Y Tellez

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
47021

PQ7158
S4
B3

ES PROPIEDAD

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ADVERTENCIA IMPORTANTE.—Sienkiewicz, novelista polaco católico, ha escrito numerosas obras, algunas de las cuales no pueden por su realismo excesivo y por al traducirlas haber sido mutiladas ó alteradas con pérfida intención, ser de todos leídas: así, pues, nos permitimos aconsejar que no se lea obra alguna de este autor si no está aprobada por la Autoridad eclesiástica.

CAPÍTULO PRIMERO

El héroe, llamado Bartek Slovick (1), acostumbraba mirar con insistencia al fondo de los ojos de cuantos le hablaban. En realidad nada tenía de común con el ruiseñor á pesar de ser este su nombre. Por el contrario, su rusticidad le daba aspecto tan poco inteligente que le valió el apodo de «Bartek el estúpido.» Solían aplicarle otros apodos.

Para oídos alemanes «Chlovyek y Slovick»

(1) Slovick en polaco significa «ruiseñor.»

01079

sólo se diferencian en la pronunciación, y de tales analogías se aprovechan los alemanes para sustituir los nombres eslavos por sus nombres bárbaros.

Esta fué la causa del siguiente diálogo sostenido cuando alistaron á Bartek en el ejército.

—¿Vuestro nombre? preguntó el oficial.

—¡Slovick!

—¿Shloik? ¡Ah ya! comprendo. (Shloik en polaco significa hombre, ó sea *Mensch*, en alemán).

Y el oficial escribió «Mensch.»

Bartek vivía en el pueblo de Poguembin. En el principado de Poznan (Posen) son varias las poblaciones así llamadas. Sus bienes se reducían á una casa pequeña, un campo, dos vacas y un caballo. Podía vivir tranquilo con su mujer Magda.

Aceptaba, sin murmurar, la posición que Dios le deparara. Pero habiendo el Señor ordenado que estallara la guerra, Bartek se entristeció muchísimo.

Recibió orden de incorporarse al regimiento. Debió dejar su casa y abandonar sus bienes al cuidado de su esposa. Los habitantes de Poguembin eran pobres. En invierno Bartek solía trabajar en el molino y en verano cuidaba de su campo. Desde ahora ¿qué suerte le esperaba? ¿Quién podía saber el término de una guerra contra los franceses?

Cuando Magda leyó la orden de partida se echó á llorar.

—¡Ah, Dios mío! ¡muy insensatos han de ser cuantos guerrean! Bartek, verdad es que no eres sabio, pero tu partida me causa profundo dolor: ¡los franceses te cortarán la cabeza!

Bartek abrazó á su esposa y al tierno hijito, y luego, haciendo la señal de la cruz, abandonó la casa seguido de Magda y del pequeñuelo que lloraban.

Bartek repetía:—¡Por Dios, sé razonable!

Entraron en la carretera, y encontraron numerosos grupos de hombres llamados á servir al rey. Se dirigían á la más próxima estación y los acompañaban sus esposas, los ancianos, los niños y los perros.

El aspecto de los hombres era grave; sólo los muy jóvenes pensaban en fumar el tabaco de sus pipas. Algunos, que ya habían bebido, cantaban á voz en grito:

La mano de Skrynetski y sus anillos de oro no valen para la guerra lo que un sable hermoso.

Y esta multitud, contenida y dirigida por policías alemanes, avanzaba nerviosa y agitada hacia la estación. Las mujeres rodeaban con los brazos el cuello de sus hijos que iban á partir. Exclamaba un anciano: «¡Dígnese el Señor recompensar nuestras penas.» Oíase gritar: «¡Franck! ¡Kasek! ¡Josek!

¡Adiós!!!» Los perros ladraban. Los sacerdotes murmuraban oraciones: «La guerra los arrebata á todos, y no todos volverán!»

Abandonados en los campos quedaban los arados, pues Poguembin dirigíase á luchar contra Francia.

Poguembin se negaba á reconocer la preponderancia de Napoleón III y abrazaba la causa de España.

La multitud avanzaba. Por el camino una nube de polvo de oro elevábase sobre ella, pues el tiempo era seco y ardiente el sol. En los campos las espigas del trigo inclinaban sus pesabas cabezas meciéndose suavemente. Las alondras remontando su vuelo por el cielo azul cantaban, cantaban á más no poder.

¡La estación!!! La multitud aumentaba. Se le agregaron hombres venidos del alto y del bajo Kryvda, de Vyvlashchyntse, de Nyedolya, de Mizerov: ¡cuánta bulla! ¡cuánto ruido! y especialmente ¡cuánto desorden!

¡Esto era la guerra! En nombre de Dios debía la landwehr (1) proteger, durante la ausencia de los hombres, á las esposas y á las familias, las casas y los campos. Era indudable que los franceses odiaban á Poguembin, Kryvda, Vyvlashchyntse, Nyedolya y

(1) La landwehr es una especie de cuerpo de reserva que funciona como el *somatén* en Cataluña.

Mizerov. Los paisanos, leyendo la declaración de guerra, habían adquirido esta íntima persuasión.

Sin interrupción llegaban hombres de todas partes. En las salas el humo del tabaco formaba espesa nube. En el andén oíanse las voces de mando de los oficiales alemanes.

Sonó la campana, vibró un silbido: la máquina llegaba.

Una segunda campanada y súbita emoción agitó la multitud. Algunas mujeres empezaron á llorar. «¡Yadan! ¡Yadan! ¡Ah! ¡Los franceses quieren matarte!» Extraña congoja oprimía el ánimo de aquellos futuros héroes de Sedán.

La muchedumbre debió retroceder. El tren quedó parado. Por las ventanillas veíanse uniformes y esclavinas con cintas rojas, largos fusiles y bayonetas. A lo menos en apariencia era indudable que los soldados tenían orden de cantar, pues de uno á otro extremo temblaba el tren al influjo de aquel conjunto de voces formidables.

El oficial encargado del alojamiento empezó á llamar hombres. Era el postrer adiós. Bartek abrazó á su mujer.

—...Magda... ¡Adiós!

—¡Ah! ¡Pobre esposo mío!

—¡No me volverás á ver!

—¡No, no te veré jamás!

—¡Nada bueno esperes!

—¡Que la Virgen María te proteja y te salve!

—Adiós; ¡cuida nuestra casa!

La mujer llorando arrójase al cuello de su esposo...

—¡Que Dios te acompañe!

Era llegado el postrer momento. Oíase á las mujeres gritar: «¡Adiós! ¡adiós!» Y los soldados, separados de la multitud, distribuidos en cuadros, en rectángulos, formaban una masa que se movía con la regularidad y precisión de una máquina.

Suben al tren: les mandan sentarse. La gran locomotora sopla, lanzando al aire penachos de humo.

Las lamentaciones de las mujeres aumentan.

Unas se cubren la cara con el delantal, otras intentan cogerse al tren. Entre gemidos repiten los nombres de sus esposos ó de sus hijos.

—¡Adiós! Bartek, grita de nuevo Magda. ¡Que la Virgen María se digne velar sobre ti! ¡Adiós!!!... ¡Señor, protegednos!!!

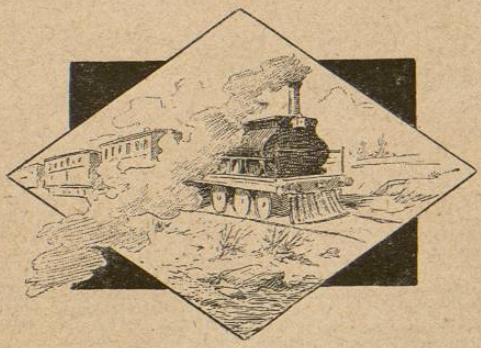
—Cuida nuestra casa, contesta Bartek.

Los pesados coches se agitan y parte el tren.

—...Y no olvides que tienes una mujer y un hijo, gritó por última vez Magda corriendo al lado del tren... ¡Adiós! En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Adiós!!!

La mujer llorando arrojóse al cuello de su esposo...

Y el tren aumenta paulatinamente su velocidad, llevándose hacia lo desconocido los guerreros de Poguembin, de las dos Kryvdas, de Nyedolya y de Mizerov.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

CAPÍTULO SEGUNDO

PARTIERON: en una dirección Magda, que acompañada de las mujeres que lloraban, regresaba á Poguembin. En dirección opuesta el tren que llevaba á lo desconocido bayonetas y fusiles: Bartek, que también era llevado á lo desconocido. Y Bartek dejó que vagaran sus ojos sobre cuanto podía ser visto de lejos: el campanario de la iglesia y la obscura masa de los altos álamos. Desaparecieron los álamos, y el campanario perdióse en el azul del cielo. Entonces profunda tristeza em-

bargó el ánimo de Bartek: presentía su desgracia. Empezó á examinar al cabo. Este debía saber los acontecimientos futuros. El cabo inmóvil chupaba la pipa. No eran las miradas de Bartek las únicas que ansiosas se fijaban en él: lo propio hacían cuantos hombres llenaban el vagón.

En sus campos los payeses, para regular el trabajo, piensan y obran con absoluta libertad. En el caso presente no sucedía así. El cabo era el acaparador de los pensamientos y el dueño de las voluntades. Si mandaba mirar á la derecha, debían mirar á la derecha: si mandaba á la izquierda, á la izquierda.

¿Qué acontecimientos se preparaban?

Aquel cabo infeliz no sabía ni un ápice más que los soldados, y se considerara dichosísimo si algún jefe superior le pudiera dar los informes tan deseados. Los hombres no se atrevían á decir palabra, pues era «tiempo de guerra.» Ignoraban lo permitido y lo prohibido. Les hablaron del *Kriegsguericht* (Consejo de guerra). No sabían lo que tal palabra significa, y por esta razón les causaba doble terror.

Llegaron á comprender que en aquellas circunstancias el cabo era más indispensable que en las últimas maniobras militares, realizadas en los alrededores de Posen. El pensaba por todos, y sin él nadie osara ni siquiera moverse.

Es probable que para encender la pipa el mosquete molestara al cabo, y lo alargó á Bartek, quien se apresuró á cogerlo, irguiéndose y mirando al cabo con encantados ojos. Sentíase conmovido por la atención del jefe.

Al llegar á la primera estación se reanudaron los cantos; el cabo parecía enojado. Se movía, murmuraba, agitábase cual deseando mostrar á los superiores incansable actividad. Púsose el tren en marcha, y otra vez quedó silencioso, inmóvil, pues también para él tenía la vida dos aspectos: uno alegre, feliz: su casa, su esposa, la región; otro sombrío, terrible: Francia y la guerra.

De vez en cuando paraba el tren y le enganchaban nuevos coches, largos convoyes llenos de caballos. Por las ventanillas asomaban los cascos de los hulanos y las bayonetas de la infantería.

Anochecía. El sol escondíase entre purpúreas nubes. El tren no volvió á detenerse; corrió veloz siempre adelante hacia las nubes rojas. Pasaban los pueblos; ciudades, iglesias, todo desaparecía confundido con los arreboles del cielo. Los soldados empezaron á cuchichear alentados porque el cabo, habiendo puesto la mochila bajo la cabeza, quedóse dormido, guardando entre dientes la pipa de porcelana. Voitek, un hombre de Poguembin, sentado al lado de Bartek, dióle un codazo.

—¡Bartek! ¡escucha!...

Bartek con cierta inquietud volvió hacia el interlocutor sus asombrados ojos.

—¿Por qué me miras como ternera arrastrada al matadero? Cierto es, pobre viejo, que también eres llevado á la muerte.

—¡Oh! ¡Oh! gimió Bartek.

—¿Tienes miedo? preguntó Voitek.

—¿Y por qué no tendré miedo? le contestó Bartek.

El rojo que teñía el Occidente aumentaba su luminoso vigor. Voitek mostróselo con la mano diciendo:

—¿Ves aquella claridad? ¿Sabes qué es, estúpido Bartek? Pues bien, es sangre. Aquí se extiende Polonia, nuestra patria, y allá, lejos, muy lejos, donde ves este rojo de sangre, es Francia.

—¿Llegaremos pronto?

—¿Tienes prisa? Dicen que dista mucho, pero no lo creas; los franceses saldrán á recibirnos...

Bartek quedó sumido en profunda reflexión, y luego preguntó:

—¿Voitek?

—¿Qué?

—Dime, ¿qué gente son los franceses?

Voitek reflexionó. Había oído afirmar á cuantos le aventajaban en edad que los franceses vencían siempre á sus enemigos. Sabía además que era un pueblo extranjero. Pero

¿cómo explicar á Bartek lo qué es un pueblo extranjero? Repitió la pregunta:

—¿Deseas saber qué gente son los franceses?

—¡Sí!

Voitek conocía tres naciones. Al centro los polacos, á un lado los moscovitas, al otro los alemanes. Alemanes los había de muchas clases. En fin, deseando expresarse con claridad contestó á Bartek:

—¿Cómo te lo explicaré? Son exactamente iguales á los alemanes, y aún peores.

—¡Oh! ¡los infames! refunfuñó Bartek.

Un miedo muy grande á los franceses empezó á posesionarse de su ánimo, al creerlos peores que los prusianos, tan crueles para los polacos.

—Los franceses jamás han sido derrotados, y aquellos á quienes persiguen en vano intentarían escapar. Un soldado francés vale por dos ó tres de los nuestros. Tienen barba como los judíos. Los hay negros como el diablo. A la vista de este pueblo no debes hacer otra cosa que encomendar tu alma á Dios...

—Y ¿por qué luchamos contra ellos?

Esta filosófica pregunta no era en realidad estúpida, por lo que Voitek apresuróse á contestar:

—Es pueblo que nos detesta. Dicen que se empeñaba en entrar *vodka* (1) de matute,

(1) Bebida semejante al aguardiente.

y el Gobierno no quiere tolerarlo. Esta es la causa de la guerra. ¿Comprendes?

—¿Por qué no lo comprendería? dijo Bartek con resignado acento.

Voitek prosiguió:

—Son gentes que persiguen las mujeres como los perros el queso.

—¿Y no permitirán que Magda huya?

—No dejan huir ni á las viejas más viejas.

—¡Oh! exclamó Bartek, en tono que equivalía á decir «¡siendo así, lucharé!»

Porque esto le parecía excesivo: que los franceses hagan cuanto quieran, pero que dejen á Magda tranquila.

Entonces Bartek pensó que esta guerra debía hacerse para defender los propios intereses, y sintió renacer su valor considerando que tantos hombres y cañones se movilizaban para defender á Magda.

El sol había desaparecido. Anochecía; el tren corriendo sobre accidentada vía sacudía hombres y armas.

Pasaron horas. Bartek tardó mucho en conciliar el sueño. En su ánimo se agitaban mil pensamientos de guerra, Magda, Poguembin, los franceses y los alemanes. Parecíale hallarse atado al asiento, y que deseando levantarse le era imposible. Adormecióse, pero su sueño era intranquilo, turbado por constante pesadilla. Tuvo fantásticas visiones. Primero vió sus dos perros

—¡Ah! ¡estúpida bestia polaca!...

luchar con salvaje encarnizamiento. Armado de un bastón se lanzó sobre ellos para separarlos, cuando un francés muy negro sentóse al lado de Magda. El francés parecía encantado, y riendo mostraba sus blancos dientes. Otros franceses burlándose lo señalaban con el dedo... Retumbó el cañón y creyó que los franceses gritaban: ¡Magda! ¡Magda!

—¿Queréis callar, vil canalla, y dejar esta mujer?

Pero ellos no cesaban de gritar: ¡Magda!

Los perros ladraban furiosamente. El pueblo acudió en masa, y atacando á los franceses decía: «¡No abandonaremos esta mujer!» Bartek saltando furioso, se arroja sobre un francés y cogiéndole la cabeza...

De súbito un puñetazo formidable seguido de un segundo despiertan al dormilón; todos los hombres estaban despiertos. En su sueño el infeliz Bartek se había arrojado sobre el cabo y le arrancaba la barba. Firme, rígido, militarmente rígido, quedóse asustado, temblando de terror. El cabo furioso le mostraba los puños, y gritaba hecho un energúmeno:

—*Ach Sie! Dummes Vieh aus der Polakei! Haue ich Lummel in die Fresse, das ihm die Zähne aus dem Maule herausfliegen werden!*

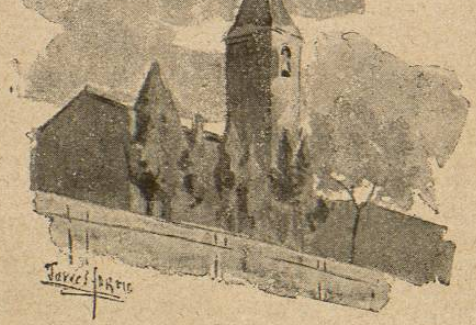
—¡Ah! ¡estúpida bestia polaca! ¡toma! ¡A puñetazos te haré saltar las dientes de las mandíbulas!

Bartek, rígido como barra de hierro, permanecía inmóvil. Los soldados se mordían los labios para contener la risa. Les asustaba la cólera del cabo que seguía rugiendo:

—¡Infame polaco! ¡Infame Polonia!

Renació la calma; Bartek volvió á dormirse... Y parecióle que el cañón rugía repitiendo siempre incansable: ¡Magda! ¡Magda!

Profunda tristeza embargaba su ánimo, y se creía el más desgraciado mortal.



CAPÍTULO TERCERO

AMANECE, la pálida luz invade el vagón. Los soldados duermen, unos con la cabeza colgando y sacudiéndola sobre el pecho, otros apoyados en el respaldo del banco en posiciones las más incómodas.

El sol se levanta cual ígneo globo.

Los hombres despiertan, y con sorpresa ven que cruzan un país desconocido... ¡Ah! ¿dónde estáis Poguembin, Kryvda y Mizeron? ¡Cuán diferente y cuán extraño les parecía! Veían gigantescas encinas seculares: en los

valles casas de techumbres rojas, paredes vestidas de plantas trepadoras, y las habitaciones rodeadas de ufanos viñedos, eran hermosas como palacios.

Las iglesias tenían puntiagudas torres. Más lejos se extendía alegre campo de trigo joven. Los poblados sucedíanse con frecuencia. El tren sin detenerse pasa numerosas estaciones de escasa importancia. Los pueblos debían celebrar algún importante suceso, pues se observaba desusada animación. Calmoso, solemne, salía el sol de entre las colinas. Matsek inició en alta voz la oración: «Padre nuestro, etc.» Los demás la repitieron devotamente... Los primeros rayos del sol iluminaron los rostros graves, respetables, de aquellos soldados.

El tren se detuvo. Multitud de gentes corrieron á darles noticias de la guerra: ¡era una victoria, una gran victoria! La noticia había llegado hacía breves horas. Temían un desastre, y este temor fué la causa de la inmensa alegría. Hombres y mujeres á medio vestir rodeaban el tren agitando pañuelos y algunas banderas. Regalaron á los soldados cerveza, cigarros, tabaco. Y eco de aquel entusiasmo el canto *Die Wacht am Rhein* levantóse cual rugido de tempestad.

La gente daba á los viajeros cuanto poseía. ¡Aquello era el delirio!... ¡Pero, imagináis qué victoria! ¡Cuántas banderas y cañones cogidos al enemigo!!...

La alegría se comunicó á los soldados, quienes comenzaron á cantar. El tren temblaba al influjo de aquellas voces formidables, y la multitud escuchaba el canto sin entender palabra.

Los hombres de Poguembin cantaban:

¡Bartosh, Bartosh! ¡No pierdas la esperanza!

—¡Polonia! ¡la Polonia! gritó el pueblo empujándose para ver de cerca los soldados cuyo valor oyera ponderar.

El aspecto de Bartek era terrible: grueso, largos bigotes, ojos salientes y corpulencia enorme. Lo miraban cual si fuera un curioso animal. ¡Los alemanes tenían en aquellos hombres valiosos defensores!

—¡Bueno será que los franceses procuren guardarse de los puños de aquél! decían señalando á Bartek.

Bartek sonreía satisfecho. Era feliz sabiendo que los franceses habían sido derrotados. Ya no llegarían á Poguembin, ni molestarían á Magda, ni se apoderarían de su hermoso campo.

Comió salchichón con voraz apetito. Uno tras otro vaciábanse en su boca, cual en profunda caverna, los vasos de cerveza. Le dieron cigarros, *pfennigs* (1). Nada rehusó.

(1) Moneda alemana de cobre.

—¡Son valientes los alemanes! Oye, decía á Voitek, han vencido á los franceses, ¡y tú afirmabas que eran invencibles!

Pero el escéptico Voitek contestó con triste expresión:

—Cuando la lucha empieza los franceses suelen dejarse vencer para que el enemigo avance confiado; pero después ¡ah! después, ¡pobre amigo mío!!

Voitek, al opinar así, ignoraba que media Europa era de igual opinión, y que él y esta mitad de Europa se engañaban.

Prosiguió el tren su camino. Cuantas casas vieron los soldados estaban engalanadas con banderas nacionales. En varias estaciones debieron permanecer largo tiempo, pues se cruzaban numerosos trenes. Acudían soldados de todas las provincias alemanas. Adornaban los vagones con flores y ramaje. Atados en la parte superior de la lanza guardaban los hulanos los ramos de flores que les regalaron durante el viaje. Entre los hulanos había numerosos polacos, quienes al cruzarse con el coche en que iban Bartek y sus compañeros gritaron:

—¡Buena suerte, muchachos! ¡que Dios os proteja!

Y entonaron un cantar de todos bien conocido:

De Sandomir desde el opuesto lado
Hermosa joven despide al buen soldado.

Al oírlo Bartek y sus camaradas lo terminaron cantando:

—¡Adiós, soldado, no olvides mi amor:
Y Dios recompensará nuestro dolor!

Tristes é inquietos salieron de Poguembin, y ahora estaban alegres y henchidos de entusiasmo.

Sin embargo, el primer tren de heridos que de Francia llegaba fué jarrón de agua helada para el fuego de aquel entusiasmo.

Todos corrieron á ver los enfermos. Algunos venían en coches cerrados; pero otros, colocados en coches abiertos, podían ser vistos con facilidad. Bartek mira y siente que disminuye, que le abandona el valor.

—¡Voitek, corre! grita aterrorizado; ¡contempla qué hicieron los franceses á estos pobres soldados, y dime sino horroriza!

De pálidas caras, desfiguradas por la pólvora mezclada con sangre, salían maldiciones contra la guerra. Cuantos podían levantarse extendían las manos ardientes por la fiebre y clamaban: «¡Agua! ¡Agua!» De vez en cuando uno moría: apretaba los dientes, agitábase, y después de postrera convulsión entregaba su alma al Criador.

Bartek veía por vez primera las consecuencias de la guerra.

En su mente nacieron nuevos temores.

Quedóse mirándolos inmóvil, abierta la boca. Un jefe debió empujarle, y un sargento á culatazos le recordó que debía andar. Buscó á Voitek y al hallarlo exclamó:

—¡Voitek, Dios nos asista!

—¿Qué sucede?

—¡Jesús y María! ¡Y así se matan los pueblos! Cuando en el villorrio un hombre hiere á otro hombre, interviene la policía y castiga al que hirió.

—Verdad es, pero en la guerra es mejor quien más hombres mata. ¿Creíste quizás, infeliz Bartek, que, como en las maniobras, te limitarías á gastar pólvora en salvas?

No cabía duda: enorme diferencia separaba la teoría de la práctica.

Bartek era soldado. Sabía que en la guerra debían matarse; pero la vista de la sangre de los heridos y los horrores de la lucha causóle emoción tan profunda, que á duras penas lograba tenerse en pie.

En una estación, entre Deutz y Colonia, vió los primeros prisioneros franceses. Curiosa multitud les rodeaba y miraba sin odio.

Bartek forcejó por abrirse paso; quería, ansiaba ver; acercóse al tren y su asombro fué grande.

Vió soldados de infantería envueltos en pardas mantas. Sucios y de corta talla, venían en los coches prensados cual arenques en barril.

La idea que de los franceses hiciéronle concebir las explicaciones de Voitek era muy distinta de aquella realidad. Cobró ánimo, y dirigiéndose á Voitek que le acompañaba, dijo:

—Pero ¿qué explicaste? ¡Mira, son infelices hombrecillos! Si dejaba caer mi puño sobre su cabeza, de un golpe mataba tres.

—Pues habrán cambiado mucho, contestó Voitek visiblemente contrariado.

—¿Qué lengua hablan?

—¡Oh! ten por cierto que no es la polaca.

Bartek paseó su mirada por los restantes coches, y terminado el examen exclamó rebosando satisfacción:

—¡Hombrecillos! ¡Nada más que hombrecillos!

En el siguiente vagón había zuavos. Estos preocuparon seriamente á Bartek. Sentados en departamentos cerrados, era difícil verles, siendo menester acercarse á las abiertas puertecillas para admirar su larga barba y aguerrido aspecto, su arrogante porte, piel curtida y brillantes ojos. El valor de Bartek comenzó á flaquear.

—Estos son peores, murmuró en voz baja como si temiera ser oído.

—Espera, pues aun no viste los que nunca se dejan coger.

—¡Dios nos libre!

—Paciencia, y los verás.

Terminado el examen de los zuavos continuaron sus investigaciones.

Ante el siguiente coche Bartek retrocede.

—¡Ah! ¡Dios Eterno! ¡Voitek! ¡corre! ¡sálvame!

Por las abiertas puertecillas veíase la negra figura de un turco, cuyos blancos ojos movía cual ciervo herido. Su aspecto revelaba dolor.

—¿Qué te pasa? preguntó Voitek.

—Es, contestó Bartek, es ó debe ser el diablo. ¡No puede ser un soldado!... ¡Dios mío! ¡perdonad mis pecados!

—¡Mira, insistió Voitek, mira qué dientes!!

—¡No quiero mirar!...

Después de largo silencio, Bartek preguntó:

—¡Voitek!

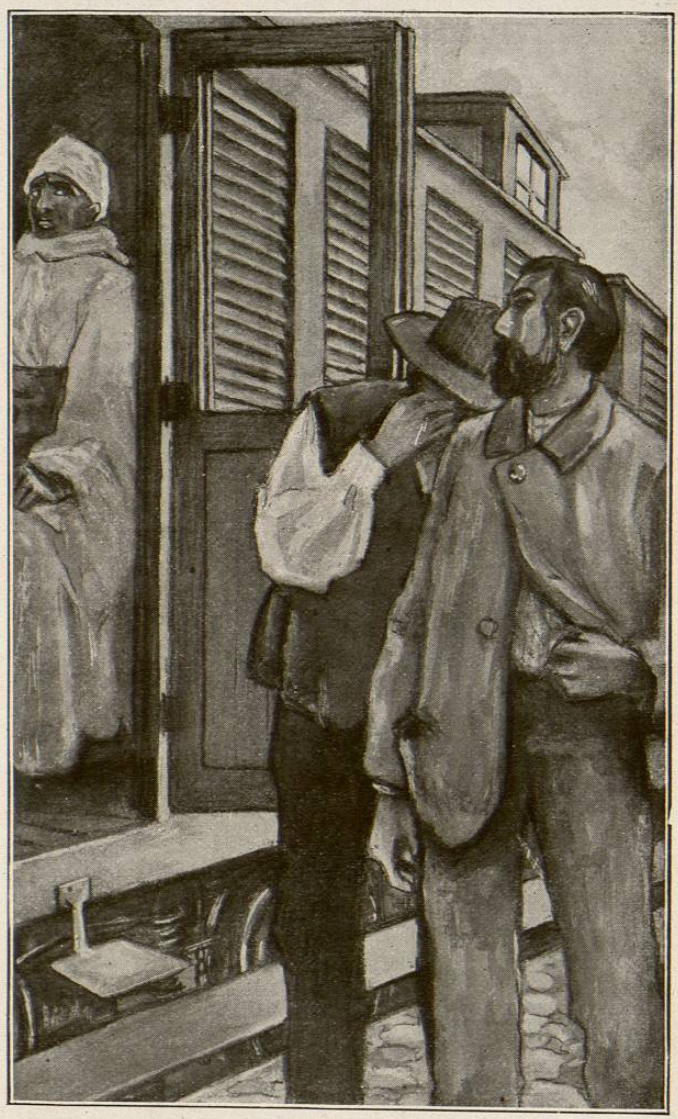
—¿Qué?

—¡Si fuese cristiano quizás tendría compasión!...

—Los paganos la desconocen...

. . . . . .

Dieron orden de partir. Al extenderse la noche por la tierra el tren se los llevó. Bartek veía siempre brillar los ojos blancos en la negra faz del turco, y entre los sentimientos que agitaban el corazón del guerrero de Poguembin era difícil prever sus hazañas futuras.



—¡Ah! ¡Dios Eterno! ¡Voitek! ¡corre! ¡sálvame!

CAPÍTULO CUARTO

En el combate general de Gravelotte, Bartek aprendió que en una batalla es posible recibir orden de permanecer arma en brazo.

Al empezar la lucha, su regimiento fué situado al pie de una colina cubierta de viña. Oíase lejano rugir el cañón. Los escuadrones de caballería pasaban haciendo temblar la tierra. De súbito en la cima de la colina viéronse brillar corazas: las granadas cruzaban, silbando, el cielo azul, y al estallar levantaban nubes de polvo que cubrían el

horizonte. La batalla se trocaba en tempestad.

Al breve rato, y efecto de maravilloso movimiento de tropas, el regimiento de Bartek quedó rodeado. Eran otros regimientos que acudían á tomar posiciones. Los soldados llenaban el valle. Las órdenes sucedíanse sin interrupción; corrían los ayudantes. Los hombres cuchicheaban entre sí:

—¡Ah! de ésta no escapamos. ¿Qué será lo que va á empezar?

El rugir del cañón se acerca; y se oyen las descargas de la fusilería y el traqueteo de las ametralladoras.

Momentos después el cañón truena tan cerca que la tierra tiembla. Luego por sobre el regimiento se escucha un silbido, y algo que cruza el aire. Los hombres gritan: «¡Granadas! ¡granadas!» Las bombas se acercan, caen y estallan. Oyense gritos, y en las filas se produce algún desorden.

Al toque de: ¡Atención! Bartek quedó el primero en primera fila, fusil al hombro y despechugado. No temblaba. Delante de las balas está prohibido temblar.

—¡Atención!...

Cae otra granada, la segunda; después otra y otra... Los franceses habían hecho retroceder las baterías prusianas emplazadas en la colina: en el mismo lugar colocaron las suyas, y desde allí la artillería vomitaba metralla contra el valle.

Protegida por los cañones de lo alto de la colina, la infantería francesa baja para iniciar el fuego de fusil. El viento deshace el humo y se la distingue claramente.

Efecto del color rojo de los uniformes de la infantería, la viña parecía un campo de amapolas. De repente los soldados desaparecen entre las vides. Avanzan ocultos, y sólo de vez en cuando vese una bandera tricolor que flotaba suelta al viento.

Empieza el tiroteo vivo, febril, irregular y cambiando de sitio á cada momento. Por encima de este fuego las granadas cruzan el espacio. En el valle los cañones alemanes contestan incansables. El regimiento inmóvil observa admirado.

El círculo de fuego se estrecha, le rodea. Las balas silban al rededor de las cabezas, rozando los hombros, la nariz, las orejas. Millares de balas suceden á otros millares. Milagro era que los soldados viviesen. A sus espaldas Bartek escucha gritos y lamentos.

—¡Jesús! ¡Misericordia!

Sin interrupción sucédense las órdenes. Multiplícanse los silbidos y se estrechan las filas. Horrible espectáculo. Los muertos son pisoteados. La justicia de Dios cae sobre los hombres.

—¿Temes? pregunta Voitek.

—¿Por qué no? responde nuestro héroe apretando los dientes.

Y ambos firmes. Ni siquiera les ocurrió la idea de que podían huir: les mandaron no moverse y no se mueven.

Bartek, sin embargo, no estaba tan asustado cual lo estarían otros muchos que en su lugar se hallaran. La disciplina le obligaba á ser valeroso. El silbar de las balas y el rugir de los cañones apagaban los gritos de moribundos y heridos.

Siguiendo entre las viñas la marcha de las banderas, vese que la infantería avanza y se acerca... La metralla diezma las filas y la desesperación empieza á apoderarse de todos.

Y con la desesperación aumenta la rabia de los soldados. Si les mandaran avanzar, avanzarían cual huracán furioso, pues era imposible seguir inactivos.

¿No es horrendo presenciar la destrucción de un regimiento sin poder disparar una bala?

Los soldados de los regimientos vecinos, huyen desordenadamente, pero los hombres de Poguembin, de Kryvda y de Mizerov, educados por la férrea disciplina prusiana, siguen firmes...

Un momento más, y la disciplina pierde su poder. Algunas filas ya no se cierran: montones de cadáveres las dividen. La mitad de la fuerza ha muerto ó se retuerce víctima de padecimientos atroces. De las filas se levantan siniestros murmullos:

—¡Nos mandaron aquí para asesinarnos!

—¡No escapará uno vivo!

—¡Ah! ¡valor! ¡vosotros, los polacos! grita un oficial.

—Fácil es aconsejarlo, tú que te encuentras detrás.

—*Steht der Kerl da!*

Y comenzaron á rezar:

—Acordaos, piadosísima Virgen María...

Bartek prosiguió:

—...Que jamás se ha oído decir que...

Un grupo de polacos invoca á la Patrona de Cheustohava:

—¡Señora! no desprecies nuestras súplicas!

Y tendidos en tierra los moribundos, exclaman:

—¡María! ¡María!

Diríase que el oficial esperaba este instante para gritar:

—¡Vosotros, los polacos! ¡Al ataque! ¡valor! ¡Y adelante!

Bajan los fusiles: los soldados avanzan en filas y se lanzan al asalto de la colina, buscando con la bayoneta el enemigo que los ojos no aciertan á descubrir.

Doscientos metros los separan de la montaña. Sufriendo mortífero fuego deben salvarlos.

¿Se harán matar? ¿Avanzarán? El jefe prusiano sabe el medio de que debe valerse para que sus hombres carguen á todo trance.

Y entre las detonaciones y el silbar de las

balas y el humo y la confusión, y el tocar á la *carga* de tambores y trompetas, la música rompe el himno nacional polaco, la sangre hierve en las venas de los soldados, su corazón palpita y entonan el canto patriótico:

Polonia jamás fué vencida: ¡victoria! ¡victoria!

Henchidos de entusiasmo y ardientes los ojos, pasan cual torbellino, pisoteando muertos, caballos, ruinas. Perecerán, pero se defienden... y cantan.

Llegan al pie de la colina y desaparecen entre las viñas.

En la colina el fuego aumenta y brillan las bayonetas. Las trompetas suenan y los tambores redoblan incansables. Las descargas de los franceses son más frecuentes y prolongadas.

En el valle el general Steinmetz, veterano viejo, sonríe satisfecho. Enciende la pipa de porcelana...

—Si estos valientes no ceden, ganarán la batalla.

En efecto, veíase una bandera tricolor; es cogida, luego victoriosamente agitada y por fin desaparece.

—¡Luchan con ardor! grita Steinmetz.

La música siempre tocando. Otro regimiento polaco corre á socorrer al primero.

En las viñas cargan á la bayoneta con heroico encarnizamiento.

—¡Bartek! tu nombre será inmortal.

En su ánimo, al terror, á la impaciencia y á la desesperación había sucedido rabia insensata. Cuando oyó las notas del himno de su nación, sus nervios trocáronse en acero. Se le erizaron los cabellos y sus ojos lanzaron chispas. No se acordó de nada ni de nadie, y apretando el fusil con ambas manos corrió como corrían los demás. Cayó dos ó tres veces. La sangre de su rostro mezclóse con la tierra y el polvo. ¿Qué importa? Corría el primero, los ojos fijos, la boca abierta. Deseaba matar franceses.

Vió tres que guardaban una bandera. Eran turcos. ¿Imagináis que Bartek retrocede? ¡No! hubiera cogido hasta al diablo por los cuernos. Se arroja contra los tres hombres. Dos bayonetas rozan su pecho, pero Bartek coge el fusil por el cañón, y describiendo terrible molinete deja sin vida á los dos que le atacan.

Diez camaradas corren á socorrer al tercero de los que defendían la bandera. Bartek, loco de cólera, les espera á pie firme. Llegan. Entre el humo de la pólvora se oye á Bartek que grita:

—¡Me engañasteis!

Y cogiendo otra vez el fusil por el extremo del cañón, describe nuevo molinete ho-

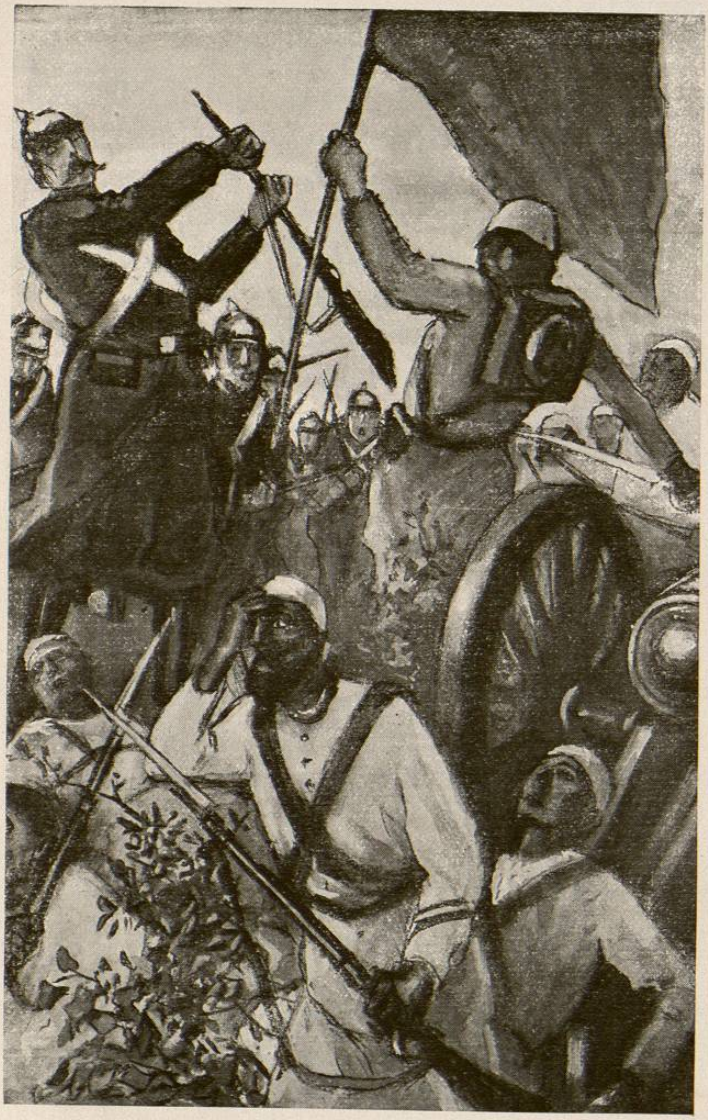
rrible, y deja sin vida al tercer adversario. Se oyen dolorosos gemidos, y temerosos de los mortales golpes que reparte aquel prodigioso gigantón, los restantes huyen á todo correr, gritando en árabe algo que Bartek no comprende. Sin embargo, imagínase que pronuncian el nombre de Magda.

—¡Ah! ¡buscáis á Magda! ruge Bartek, y dando un salto tremendo cae entre sus enemigos.

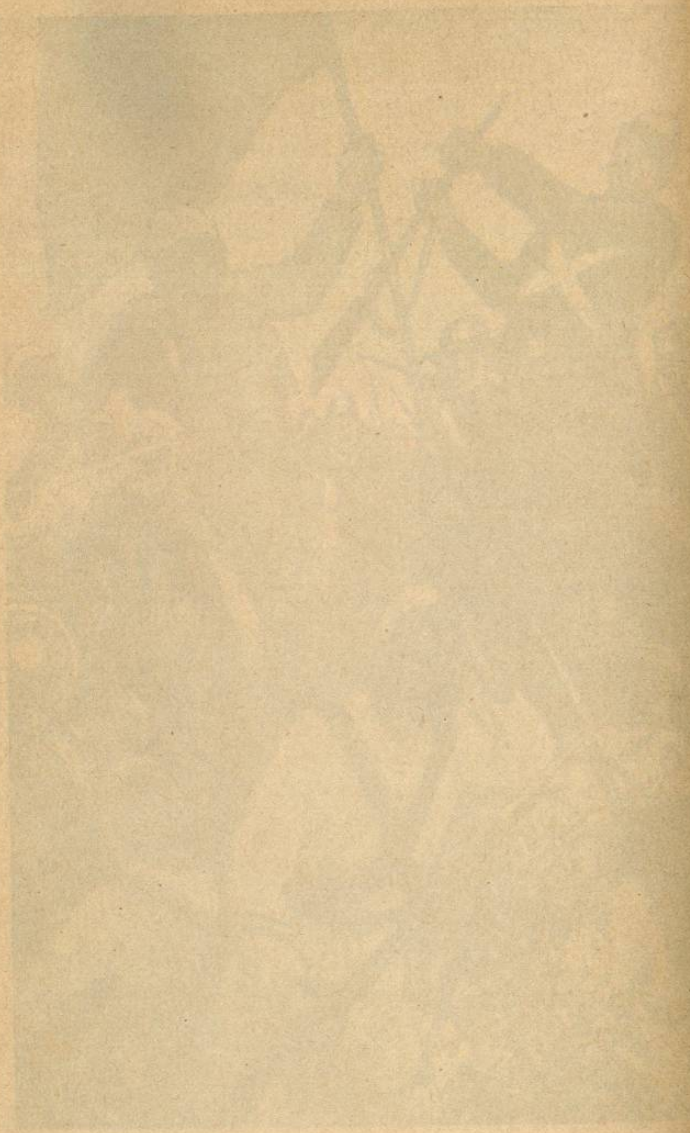
Afortunadamente en aquel instante llegan los polacos. Principia un combate cuerpo á cuerpo. Confundidos con el chocar de las bayonetas, se oye el gemir y el anhelante respirar de los heridos. Cubierto de sangre, de humo y de tierra, Bartek furioso parece una bestia salvaje. De un golpe mata dos hombres, les rompe los fusiles y les corta la cabeza. Sus manos se agitan cual poderosa máquina destructora.

Cae sobre un abanderado, lo coge por el cuello, que estrecha con tal fuerza que los ojos del militar saltan de las órbitas y anonadado suelta la bandera. Bartek la coge gritando: «¡Victoria! ¡Victoria!» la levanta y la agita orgulloso.

El general Steinmetz, que desde la falda de la colina seguía las peripecias de la presa del nuevo trofeo, lo ve agitarse breve tiempo: Bartek lo emplea para cubrir hasta ahogarle, la cabeza de un francés que lucía un kepis



Y cogiendo otra vez el fusil por el extremo del cañón, describe nuevo molinete horrible...



adornado de numerosos galones. Y acaba por arrancar la bandera, atarla cual banda al rededor de su pecho, y sin abandonar el asta, corre á reunirse con sus camaradas...

Los turcos avanzan cual furiosa avalancha hacia la cima de la colina para ver de salvar su artillería, pero los saluda una lluvia de balas. Los zuavos marchan los primeros, y cargando brillantemente á la bayoneta, reciben al regimiento que contra ellos avanza. Pero Bartek, siempre el primero, no se cansa de gritar con todas sus fuerzas: «¡Victoria! ¡Victoria!» Y los polacos todos, cual un solo hombre, corren á la conquista de los cañones. Comienza nueva lucha cuerpo á cuerpo.

En este instante el segundo regimiento de Poguembin llega para socorrer al primero. En las prepotentes manos de Bartek el asta de la bandera parecía mortífera guadaña. Cada golpe causa una baja en las cerradas filas francesas. El terror se apodera de zuavos y turcos, y huyen á la proximidad de Bartek. Es el primero que logra sentarse sobre un cañón.

Apenas sus camaradas tuvieron tiempo de admirarlo cuando salta sobre otro cañón, matando un tercer abanderado.

—¡Viva Bartek! gritan los soldados.

La victoria es completa. Han cogido todas las ametralladoras.

Al llegar por el flanco de la colina un nuevo regimiento prusiano, la infantería francesa cedió.

Bartek había cogido tres banderas. Hermoso era verle bajar la colina, rodeado de sus camaradas, cubierto de sangre y de lodo, radiante de salvaje alegría, sueltas al viento las tres banderas.

—¿Qué me dijiste, Voitek? Si los franceses no tienen sangre en las venas ni fuerza en los músculos. Agarrábanme cual si fueran gatos y nada más. Sacudía uno y rodaba por tierra.

—¿Quién imaginara que fueses tan terrible? contestóle Voitek, que empezaba á mirar con respeto á su camarada.

También los oficiales lo habían admirado. En la actualidad contemplaban su elevada estatura, el largo y blondo bigote, y sus ojos siempre fijos, inmóviles y desmesuradamente abiertos.

—*Ach! Sie verfluchter polake!* le dijo el comandante, tirándole familiarmente de la oreja.

(¡Eres tú, maldito polaco!) y Bartek sonreía henchido de satisfacción.

Cuando el regimiento hubo formado al pie de la colina, el comandante presentó Bartek al coronel, quien á su vez lo presentó al general Steinmetz.

El general vió las banderas, mandóle levantarlas y revistó á Bartek.

Bartek derecho, inmóvil, presentaba armas. El viejo general movía la cabeza visiblemente satisfecho. Habló en voz baja al coronel. Repetidas veces se les oyó pronunciar la palabra «teniente.»

—Pero, es un infeliz, mi general; respondía el coronel.

—Veámoslo, dijo el general, y haciendo avanzar al caballo se acercó á Bartek.

Bartek era incapaz de comprender el honor que le dispensaban: en el ejército prusiano jamás se vió un general hablando á un simple soldado. Sin embargo, conviene no olvidar que Bartek había cogido tres banderas y dos cañones.

—¿De dónde eres? le preguntó el general.

—De Poguembin, contestóle Bartek.

—¡Bien! ¿Cómo te llamas?

—Bartek Slovik.

—¿Sabes por que combates á los franceses?

—Lo sé, mi general.

—¡Dímelo!

Bartek empezó á temblar...

—Por... por... por que...

De súbito recuerda las palabras de Voitek, y las repite en alta voz cual si temiera olvidarlas.

—Porque estos miserables son alemanes y peores que alemanes.

El rostro del general se contrajo cual si fuese á soltar sonora carcajada. Conteniéndose dijo al mayor:

—Tenía V. razón.

Bartek, orgulloso de sí mismo, seguía inmóvil.

—¿Quién ha ganado la batalla? preguntó el general.

—Yo, mi general, contestó Bartek sin titubear.

El general sonrió.

—¡Es verdad! ¡es verdad! y ahí va la recompensa.

El anciano general tomó la cruz que en su pecho lucía, é inclinándose la prendió en el de Bartek.

El buen humor del general leíase también en los rostros del coronel, de los mayores, de los capitanes, de los cabos...

Partió el general, y el coronel regaló diez thalers á Bartek, el mayor cinco y así sucesivamente. Todos le sonreían, repitiéndole que él había ganado la batalla. Bartek sentíase arrebatado al séptimo cielo.

Voitek era el único que no estaba totalmente satisfecho de nuestro héroe.

Cuando al caer la tarde se encontraron, Voitek le dijo:

—¡Bartek, eres un infeliz! ¡un infeliz!

—¿Por qué? preguntó Bartek.

—Porque dijiste al general que los franceses son alemanes.

—¡Si tú me lo habías dicho!

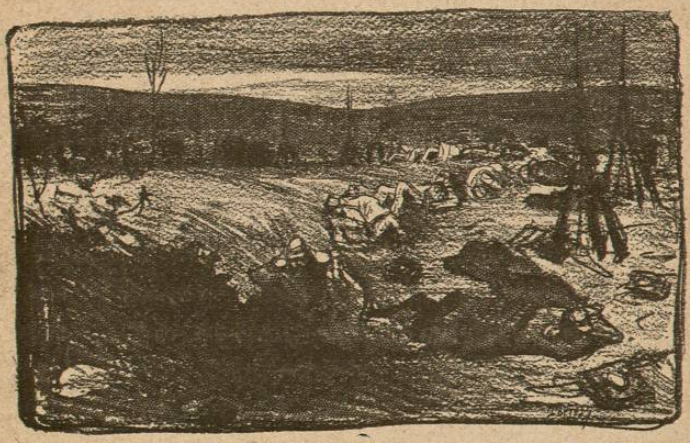
—Pero ya sabes que el general y los oficiales son alemanes.

—Bien ¿y qué?

—Que siendo alemanes, no debías decir cuanto dijiste: ¡has hecho una solemne tontería!

—Al decirlo me referí á los franceses y no á los oficiales.

Voitek calló. Su deseo era explicar á Bartek que en presencia de los alemanes no debía hablar mal de ellos, pero convencido de la imposibilidad de hacérselo comprender, resolvió callarse.



CAPÍTULO QUINTO

Al cabo de algún tiempo Magda recibió la siguiente carta:

«Mi querida Magda:

«¡Que Dios y su Santa Madre nos protejan!

«¿Seguís bien? ¿Vivís felices y exentos de temor? Aquí me bato terriblemente. Nos hallamos en los alrededores del castillo de Metz: con tal arrojo rechacé los ataques de los franceses, que caballería é infantería

admiraron mi valor. El general dice que yo gané la batalla, y me regaló la cruz que lucía en su pecho. Los oficiales me respetan. Tomé parte en otro combate, pero ignoro el nombre del lugar en que se efectuó. Luché como bueno, cogí al enemigo una bandera, la cuarta; é hice prisionero al coronel, el más alto y robusto de los coraceros. Los sargentos me aconsejan que cuando regrese mi regimiento solicite me permitan seguir en el ejército.

«En la guerra falta tiempo para dormir, pero los hombres encuentran siempre espléndida comida. Aquí el vino abunda, pues la gente es rica.

«Al apoderarnos de un pueblo no respetamos niños ni mujeres, y yo obro como obran los demás. Hemos quemado una iglesia, pues los franceses son católicos. Avanzamos contra el Emperador, y la guerra acabará pronto.

«Cuida solícita de la casa y de Franck. No te olvido en mis oraciones...

BARTEK SLOVIK.»

Bartek había cobrado afición á la guerra y adquirido gran confianza en sí mismo. Se dirigía al combate con igual tranquilidad que en Poguembin á cumplir sus ordinarios quehaceres.

Al fin de cada batalla las medallas y con-

decoraciones llovían sobre su pecho. Pero no ascendía. En el regimiento era tenido por el primer soldado. Dispuesto siempre á obedecer, su bravura era la bravura ciega del hombre que desconoce el peligro. Su valor no era como otras veces consecuencia de rabia loca, antes bien era efecto de la práctica adquirida en el manejo de las armas, de la confianza en su propio valer, y también en su fuerza prodigiosa é invencible resistencia á las fatigas. A su lado caían extenuados los hombres más robustos. Era el único que todo lo resistía. Su aspecto aumentaba en fiereza, y semejábase más y más al soldado prusiano. Creyóse el «Hombre de la guerra.»

En otra carta escribía á Magda:

«Voitek ha muerto cortado en dos pedazos; pero esto es la guerra. Era algo loco, pues afirmaba que los franceses son alemanes, cuando en realidad son franceses. Los alemanes están con nosotros.»

Magda le contestó:

«Mi querido Bartek:

«Nos casamos ante el altar santo y Dios te castigará. Eres á la vez loco y pagano, pues en compañía de los alemanes eres asesino de un pueblo católico. Deberías recordar que los prusianos son protestantes, ¡y quieres ayudarles! No observas los precep-

tos de nuestra Religión, pues incendias las iglesias. Dios todo lo ve, y si no tienes piedad de mujeres ni de niños, irás á quemar en el infierno, pues Dios no perdonará tus maldades si presto no resuelves volver al buen camino.

«Te envío cinco thalers, á pesar de hallarme en la miseria y de ignorar lo que puede sobrevenir. Te abrazo, mi querido Bartek...

«MAGDA.»

Esta carta llena de justos reproches causó á Bartek escasa impresión.

—¡Bah! se dijo, las mujeres desconocen el servicio militar. Son excesivamente débiles. Y continuó viviendo como hasta entonces viviera.

Se distinguía en todos los combates. Los jefes, incluso el general Steinmetz, admiraban su valor. Cuando los regimientos polacos fueron licenciados, siguiendo el consejo de los sargentos se reenganchó. En consecuencia fué enviado á los alrededores de París.

Las cartas escritas en este período estaban llenas de insultos y desprecios á los franceses.

«En cuantos combates empeñan, decía, se salvan como las liebres.»

El sitio de París le gustó menos. Un día y otro día delante de la ciudad, escondido

en las trincheras escuchando el incesante tronar del cañón. Debía trabajar en las obras, aguantar la lluvia y pasarse largas horas calado hasta los huesos. Añoraba su antiguo regimiento.

Lo incorporaron como voluntario en un regimiento alemán. Empezaba á chapurrear esta lengua de manera apenas comprensible. En el regimiento se le llamaba: *Ein polnischer Ochs.*

Afortunadamente, sus brazos prepotentes y terribles puños le libraron de befas é insultos.

Tomó parte en varios combates y logró ser respetado de sus camaradas, que al fin se acostumbraron al carácter original del polaco. Cubrió el regimiento de tanta gloria, que lo consideraban como el más distinguido de los suyos.

En otros tiempos Bartek hubiera tenido por insulto el ser llamado alemán. Para diferenciarlo de los franceses lo llamaban *Ein Deutscher.*

Le parecía que en la actualidad era diferente, y quedaba satisfecho.

Un día encontróse en situación que, de ser capaz, le hiciera reflexionar mucho.

Algunos hombres de su regimiento fueron destacados contra los franco-tiradores. Prepararon una emboscada en la cual cayeron los enemigos. Eran aguerridos soldados de

010798

la legión extranjera. Se defendieron con indecible heroísmo. Cargando á la bayoneta dirigiéronse contra los prusianos luchando con saña terrible. Prefirieron morir á rendirse. Sólo dos sobrevivieron, y la compañía de Bartek los aprisionó. Al caer la tarde fueron encerrados en la casa de un guardabosques. Al día siguiente debían ser fusilados. Bartek daba guardia á los dos prisioneros. Ocupaban un cuarto cuya ventana estaba destrozada.

Uno de estos prisioneros ya no era joven. Sus cabellos encanecían y su cuerpo revelaba extrema fatiga. Parecía indiferente. El otro, al contrario, aparentaba tener veinte años ó poco más, y su figura era dulce y algo afeminada.

—¡Vamos! esto se acabó, dijo el más joven. Una bala en la cabeza y listos.

Bartek temblaba de emoción. El más joven hablaba en polaco.

—Me es completamente igual, contestó el otro con voz que revelaba indiferencia. ¡A la buena de Dios! He luchado tanto que estoy harto de luchar.

El corazón de Bartek latía con violencia bajo el uniforme.

—Escúchame, prosiguió el viejo. Para nosotros no hay esperanza. Si temes procura pensar en otra cosa ó intenta dormir. La vida es penosa, muy penosa, y doy gracias al Señor que me libra de carga tan pesada.

—Por la que más lo siento es por mi madre, contestó el joven.

Y queriendo vencer la emoción que le embargaba empezó á silbar.

De súbito calla y con voz desesperada grita:

—¡Al pensar que ni adiós le dije á ella, á mi madre!

—¿Huiste de tu casa?

—¡Pues claro! Yo me decía: los franceses quieren aplastar á los alemanes; esto será ventajoso para el pueblo de Posen, y me fuí con los franceses.

—También creí lo mismo, pero hoy...

El viejo soldado levantó la mano, hizo un gesto de duda y acabó la frase en voz baja...

La noche era fría. Caía pausada finísima lluvia. El bosque quedaba sumido en oscuridad profunda. En el cuarto oíanse los tristes silbidos del viento, que al colarse por la chimenea imitaban el aullar de los perros. Una lámpara colgada muy alta sobre la ventana, iluminaba, vacilante y pálida, el interior de la improvisada cárcel. Bartek, firme cabe la ventana, quedaba escondido en la sombra.

Y era mejor que los prisioneros no le viesen. No acertaba á comprender lo que sentía. Primero extraña admiración. Contemplaba asombrado á los franco-tiradores y procuraba comprender cuanto decían. Aquellos

hombres se juntaron á los franceses para ayudarles á vencer á los alemanes, creyendo que se sacrificaban en bien de Polonia. ¡Y él, él luchaba contra los franceses, creyendo que cuanto hacía redundaba en favor de Polonia! ¡Y aquellos hombres serían fusilados al despuntar el siguiente día! ¿Qué significaba todo esto? No acertaba á comprenderlo. ¿Si les hablara? Pero ¿qué decirles? Que es su compatriota; que también él es polaco y sufre, sufre mucho al verles en trance tan apurado.—Algo misterioso le impide hablar: ¿y si les ayudara á salvarse?—¡Seré fusilado!—¿Qué hacer? Sentía profunda compasión y no podía continuar impasible dando guardia.

¡Compasión! ¡Extraño sentimiento en el alma de un soldado!

—¡Bartek! ¡salva á tus compatriotas, son de tu país, son tus hermanos!

Y el corazón le trasladaba á Poguembin. Veíase en su casa, y Magda le acompañaba. ¡Ah! ¡estaba harto de guerra y de combates! Parecíale escuchar una voz que incesante, imperiosa le gritaba: ¡Bartek, salva á tus compatriotas!...

¡Maldita sea esta guerra!

El bosque semejaba inmensa mancha negra: oíase el gemir de los abetos, triste cual el de los bosques de Poguembin. Y entre el lúgubre murmurar de los árboles Bartek oía

incesante, imperiosa la voz que le gritaba: ¡Salva á tus compatriotas!

¿Qué hacer? ¿Huir con ellos á través del bosque? la férrea disciplina de los prusianos, que le encerraba cual círculo inrompible, hacíale titubear.

Deseando resistir la tentación repetía: «En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»—¡El, un soldado! ¿desertar? ¡Jamás!...

Mientras el viento soplaba con fuerza y gemía con voces más tristes en el interior del cuarto, el prisionero anciano decía:

—Escucha el viento; parece el mismo que sopla en otoño en nuestro país.

—¡Compadeceos de mí! gritó el más joven con voz insegura. Y momentos después repetía:

—¡Ah! ¡Dios santo! ¡Dios santo! ¡mi casa! ¡mi familia!

Oyóse un profundo suspiro, el prisionero se echó sobre el duro suelo, y reinó profundo silencio.

La fiebre hacía temblar á Bartek...

Lo peor es que no acertaba á explicarse su emoción y sufrimiento. Semejaba un ladrón que teme ser aprisionado. Sentía extraño terror, pero ignoraba la causa. Temblaban sus piernas, y el fusil le cayó de las manos. Triste presentimiento agitaba su ánimo. Ambos prisioneros, y especialmente

el más joven, le causaban vivísima compasión. Ignoraba lo qué debía hacer.

Parecía que el soldado joven se había dormido. El viento soplaba con fuerza creciente y de súbito los cabellos de Bartek se erizan: allá en la noche profunda, entre los gigantescos árboles negros alguien grita y repite:

—¡Mi casa! ¡mi familia!

Bartek se agita. Quiere vencerse. Para alejar la horrible pesadilla golpea el suelo con la culata de su fusil. Mira á su alrededor. Los prisioneros están echados en un ángulo, la lámpara arde siempre, nada ha cambiado, ¡todo igual!

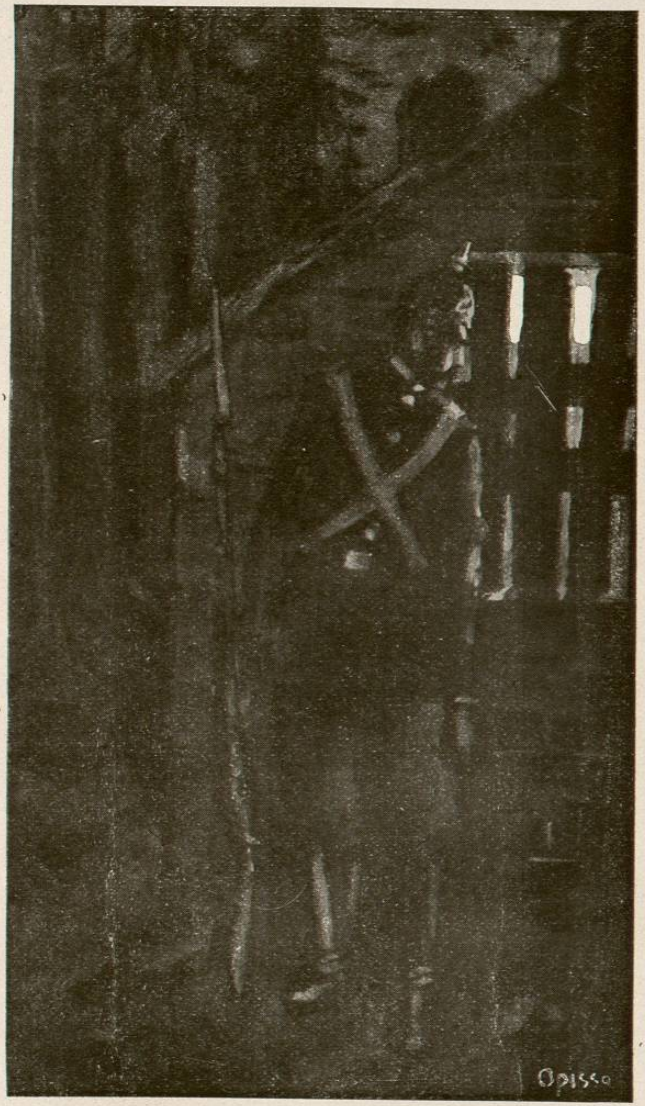
En aquel momento la luz iluminaba la cara del joven prisionero. Dijérase que era un niño. Cerrados sus ojos, la cabeza descansando sobre un puñado de paja, y pálido, tan pálido que se le creyera muerto.

Jamás en toda su vida sintió Bartek tristeza comparable á la que le atormentaba. Algo anudaba su garganta. Un suspiro escapóse de su pecho oprimido.

El prisionero anciano, volviendo la cabeza, dijo:

—¡Buenas noches, Vladek!

Transcurrió una hora. Parecía que un no sé qué extraordinario amenazaba á Bartek, quien entonces creíase que el viento jugaba como los órganos de Poguembin.



... Golpea el suelo con la culata de su fusil. Mira á su alrededor...

Los prisioneros dormían tranquilamente cuando de improviso el más joven levántase de un salto y grita:

—¡Karal!

—¡Qué!

—¿Duermes?

—No.

—Oye, tengo miedo: dirás cuanto se te te antoje, pero yo quiero rezar.

—Pues reza.

—Padre nuestro que estás en los cielos... hágase...

Los sollozos apagan la voz del joven. Y sin embargo prosigue

—Hágase... tu... voluntad...

¡Jesús! ¡Jesús! murmuró Bartek! ¡En su pecho sentía algo extraño, nuevo! No podía, no tenía fuerza para más: un minuto y grita: Yo también: ¡yo también soy polaco!... Y fijándose en la ventana rota que mira al bosque y por la cual los prisioneros pueden huir, dícese: ¡Suceda lo que suceda!...

En este preciso instante por el lado de la puerta oyéronse pasos cadenciosos, pesados. Era una patrulla con un sargento que venía á relevar la guardia...

El siguiente día Bartek estuvo ebrio de la mañana á la noche...

. . . . . .

Sucediéronse nuevas expediciones, escaramuzas y marchas, y nuestro héroe cobró

nueva afición á la vida militar. Desde esta noche fué muy amigo, demasiado amigo de la botella, que le hacía olvidar penosas emociones.

Y la fortuna no cesó de acompañarle en todos los combates. Al lado de Bartek marchaba la victoria.

CAPÍTULO SEXTO

TRANSCURRIERON algunos meses. La primavera había extendido su imperio fecundo en esperanza. Los cerezos mecíanse orgullosos vestidos de flores y hojas jóvenes. Los bien labrados campos cubríanse del verde manto que alegra el corazón del campesino.

Un día triste, pues sus recursos, siempre escasos, lo eran más de lo acostumbrado, Magda sentada cabe la puerta mondaba patatas para la frugal comida. Parecía afli-

gida y agitada por extraña inquietud. Deseando vencerla y distraerse, empezó á cantar con dejo triste una popular canción:

¡Ohé! mi esposo está en la guerra.
¡Ohé! me escribe y yo también.
¡Ohé! porque soy su mujer. ¡Ohé!

Eran tantos los pájaros que revoloteaban por el huerto y cantaban con tanta fuerza que, confundida con las de ellos, apenas se oía la débil voz de la dolorida Magda. Melancólica dejó vagar su mirada por el perro que dormía tendido al sol y el camino que se extendía monótono, blanco. Y la mirada se perdió en el azulado confín de aquel camino largo, interminable, que cruzando campos guiaba á la mísera casa en que vivía.

Quizás miraba con tanta fijeza el blanco sendero porque era el camino de la estación... Dios tuvo piedad de la triste Magda; aquel día no miró en vano. Lejos, muy lejos, creyó adivinar un hombre que se acercaba. Protegiéndose los ojos con la mano puesta sobre las cejas á guisa de visera, esforzóse para ver y conocer. Imposible distinguir, pues el sol la cegaba: pero Lysek, el perro, despierta, levanta la cabeza, echa débiles ladridos, husmea el aire, y mira hacia el largo camino. Magda cree oir los acentos de sabida y amada canción. De un salto Lysek lánzase al encuentro del hombre que llega. Magda palidece.

—¡Bartek! ¿será Bartek?

Se levanta sorprendida y las patatas caen y ruedan por el suelo. No cabía duda; Lysek saltaba de alegría al rededor de su amo.

Magda grita con todas sus fuerzas:

—¡Bartek! ¡Bartek!

—¡Magda! ¡Soy yo! contestó el hombre echando á correr.

Abre la cerca, cruza saltando la huerta y temblando de emoción cae en brazos de su esposa.

La mujer le hablaba conmovida, incoherente.

—¡Ah! ¡y decían que no volverías! ¿Sigues bien? ¡Entrate en casa! ¡Franck es á la escuela! ¡Ahora los maestros son alemanes! ¡Está bueno, pero abre los ojos y mira fijo como miras tú! ¡Cuán necesaria era tu llegada: somos pobres, muy pobres! ¡la casa se hunde! ¿Sigues bien de salud? ¡Bartek, Bartek! ¡Deja que te mire otra vez! ¡Estoy harta de padecer! Los Chermyenistki me han socorrido. Pero... ¡Dios mío! ¿Estás bueno? ¡Cuán feliz soy volviendo á verte! ¡Cuán feliz soy! ¿Es éste mi Bartek? ¡No acierto á creer tanta dicha!... pero ¡Virgen Santa!... ¿qué tienes? ¿qué es esto?

Magda acababa de fijarse en una cicatriz que cruzaba la cara de su esposo desde la sien derecha al labio superior.

—¡No es nada! La debo á un coracero á quien di su merecido. Estuve en el hospital.

—¡Jesús!

—No tuvo importancia.

—Estás delgado que pareces un esqueleto.

—*¡Ruhig!* tranquilízate contestó Bartek.

Su rostro moreno y herido le daba el aspecto de legendario héroe. Pero las piernas se negaban á sostenerlo.

—Bartek, ¿qué te pasa? ¿Estás ebrio?

—No, estoy débil, nada más que muy débil.

Estaba débil, pero también ebrio. Una copita de aguardiente bastaba para embriagarle. De la estación á su casa había bebido cuatro copas. En la guerra adquirió vicios que antes no le afeaban.

—*¡Ruhig!* repetía, ya pasó la guerra. Ahora soy un señor, ¿comprendes?... ¡Admira! y le enseñó la cruz y las medallas. ¿Sabes qué deseo? *Links! Rechts! Heu! Stroh!* ¡Alto! (¡A la derecha!... ¡A la izquierda! ¡Heno! ¡paja!) Con tal fuerza y en voz tan recia pronunció el ¡Alto! que la mujer retrocedió asustada.

—¿Estás loco?

—Magda, *comment vas-tu?* El preguntarte *comment vas-tu?* quiere decir ¿sigues bien? ¡Ah! pero tú, pobre mujer, no sabes francés. *Musyu, Musyu!* ¿qué imaginas es un Musyu? Pues soy yo, ¿sabes?...

—Pero ¿qué te pasa?

—Y á ti ¿qué te importa? *¿Was?* ¡trae la comida! ¿oyes?

En la cabeza de Magda ardían múltiples ideas.

—¿Qué país habitaste? ¿no entiendes el polaco? ¡Cuánto has cambiado! Con razón temblaba por ti. ¿Qué te han hecho? ¿quieres comer? ¡Marchen! ¡A casa!

Las voces de mando causaban en Bartek viva impresión. Al oir: ¡Marchen! se levantó, dejó que sus brazos colgaran á lo largo de su cuerpo enderezado, rígido; dió media vuelta y marchó en la dirección indicada.

Andando miró á Magda.

—¿Qué haces, Magda? ¿qué haces? ¡Adelante! ¡Marchen!

Entróse en la casa triste y pobre. El aguardiente se le subía á la cabeza y acabó por perder la razón. Cantando recorrió la casa buscando á su hijo, que estaba en la escuela, y de vez en cuando exclamaba: ¡Hijo, hijo querido! Reía, cantaba y gritaba: ¡Victoria! hasta que vencido por la embriaguez tendióse en el lecho y durmió.

Por la tarde levantóse más tranquilo, y libre la inteligencia de los efectos del aguardiente. Abrazó á Frank, y tomando de los míseros ahorros de Magda algunos *pfennigs* salió y encaminóse á la taberna.

Su llegada y hechos heroicos eran en Po-

guembin de todos conocidos. Soldados, llegados antes que Bartek, explicaban con admiración las proezas del héroe de Gravelotte y de Sedán.

Al saberse que Bartek el Victorioso estaba en la taberna, sus antiguos camaradas acudieron presurosos á admirarle y felicitarle. Bartek sentóse junto á una mesa. Era imposible reconocerlo; aquel hombre antes tan pacífico y amable hablaba recio, daba puñetazos á la mesa, juraba como un alemán y bebía como dos.

—¿Recordáis, hijos míos, la paliza que propiné á los franceses y lo que me dijo el general Steinmetz?

—Lo recordamos perfectamente.

—Hay quien elogia á los franceses, pero es un pueblo débil. *¿Was?* Yo me los comía crudos. Huyen como liebres, y no beben cerveza sino vino, solo vino!

—¿Es posible?

—Cuando incendiábamos un pueblo, mujeres y viejos de rodillas, extendidas hacia nosotros sus manos suplicantes, gritaban: *¡Pits! ¡Pits!* (1) *(¡pitié! ¡pitié!)* (2). En su lengua no significa lo que nosotros entendemos sino: ¡perdónanos! ¡no nos mates!... Y nosotros nos burlábamos de sus lamentos.

(1) En polaco significa beber.
(2) ¡Piedad! ¡piedad!

—¿Acaso no les entendíais? preguntó un joven.

—Tú no los entendieras, porque tú eres un... estúpido; pero yo los comprendo perfectamente: *Done di pen?* (¡esto es francés!) ¡Vamos á ver! ¡traduce!

—¿Qué significa?

—Dejémoslo. ¿No habéis visto París? Cada día se libraban encarnizados combates, y siempre vencíamos. Los franceses carecían de jefes inteligentes. Dícese que generales y oficiales son ineptos.

Matsyei, sabio anciano y habitante de Poguembin, dijo meneando la cabeza:

—Los alemanes han vencido en la lucha terrible, y nosotros hemos cooperado á su triunfo: ¿qué beneficios reportará á nuestra patria la victoria del imperio alemán? ¡Dios lo sabe!

Bartek clavó su mirada en el rostro del anciano.

—¿Qué decís?

—Los alemanes apenas se acordaban de esta infeliz nación polaca, pero ahora después de la victoria levantarán la cabeza orgullosos, altivos, cual si Dios no existiera. A fuerza de insultos sabrán degradarnos; y testigo de mi aserto es lo que en Poguembin presenciamos.

Era tal la consideración, tan absoluta la confianza que los hombres de Poguembin

tenían al viejo Matsyei Kyerz, que se creyera insultarlo el dudar de su palabra. Pero Bartek el Victorioso, envanecido por sus hechos preclaros, creíase un ser superior. Al verle dispuesto á cuestionar con el sabio anciano sus compañeros intentaron disuadirle.

—¿Osarás contestar á Matsyei? ¿Qué intentas decirle?

—¡Y qué me importa Matsyei! ¡Acaso no he hablado con quien vale cien veces más que él! ¡He hablado con Steinmetz!... *¡Was!* Matsyei miente. Afirmo que desde ahora Polonia progresará, que todo irá mejor.

Matsyei, mirando con aspecto tranquilo al Victorioso, le dijo:

—¡Pero tú eres un estúpido!

Bartek dió sobre la mesa tan tremendo puñetazo que danzaron vasos y botellas.

—¡Cállate! *¡des Karl da! ¡Heu! ¡Shoh!* ¡Soldados! ¡Fuego!!!

—Calma, hombre, calma, no armes tanta bulla, dijéronle algunos bebedores; el tiempo dirá quién tiene razón.

—¿Quién es este viejo? ¿Tomó parte en reñidos combates?... ¡Yo, yo sí que he luchado y vencido! Afirmo, pues, que nos respetarán. ¿Quién ganó los combates? ¡Yo! Nada pueden negarme. Sería Par de Francia si hubiese querido serlo. El Gobierno sabe quien fué el que causó mayor daño á los

franceses. Sabe que nuestro regimiento era el más valiente, y lo confirman relaciones escritas. Los polacos han ganado... seremos respetados y queridos... ¿entendéis?

Kyerz, moviendo la cabeza en señal de duda, levantóse y salió. Bartek había ganado la primera batalla política. Los jóvenes que le rodeaban mirábanlo con respeto como á futura esperanza de la patria.

Bartek prosiguió:

—A no contar conmigo, sabe Dios cuándo el Gobierno hubiera acabado la guerra. El viejo Kyerz está loco. El Gobierno nos mandó combatir: yo luché y vencí.

Luego mostrando su cruz y sus medallas exclamó:

—¿Qué significa cuanto ostento? ¡Soy más, mucho más que un alemán, pues no hay alemán que tenga las que yo! He hablado con Steinmetz y Podbielski... ¡Venga cerveza!...

Los demás, prontos á beber, se acercaron á la mesa cantando:

¡A beber! ¡á beber! hasta ver
los bolsillos sin *thalers*.

Y Bartek sacando del suyo un puñado de pfennigs, gritó:

—¡Bebed! ¡soy rico! ¡Qué! ¿no lo tomáis?

—No; es dinero francés: quemaría nues-

tras manos: Dios sabe de dónde procede... ¡quizás de... franco-tiradores!

Los rostros de los bebedores asaz alegres, cambiaron súbitamente al ver que Bartek lloraba diciendo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡tened piedad de mi alma pecadora!

Apoyando los codos en la mesa, escondió el rostro entre sus manos y calló.

—¿Qué tienes? preguntóle un compañero.

—¡Me pesa! murmuró Bartek. Pero ¿acaso fuí yo quien les hizo prisioneros? ¡Cuánto padecí por ellos! ¡Eran polacos! ¡Señor, misericordia! Uno era robusto y moreno; el otro pálido, delgado como una niña... Al despuntar la aurora del siguiente día les cubrió la tierra indiferente... y eran jóvenes, y podían vivir largos años... ¡Aguardiente! ¡traed aguardiente!

Reinaba profundo silencio, los hombres se miraban asombrados:

—¿Qué ha dicho?

—¡Será la voz de la conciencia que le reprende crímenes antiguos! contestó uno.

—Cuando un hombre ha ido á la guerra debe beber, refunfuñó Bartek.

Y bebió aguardiente una, dos, tres copas, y renació la perdida alegría, y gritando preguntaba:

—¿Quién habló con Steinmetz? ¡Yo! ¡Victoria! ¡á beber! ¿Quién paga? ¡Yo!

¡Pégame, corta mi cabeza, conviértete en asesino! dijo Magda desabrochándose el cuello del vestido

—¡Tú pagarás, borracho! gritó la voz de Magda. ¡Tú pagarás, desgraciado!

Bartek clavó en la recién llegada sus ojos.

—Dime, ¿hablaste con Steinmetz? ¿Quién eres?

Y la infeliz mujer dirigiéndose á los hombres se lamentaba diciendo:

—¡Dios mío! vosotros sois testigos de mi vergüenza y de mi desgracia. Vile llegar, henchido el corazón de alegría indecible, ¡y llegaba ebrio! ¡Se ha olvidado de Dios y de Polonia! ¡Llegó, acostóse y durmió! Hoy bebe malgastando mis escasos ahorros, mísero fruto de penoso trabajo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Ya no es cristiano: es un hombre, un alemán, un bribón, un borracho, un demonio... es un...

La mujer lloraba.

—Antes era estúpido, pero bueno. Ahora ¡qué han hecho de mi antiguo esposo! De la mañana á la noche soñaba el feliz instante de su regreso. ¡Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡Vuelve, vuelve á Alemania!

Bartek contestó indiferente:

—¡Tranquilízate! Ya saldaremos cuentas... Espera.

—¡Pégame, corta mi cabeza, conviértete en asesino! dijo Magda presentando la cabeza y desabrochándose el cuello del vestido. Luego dirigiéndose á los hombres añadió:

—¡Y vosotros contemplad impasibles sus hazañas!

Estos empezaron á desfilar. Al breve rato la taberna quedó vacía. Bartek al lado de su esposa, y ésta inmóvil inclinada la cabeza y desnudo el cuello.

—¿Por qué extiendes tu cuello desnudo? dijo Bartek... ¡A casa!...

—¡Mátame! ¡corta mi cabeza!

—¡No, no quiero cortarla! y metióse las manos en los bolsillos.

Deseando acabar esta escena, el tabernero apagó la última luz, y en la triste obscuridad oíase la voz de Magda repetir entre gemidos:

—¡Corta mi cabeza!

Y Bartek que orgulloso contestaba:

—¡No, no quiero cortarla!

Vagamente iluminados por la pálida luz de la luna viéronse dos sombras, dos personas salir de la taberna. La primera era Magda, que lloraba y se lamentaba en alta voz. Tras ella silencioso, humilde y tambaleándose el vencedor de Gravelotte y de Sedán.

CAPÍTULO SÉPTIMO

La debilidad enseñoreóse de Bartek hasta el punto de impedirle trabajar, lo cual era grave contratiempo, pues la hacienda necesitaba la mano robusta de un hombre. Magda trabajaba de la mañana á la noche. Sus vecinos pobres la ayudaban en la medida de los escasos recursos con que contaban. La ruina amenazaba á aquel mísero hogar. Magda pidió á préstamo dinero á Justo, alemán que habiendo llegado á Polonia al parecer sin un céntimo, enriquecióse prestando dinero á

intereses usurarios. A los seis meses Magda le debía algunas docenas de thalers, gastados en el cultivo del campo y en el envío de cortas cantidades á Bartek. Sin embargo, la deuda la preocupaba poco, pues si la miés daba tan abundante cosecha como anunciaba su lozano florecer, el satisfacerla había de serle fácil. Pero faltaban brazos robustos que cuidaran la tierra. Desgraciadamente Bartek no podía trabajar. Cogía la azada, y luego sin fuerzas doblaba su cuerpo, sufriendo atrozmente de los riñones.

De la mañana á la noche fumando en pipa de porcelana, permanecía sentado junto á la puerta, donde había clavado el retrato de Bismark, vestido de blanco uniforme y cubierta la cabeza con el casco de los coraceros. Miraba siempre, los ojos muy abiertos y al parecer cansados. Quizás recordaba días de gloria y escenas de guerra; ó los padecimientos de su mujer; ó, y esto debía ser lo más frecuente, no recordaba nada ni pensaba en nadie.

Un día, estando sentado como de costumbre, oyó la voz de Franck que regresaba de la escuela gritando y llorando. Bartek separó la pipa de los labios.

—Franck, ¿qué tienes?

—Es que... que...

—¿Por qué lloras?

—Lloro porque me han pegado.

—¿Quién te ha pegado?

—¿Quién? El Sr. Boege.

Boege era el maestro de la escuela de Poguembin.

—¿Qué derecho tiene á pegarte?

—Alguno tendrá cuando lo hizo.

Magda que trabajaba en la huerta entró.

—¿Qué te pasa? preguntó al niño.

—¡Nada! Me llamó polaco cochino, y me ha abofeteado. Ha dicho que los alemanes, vencedores de los franceses, aplastarán nuestra raza, porque son omnipotentes. ¡Y yo he callado! Luego me preguntó quién era el hombre más grande del mundo; contesté que Su Santidad el Papa... y me ha abofeteado. Grité, lloré, me llamó polaco cochino... y me dijo... me dijo...

El niño iba á repetir la misma historia, pero Magda le tapó la boca con la mano y dijo á Bartek:

—¡Oyes! ¡oyes! Tú que venciste á los franceses, dejas que un alemán pegue á tu hijo cual si fuese un perro abandonado. ¡Este es el fruto de la guerra! luchaste y venciste para que luego un alemán pegue á tu hijo. ¡Hermosa recompensa!

Magda, conmovida por los recuerdos é ideas tristes que en su mente se agolpaban, lloró estrechando entre sus brazos á Franck, que seguía llorando.

Bartek, abierta la boca é inmóviles los

ojos, parecía la imagen de la estupidez. Callaba sin acertar á comprender cuanto veía y oía.

¿Qué significaban las lágrimas de su hijo y de su esposa? ¿Acaso no recordaban sus gloriosas hazañas? Pareció reconcentrarse un instante y meditar. Un rayo de inteligencia animó su rostro que enrojeció la sangre, y levantándose echó á andar diciendo:

—¡Voy á explicarle quién soy!

La escuela estaba detrás de la iglesia, muy cerca de la casa de Bartek.

Oscar Boege se hallaba á la puerta de su casa rodeado de algunos cochinillos, á los que echaba mendrugos de pan. Contaría unos cincuenta años de edad, era alto y robusto. Sus grandes ojos revelaban energía y decisión.

Bartek se le acercó hasta tocarle.

—*¡Vas!* ¿Por qué, muñeco alemán, has pegado á mi hijo? le preguntó.

Oscar Boege retrocedió unos pasos, y mirando á Bartek de piés á cabeza, calmoso, tranquilo, con insultante flema, le dijo:

—¡A otra parte con esa música!

—¿Por qué has pegado á mi hijo? repitió Bartek.

—¡Y á ti también te pegaré, polaco cochino! ¡Vete al diablo! ¡Vete á gruñir en el corral de tu casa, y á mí déjame en paz!

Bartek cogió al maestro por los hombros, y sacudiéndole con fuerza gritó:

—¿Acaso ignoras quién soy? ¿Ignoras que vencí á los franceses y que hablé con Steinmetz? ¿Por qué pegaste á mi hijo, muñeco prusiano?

Los ojos de Oscar Boege parecía iban á saltar de las órbitas. Era valiente y fornido, deseando escaparse de las manos de Bartek, reunió sus fuerzas y asestó tremendo puñetazo á la cabeza del vencedor de Gravelotte y de Sedán. En otro tiempo el golpe no hubiera causado á Bartek el menor efecto, pero las heridas habían debilitado aquella naturaleza de hierro. Sin embargo, no se desanimó.

El hijo de Oscar Boege, joven de veinte años, que corriendo acudió en socorro de su padre, fué echado por tierra y no tuvo ánimo de levantarse. El padre, asustado por la brusca acometida de Bartek, cerró los ojos, sintió que le levantaban del suelo y que le hacían dar dos ó tres vueltas en el aire, cual si no supieran qué hacerse de su cuerpo indefenso. Desgraciadamente para Boege, distante pocos pasos había un gran barreño lleno de agua para los cerdos. Bartek lo vió, y en él echó al maestro cabeza abajo. Del barreño salían las piernas, que azotaban el aire cual pidiendo auxilio. La mujer acudió corriendo y gritando:

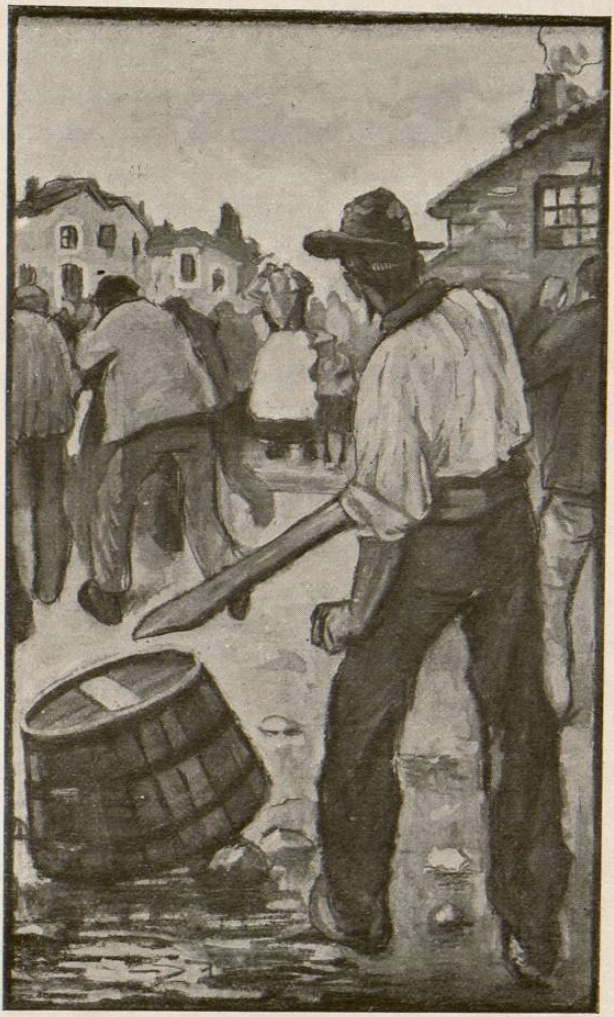
—¡Socorro! ¡Socorro!

Volcó el barreño y el contenido rodó por

el suelo. Acudieron los vecinos alemanes y cayeron sobre Bartek. Trabóse una verdadera batalla: Bartek desaparecía entre los enemigos que le rodeaban. Su fuerza prodigiosa le permitió romper el círculo, y huir corriendo hacia la estacada que rodea la escuela. Los alemanes le persiguen. Entonces arrancando una de las más descomunales estacas, vuelve sobre sus pasos y hace frente á sus enemigos. De su boca salía hirviente espuma, y sus ojos brillaban henchidos de cólera. Sus puños de hierro blandían con tal fuerza la estaca, que era muy peligroso esperarle y resistir. Temerosos los alemanes, huyeron perseguidos de cerca por Bartek. Quiso la buena suerte de aquéllos que ni uno solo cayera en manos del enfurecido polaco.

Venciendo la terrible agitación que le dominaba, dirigióse hacia su casa. Si hubiera ahuyentado á los franceses, la historia de Alemania cuidara de inmortalizar su hazaña.

Doce de sus enemigos se reunieron y juntos reanudaron el ataque contra Bartek. Este se dirigía á su casa, pero prevenido, en guardia cual fiera que teme el ataque de los perros. Al ver acercarse á los alemanes se detuvo, y volviéndose hacia ellos los esperó á pie firme: los alemanes retrocedieron. El bastón que manejaba Bartek les infundía



Sus puños de hierro blandían con tal fuerza la estaca, que era muy peligroso esperarle y resistir

saludable respeto. Desde lejos le apedrearon. Una le alcanzó la frente: la sangre fluyó abundante, obligándole á cerrar los ojos. Sintiendo que perdía el conocimiento, quiso afianzar sus piés que se helaban, y dando una vuelta cayó al suelo.

—¡Victoria! gritaron los alemanes.

Pero antes que pudieran celebrarla Bartek levantóse y corrió contra ellos. El lobo herido es á veces muy temible. Además, del pueblo se dirigían al teatro de la lucha, corriendo á todo correr, numerosos campesinos polacos. Los alemanes huyeron y se escondieron en sus casas.

—¿Qué ha sucedido? preguntaron los campesinos.

—¡Instruía á los alemanes! contestó Bartek cayendo desvanecido en brazos de los que llegaban.

CAPÍTULO OCTAVO

El suceso tuvo cierta resonancia. Los diarios alemanes pusieron el grito al cielo contra la barbarie de los polacos, «*pueblo salvaje cuyos instintos sólo guía el fanatismo religioso.*» A Oscar Boege lo presentaron como heroica víctima: «Dulce y simpático misionero, cuyo único anhelo es difundir la instrucción en el miserable villorrio casi desconocido, ha sido víctima del odio de aquellos campesinos. Es indudable que los alemanes sin distinción de partidos, estarán resueltos á defenderle,

pues nadie puede consentir que sea injustamente insultado un hombre digno, etc., etc.»

Bartek ni siquiera sospechaba la tempestad que iba formándose sobre su cabeza. Deseaba que le mandaran comparecer ante un tribunal de justicia, pues allí prevalecía el derecho. ¡Habían golpeado á su hijo, y cuando personalmente y en su calidad de padre fué á pedir explicaciones, osaron atacarle y le insultaron! Además los alemanes se le echaron encima. Le obligaron á defenderse. Le tiraron piedras, una de las cuales fué á darle en la cabeza. ¿A él? ¿A Bartek, el hombre del día, el vencedor de Gravelotte, el que habló con Steinmetz, y ganó muchas y envidiables condecoraciones? ¿Cómo los alemanes podían olvidar tantas proezas? ¿Cómo Oscar Boege osaba afirmar que aniquilarían á los polacos, soldados fieles que lucharon contra Francia con bravura sin igual?

Ni se le ocurrió dudar de su triunfo: la justicia conocería sus servicios, el brillo de sus gloriosos hechos de armas. Si necesario fuese, Steinmetz vendría á defenderle...

Un día varios policías se detuvieron á la puerta de la casa de Bartek. Iban armados, quizás por temor de fuerte resistencia. Se engañaban: Bartek no pensó en resistir. Le mandaron sentarse en un coche, y él obedeció tranquilo, mientras Magda gritaba llorando desesperada:

—¿De qué te sirve haber vencido á los franceses? ¡Te llevan preso! ¡Esta es la paga que da Alemania!

—Tranquilízate, Magda; la dijo Bartek sonriendo. Sabré demostrar que obré legalmente.

Y cubierto el pecho por las numerosas cruces ganadas en buena lid, presentóse al tribunal, digno, altivo como un triunfador. Los jueces lo recibieron con innegables muestras de amabilidad y deferencia. Admitieron circunstancias atenuantes, gracias á las cuales la condena se redujo á tres meses de prisión, y á pagar en concepto de indemnización 150 marcos á la familia Boege.

Bartek, temblando de cólera, dirigió al tribunal amargos reproches. ¡Qué! ¿Acaso el Estado olvidaba sus múltiples servicios y hazañas gloriosas?

Menester fué, para obligarle á callar, amenazarle con nueva condena por insultos al tribunal del imperio.

¡Bartek encerrado en la cárcel recordaba las glorias pasadas, los triunfos de Gravelotte, Sedán y París!

Sería faltar á la verdad decir que no hubo quien protestase de tan arbitraria sentencia. Algunos polacos, miembros del Parlamento, expusieron en una sesión los malos tratamientos de que eran víctimas sus compatrio-

tas. El heroísmo del regimiento de Posen, merecía que aquel pueblo de valientes soldados fuese tratado con equidad. Afirmaron que Oscar Boege abusaba del cargo de maestro de Poguembin, imponiendo bárbaros castigos á los niños polacos y permitiéndose insultarlos.

Durante esta discusión caía pausada la lluvia, y triste niebla se extendía monótona y densa: los miembros del Parlamento bostezaban y se entró á la *orden del día*.

Bartek seguía en la cárcel, ó mejor en la enfermería de la cárcel: la piedra que recibió en la cabeza fué causa de que se abriese una herida ya cicatrizada.

Cuando la fiebre no le anonadaba, y cansado de soñar delirios recobraba la plenitud de su razón, comprendía que era inútil, completamente inútil, haber muerto tantos franceses.

Magda sufría viendo aumentar sus apuros. Vencían plazos, debía pagar intereses. ¿A quién pedir dinero?

El cura de Poguembin se lo prestara gustoso, pero la caja del buen sacerdote estaba vacía. Su parroquia era muy pobre. Oscar Yarzinski, el caritativo señor que indudablemente se lo regalara, estaba ausente. Susurrábase que se hallaba en Berlín entretenido haciendo la corte á una joven virtuosa y bella. La pobre Magda no sabía qué ha-

cer. ¿Vendería el caballo ó la vaca? Se acercaba el tiempo de la recolección, y luego necesitaría aquellos animales. Retorcíase las manos desesperada. Pidió una prórroga. Enumeró los gloriosos servicios de Bartek. Dijo que antes de la guerra, cuando su esposo trabajaba en el molino, nunca dejaron de pagar cuanto debían.

Y nada, la miraban, la compadecían y callaban. Suplicó á amigos y á vecinos: la guerra les había empobrecido. No se atrevía á presentarse ante Justo el usurero, porque no podía pagarle ni siquiera parte de los intereses adeudados. Pero Justo fué quien se presentó ante ella.

Estaba un día sentada junto al lindar de la puerta, mano sobre mano, extenuada por los múltiples sufrimientos, mirando las moscas que revoloteaban en el aire, y envidiando su felicidad.

—¡Dios mío! gritó de súbito...

Tras la empalizada apareció la alta figura, el rostro delgado, la nariz larga de Justo el usurero. De sus labios colgaba la pipa. Al ver á Magda la dijo:

—*¡Morgen!* (Buenos días).

—¿Sigue V. bien? preguntó Magda.

—¿Y mi dinero?

—¡Ah! mi buen señor, tenga V. un poco más de paciencia. Soy una pobre mujer, han aprisionado á mi esposo. He de pagar la

multa que el tribunal le ha impuesto, y estoy desesperada. ¡Si quisiese esperar, mi buen señor!

Y Magda llorando, besaba la ruda mano del usurero.

—Dentro de breves días llegará Oscar Yarzinski; él, que es un santo, me dará dinero y saldará esta cuenta.

—¿Cómo pagarás la multa?

—No sé; el único medio es vender la vaca.

—Si quieres te prestaré otra cantidad.

—¡Que Dios le bendiga, mi buen señor! aunque protestante tiene V. excelente corazón. ¡Si todos los alemanes fuesen generosos como V.; mis labios, que no se cansan de maldecirlos, los bendecirían sin cesar!

—¿Crees que te presto sin interés?

—No, ya lo sé...

—Bueno, pues, arreglaremos la cuenta de lo adeudado.

—Entendido, mi buen señor. ¡Dios le bendiga!

—Te espero en la ciudad: no olvides los papeles, y cuida que estén en regla.

Magda visitó al cura pidiéndole consejo. ¿Qué podía decirle sino que el plazo era muy breve y muy alto el interés? Mucho sintió que Oscar Yarzinsky estuviera ausente: él la sacaría de apuros. Magda no podía esperar, y aceptó las condiciones de Justo.

Tomó prestados trescientos *marcos*, can-

tidad igual al doble del importe de la multa adeudada. Necesitaba dinero para la conservación de la mísera choza. Bartek debía firmar el recibo. Magda fué á visitarle y le pidió firmara, á lo cual accedió.

El Victorioso parecía otro hombre: triste, flaco, abatido y preso el corazón de cruel desengaño.

Apeló contra la sentencia, y la apelación fué rehusada.

—¡Ay! decía á su esposa, ¡confieso que me engañaba!

Magda le contestó:

—Boege atormenta de mil maneras á Frank. Fuí á verle, y me dijo: «Los alemanes son dueños de Posen y no temen á nadie.»

—¡Es verdad! ¡son los más fuertes! contestó Bartek con triste acento.

—Soy una pobre mujer, pero afirmo que Dios es el más fuerte.

—Y El, añadió Bartek, es nuestra única esperanza.

Quedaron un momento silenciosos; luego Bartek preguntó:

—¿Cómo pagaremos á Justo?

—Si Dios nos da abundante cosecha, la solución es fácil; además confío que Oscar Yarzinski nos ayudaría. Dícese que está próximo á contraer matrimonio con una joven muy rica.

—¿Volverá pronto?

—¡Quién sabe! En el castillo afirman que dentro corto plazo llegará acompañado de la que ha de ser su esposa. Los alemanes han invadido Poguembin y la ciudad. Son muy numerosos y nos tratan... ¿Cómo pagar á Justo? El documento que hemos firmado nos pone á su disposición; si no pagamos, nuestra casa es suya. Justo es mejor que los demás alemanes. Pero ante todo mira sus intereses, y estoy cierta que no nos perdonará un céntimo, pues nunca lo ha perdonado á nadie. ¿Cómo no comprendí el por qué me ofrecía dinero? ¿Qué hacer? ¡Habla, hombre, habla! Tú que venciste á los franceses, ¿qué harás cuando no tengamos techo que nos cobije, ni un mendrugo de pan que nos salve del hambre?

El vencedor de Gravelotte anonadado oprimíase la cabeza con ambas manos, y murmuraba:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Magda tenía excelente corazón: el dolor de Bartek la entristeció y dijo:

—No te apures. Si Dios nos da buena cosecha todo se ha salvado. Y la espero: el trigo crece ufano; las lluvias lo protegen, y además nuestra tierra no es alemana. Ella no engaña, es agradecida; mientras luchabas la cultivé lo mejor que supe: pagará mi trabajo dándonos trigo abundante.

Y añadía sonriendo á través de las lágrimas:

Magda tenía excelente corazón: el dolor de Bartek la entristeció y dijo: —No te apures

—¡Porque nuestra tierra no es alemana!

—¡Magda! exclamó Bartek mirándola conmovido, ¡Magda!

—¿Qué?

—Tú eres... eres...

Embargaban á Bartek emoción profunda y agradecimiento vivísimo, pero no acertaba á expresar lo que sentía.

CAPÍTULO NOVENO

MAGDA era una mujer excelente. Trataba á Bartek con dureza, pero le amaba de veras. En momentos de enojo llamábale estúpido, y sin embargo deseaba que nadie la creyera. Solía repetir á cuantos conocían á Bartek:

—Bartek parece estúpido, pero en realidad es muy hábil.

Y esta habilidad era relativa: Magda llevaba el peso de la casa.

Una semana había transcurrido de su primera visita á la prisión, cuando volvió á ella alegre y feliz.

—¿Bartek cómo sigues? gritó con entusiasmo al entrar. ¿Sabes que Oscar Yarzinski ha llegado? Le acompaña su joven esposa, que es una perla, una perla. Y es riquísima.

—Bien ¿y qué?

—¡Hombre! Espera, imbécil, contestó Magda; espera y oye. Fuí á dar la bienvenida á Oscar Yarzinski y la vi. Salió á mi encuentro respirando juventud, majestuosa como una reina, bella, sonriente como la aurora. Vestía magnífico traje azul. Caí á sus piés y ella me alargó sus manos. Y ¡sí! las estreché contra mis labios, le besé aquellas manos finísimas, pequeñas como las de un niño. Me parecía una santa. Es buena y siente los padecimientos del pueblo. Le pedí que nos salvara, que Dios se lo premiaría.

Ella me contestó:

—Haré cuanto pueda en vuestro favor.

¡Qué hermosa voz la suya! Le expliqué que en Poguembin los alemanes nos hacen víctimas de innumerables vejaciones, y me dijo:

—¡Ay! ¡no es sólo Poguembin el que padece!

Y empezó á llorar tan sin consuelo que vino su esposo y la colmó de caricias estrechando las finísimas mejillas de aquella mujer hermosísima con sus varoniles manos, y besándole los ojos cuajados de lágrimas:

¡los señores no son como nosotros! Ella preguntó á su esposo.

—¿Qué harás en favor de esta mujer?

Y él contestó:

—Cuanto tú quieras.

¡Que Dios bendiga á la buena señora! ¡que á ella y sus hijos les colme de salud!

Oscar me dijo:

—Habéis hecho mal, muy mal, poniendo vuestros escasos recursos en manos alemanas; pero quiero salvaros, y os daré el dinero necesario para pagar á Justo.

Próximas las elecciones, continuó, es deber de todos impedir que el pueblo vote por los alemanes. Os daré el dinero que debéis, y avergonzaré á Boege demostrando cuán inicuo es su proceder.

La noble dama extendió los brazos y rodeó el cuello de su esposo en señal de gratitud. Luego hablando de ti Yarzinski, dijo:

—Está muy débil. Escribiré: certificaré que la falta de salud le impide continuar en la prisión. Insistiré hasta lograr sea puesto en libertad provisional, y pediré que el resto de su condena le permitan cumplirlo el próximo invierno, pues se avecina la siega y puede ser útil á su pobre familia.

¿Vas comprendiendo? Ayer Yarzinski pasó el día en la ciudad, y hoy el doctor ha de visitarle y hablará de ti. El médico no

es alemán, y firmará el certificado. El próximo invierno entrarás otra vez en la cárcel como el rey en su alcázar. Te regalarán buen fuego y comida abundante. Y ahora, ó mejor dentro breves días, vendrás á casa y me ayudarás á trabajar. Pagaremos á Justo. Yarzinski presta sin interés. Y si cuando llegue Octubre no podemos volverle el dinero, acudiré á la señora. ¡Que Dios se lo pague! ¿Vas comprendiendo?

—¡Ah, sí! ¡Excelente mujer! contestó Bartek conmovido.

—Tú te echarás á sus piés, le dirás que nuestra gratitud será eterna. Y si Dios nos da buena cosecha, estamos salvos. ¿Ves de dónde viene la dicha? ¿Ves como no viene de alemanes? ¿Te dieron ni un céntimo por las batallas que ganaste? ¡El premio fué abrirte la cabeza á pedradas... y nada más! ¡Ah! ¡sí! tu caerás á los piés de esta noble señora.

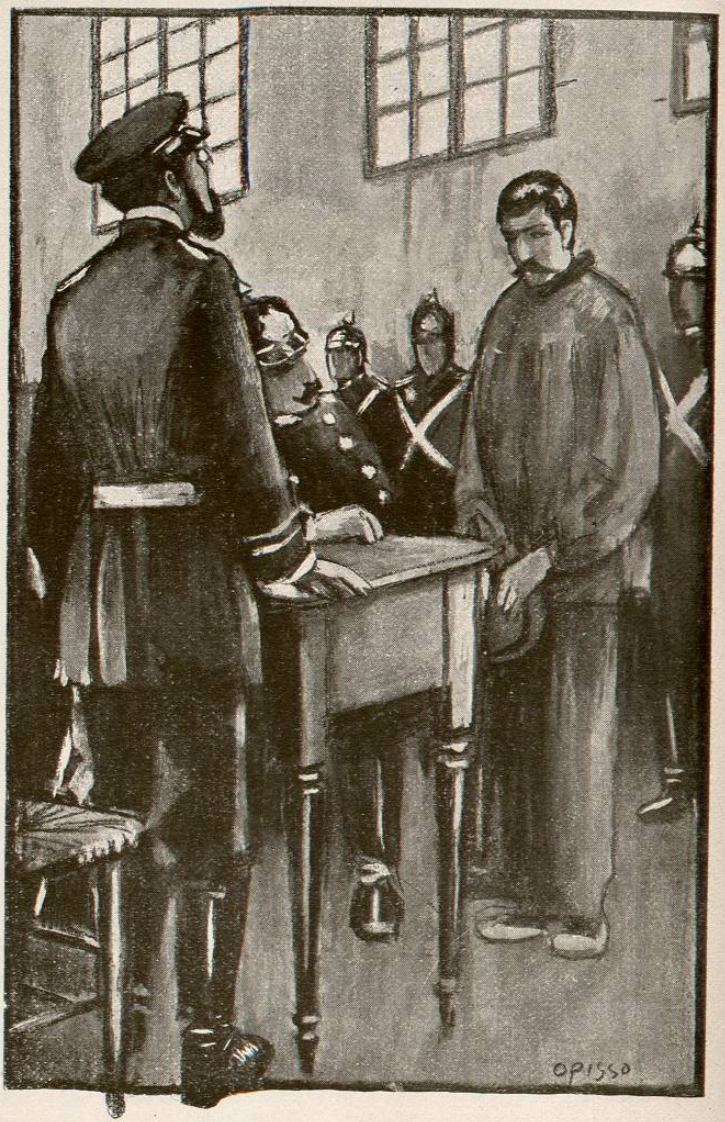
—Sí, sí; contestó Bartek.

Parecía que al fin la fortuna resolvía sonreir á Bartek el Victorioso. A los pocos días le anunciaron que en atención á su delicada salud quedaba libre hasta el próximo invierno.

Al salir, el *landrath* le mandó presentarse.

Bartek obedeció temblando.

Aquel hombre que atacando á la bayo-



En la sala había varios oficiales: al verlos Bartek sintióse dominado, esclavizado por la disciplina militar

neta tomó al enemigo banderas y cañones, temblaba á la sola vista de un uniforme militar. Odiaba á los alemanes, que eran sus enemigos, que sólo deseaban humillarlo y dañarlo. Y que podían hacerlo, que eran omnipotentes... ¡demasiado lo sabía!

Su actitud al presentarse ante el *landrath* era la misma que cuando compareció en presencia de Steinmetz: firme, rígido, reteniendo la anhelante respiración. En la sala había varios oficiales: al verlos Bartek sintióse dominado, esclavizado por la disciplina militar.

Los oficiales le miraban con desprecio á través de sus lentes de oro. El *landrath* hablaba con tono imperioso. No aconsejaba, mandaba, imponía su voluntad sin ni siquiera intentar persuadir.

Había fallecido en Berlín un individuo del Parlamento y debían celebrarse elecciones para elegir sucesor.

—¡Atrévete, estúpido polaco! ¡atrévete á votar por Oscar Yarzinski! ¡atrévete si puedes!

Y Bartek ni á respirar se atrevía.

A una señal del jefe repitió el reglamentario: *A la orden de V...,* dió media vuelta á la izquierda y salió. Entonces respiró libremente.

Tenía orden de votar á Schulberg de Upper-Kryvda. Sin perder tiempo y á paso

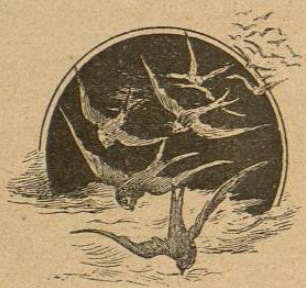
largo partió para Poguembin, pues iba á empezar el tiempo de la siega.

Abandonaba la cárcel y la ciudad. Era feliz.

Al dirigirse camino de su casa creía oir un canto que á los oídos del campesino es suave, agradable, encantador. Era el canto de las espigas, llenas y doradas, mecidas por la suave brisa de las mañanas de estío. Bartek estaba débil, pero aquel sol le daba vida nueva.

—¡Ah! pensaba el pobre soldado herido, ¡qué hermoso es el mundo!

¡Aquellos campos eran los añorados campos de Poguembin!



CAPÍTULO DÉCIMO

Las elecciones! ¡Las elecciones!

Diríase que María Yarzinski tenía trastornada su hermosa cabeza. Sólo hablaba, sólo pensaba, sólo soñaba elecciones.

—Mi hermosa castellana sería un político excelente, decíale uno de sus nobles vecinos, besándole galantemente la mano.

La dama enrojeció como una cereza, y contestó con la más graciosa de sus sonrisas:

—¡Es verdad! Trabajo cuanto puedo.

—No dudo que Yarzinski será elegido: puede V. esperar tranquila.

—Lo deseo mucho. No por mi marido, sino porque redundará en bien de la causa que defendemos.

Siguieron hablando de la cuestión palpitante. A este noble amigo le estaba confiada la propaganda en la Kryvda baja y Miserow. La alta Kryvda estaba perdida, era de Schulberg en cuerpo y alma.

María trabaja personalmente Poguembin.

¡Y no perdía el tiempo! Diariamente se la veía por calles y caminos, recorrer campos, entrarse en casas, recogiendo graciosamente con una mano su holgada falda, y llevando en la otra la sombrilla abierta. Andaba ligera, incansable, defendiendo por todas partes su causa, que era la causa de los buenos polacos.

Habla á los campesinos, entra en las cabañas, pregunta solícita por el estado de los enfermos, se interesa por el bien de los obreros. Y el móvil de tan nobles acciones no es el deseo de sumar votos á su marido, sino la bondad de su corazón generoso.

Pero la política, las elecciones la entusiasman.

Al saber una mañana que había sido disuelto el Parlamento lloró de coraje. Al día siguiente en Poguembin se alteró el orden público; pero las dificultades no la arredraban; trabajaba con actividad siempre nueva.

Exasperada por estos acontecimientos iba de casa en casa, hablando con tanta claridad y tan públicamente contra los alemanes, que su marido creyó deber aconsejarle prudencia. Sin embargo, nada debía temer. El pueblo la acogía con amor, con cariñoso respeto; al verla corrían á besarle las manos y la colmaban de atenciones. ¡Era tan amable, tan buena y tan hermosa, que en cuantas casas visitaba dejaba recuerdo de felicidad!

Entróse también en la choza de Bartek.

—¡Oh mi santa señora, mi consuelo y mi dicha! exclamó al verla Magda, besando las manos de la hermosa dama.

Bartek, cumpliendo la orden de su mujer, se echó á los piés de la señora. Franck, admirado, quedóse en un rincón chupándose los dedos.

—Espero, Bartek, que votarás por mi esposo y no por Schulberg.

—¡Dios mío! exclamó Magda, ¿quién osará votar á Schulberg? ¡Es alemán, y de alemanes hasta el nombre me encoleriza!

—Mi marido me ha dicho que pagará á Justo lo que le debéis, añadió María.

—¡Que Dios les bendiga! y Magda dijo á Bartek:

—¿Por qué te callas?... ¡Siempre taciturno y silencioso! añadió dirigiéndose á María.

—¿Votarás por mi esposo, verdad? repi-

tió María. Eres polaco, y debemos aunar nuestros esfuerzos, prestarnos mutuo auxilio.

—Si no lo votara le arrancaría la cabeza, contestó Magda. ¡Habla! ¡muévete! ¡pareces una estaca!

Bartek besó la mano de la joven castellana; el rostro del vencedor era sombrío y cejijunto. Recordaba la orden del director de la cárcel.

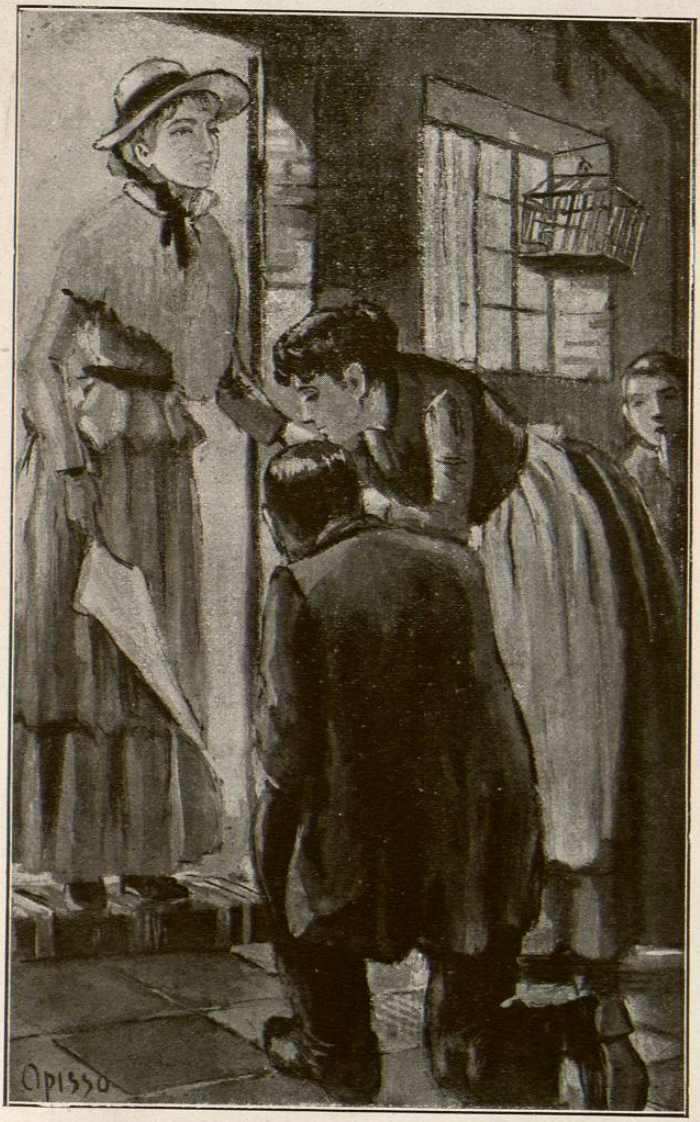
. . . . . .

Llegó el día de la elección. Yarzinski creía asegurada la victoria. Los nobles regresaban de la ciudad. Ya habían votado. Esperaban en el castillo de Poguembin el resultado de la elección que el cura se había encargado de comunicar. Al recibir la noticia principiaría el banquete, y por la tarde los Yarzinski saldrían para Posen y Berlín.

La víspera habían votado algunos pueblos. El resultado no podía hacerse esperar.

Los reunidos en el castillo no dudaban del éxito. María, ligeramente inquieta, alentaba, sin embargo, grandes esperanzas. Sonreía, y todos admiraban su amabilidad y hermosura. ¡Era un tesoro! Inquieta y juguetona hablaba á todos, explicándoles y repitiéndoles el por qué debía ser elegido su esposo.

No era mujer ambiciosa, pero en su cabeza joven se le metió la idea de que debían emprenderse numerosas reformas y que en



Bartek se echó á los piés de la señora. Franck, admirado, quedóse en un rincón chupándose los dedos

consecuencia su marido debía llenar una gran misión. Deslizándose entre los reunidos llegábase al lado de su esposo, y tirándole de la manga le murmuraba al oído: «Señor diputado.» El sonreía y eran felices. Yarzinski quisiera agradecérselo á besos, pero lo juzgó inconveniente en presencia de tantos invitados.

Asomados á la ventana deseaban ver los primeros al portador de la ansiada nueva. El diputado difunto era polaco: nunca los alemanes habíanse atrevido á presentar candidato alemán por aquel distrito.

Las recientes victorias aumentaban su audacia.

María tiembla, siente oprimírsele el corazón: y ¿si viéndose perdidos los alemanes emplean medios ilícitos? ¿si compran votos?

Pero las mesas estaban formadas de alemanes y polacos, y la tranquilizaron explicándole el examen á que sujetan al voto y al elector.

Docenas ó centenares de veces le habían explicado esas formalidades, pero ¡era tan grande su interés y crecían tanto sus temores á medida que la hora avanzaba!

—No hay que olvidar que la cuestión que debatimos consiste en que el pueblo tenga en el Parlamento un enemigo ó un defensor.

En la última vuelta del largo camino se divisa una nube de polvo...

—¡El cura! ¡el cura! gritan todos los reunidos.

No era el cura, sino un criado del castillo, que á caballo y corriendo á galope tendido regresaba de la ciudad.

La joven esposa palideció. No dudaba de la victoria; pero en los momentos decisivos el corazón late violento.

Todos se precipitan al encuentro del criado.

—¿Traes noticias?

—¿Han proclamado á nuestro candidato?

—¿Sabes el resultado? ¿Es público?

Las preguntas se sucedían y multiplicaban sin interrupción, y el criado echando la gorra al aire gritó:

—¡Mi señor es diputado!

La joven esposa reclinóse en un diván tratando en vano de dominar su emoción.

—¡Victoria! ¡Victoria! gritaban los invitados.

Los sirvientes y cuantos en la casa se hallaban acudieron repitiendo:

—¡Victoria! ¡los alemanes han sido vencidos! ¡larga vida al novel diputado y á su joven esposa!

—Pero ¿dónde está el cura? preguntó uno de los reunidos.

—No puede tardar, contestó el criado, faltaba el recuento de los últimos votos.

—¡Que sirvan la comida! manda el diputado.

—¡Viva! contestan todos.

Y los cumplimientos, las felicitaciones eran interminables. María no pudiendo contener su alegría, sin cuidarse de cuantos les acompañaban, echó los brazos al rededor del cuello de su esposo y lo abrazó con efusión.

En este preciso instante llega el cura acompañado del anciano Mateo de Poguembin.

—¡Veamos! ¡veamos! ¿cuántos votos de mayoría?

El sacerdote queda admirado y silencioso en presencia de aquella regocijada multitud, y luego calmosamente contesta:

—¡Schulberg... es diputado!

Asombro general: acto seguido una tempestad de exclamaciones.

—¡Schulberg diputado! ¡Imposible! ¿Qué ha sucedido? Un criado acaba de afirmar lo contrario. ¡Estará V. en un error! ¡Explique! ¡Hable!

Yarzinski vióse obligado á acompañar fuera del salón á la infortunada María, que se esforzaba en vano para ahogar sus sollozos tapándose la boca con el pañuelo.

—¡Qué desgracia! ¡qué desgracia!

Hasta el castillo llegaban los gritos de júbilo de los alemanes, que celebrando su victoria recorrían las calles de la población.

María algo tranquilizada entró en el comedor del brazo de su esposo, quien la decía:

—Hay que conformarse y no entristecerte.

—Explíquenos la historia del resultado, rogó á Mateo con serena calma.

—¿Cómo, señor, podía suceder otra cosa, si la mayor parte de los hombres de Poguembin votaron por Schulberg?

—¿Qué? ¿es posible? ¡No puedo creerlo! ¿Quién os lo ha dicho?

—Yo lo vi, señora: yo vi á Bartek Slovik votar por Schulberg.

—¡Bartek Slovik! exclamó asombrada la joven esposa.

—Al venir, su mujer llorando lanzaba contra él injurias sin cuento y puñados de polvo. Yo le vi votar por Schulberg.

—Hombres como éste deben ser expulsados del pueblo, dijo un propietario de Mizerow.

—Además, señor, cuantos fueron á la guerra han seguido el ejemplo de Bartek. Dicen que lo hicieron obedeciendo órdenes terminantes.

—¡Es un abuso, es un robo! ¡la elección es nula! gritaron muchas voces.

En el castillo de Poguembin la comida que siguió á la derrota fué silenciosa, triste...

Al anochecer los Yarzinski partieron, di-

rigiéndose, no á Berlín, como deseaban, sino á Dresde, su residencia habitual...

Miserable, aborrecido, despreciado y maldito, sentóse Bartek en un rincón de su casa: Magda, su mujer, lo miraba indiferente, no quería decirle palabra; le parecía un extranjero, un alemán...

. . . . . .

Dios concedió cosecha abundante, magnífica: llegó el otoño, y Justo, ya dueño de la casa de Bartek, vió asombrado y rebosando alegría que el negocio le resultaba excelente.

Un día por el monótono camino que une Poguembin y la ciudad, tres personas avanzaban tristemente. Caía la lluvia espesa, incansable. El hombre encorvado, baja la cabeza, parecía anciano desvalido y enfermo. La mujer lloraba, recordando la casa querida que abandona para siempre jamás. Nada interrumpía la triste quietud de aquel camino monótono: ni un hombre, ni un carro. Sólo en la confluencia de dos caminos la cruz extendía amorosa sus brazos siempre abiertos, y la lluvia caía incansable, espesa, velando la cruz que consuela al que llora, mostrando amorosa sus brazos abiertos, y velando los campos queridos de la aldea natal.

Bartek, Magda y Franck se dirigen á la ciudad, pues en el pueblo no encuentran quien les dé trabajo.

El vencedor de Sedán y de Gravelotte va á cumplir lo que le resta de la condena que le impusieron los alemanes, porque no permitió que Boege pegase á Franck, que un alemán pegara á su único hijo. Y los Yarzinski siguen residiendo en Dresde.

YANKO EL MÚSICO

ILUSTRACIONES
DE DON ÁNGEL
FEMENÍA * *

YANKO EL MÚSICO

NACIÓ débil y enfermizo.

Las comadres del pueblo que, inclinándose para ver mejor, rodeaban el lecho, movieron tristemente la cabeza.—La madre y el niño morirán. La mujer de Simón, el cerrajero, la más sabia entre las reunidas, intentó consolar á la enferma.

—Verás, la decía, verás; encenderé un cirio; porque, hija, debes prepararte á bien morir: se irá por el cura y confesarás.

—Sí, añadía otra vecina; pero hay que bautizar al niño; no hay tiempo que perder: si queremos que muera cristiano es imposible esperar al cura.

Encendieron un cirio y rociaron con agua el cuerpo enfermizo del recién nacido, diciendo: «Yo te bautizo en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y te doy el nombre de Yanko. Y ahora que tu alma inocente vuele á la celeste mansión de donde procede.—Amén.»

Pero el alma ya cristiana se negaba á abandonar aquel cuerpo, al que dijérase infundía deseos de vida. El cuerpecito se agita, alarga las piernas, y el niño echa á llorar con voz tan débil, tan triste, que las buenas mujeres al oírlo decían: «Parece un gatito.»

Llegó el sacerdote, confesó á la enferma, alentóla con palabras santas y esperanzas de cielo, y salió creyendo que el caso no era de muerte.

La enferma sanó: á los ocho días reanudaba sus habituales tareas.

El niño, siempre enfermizo, llegó á cumplir cuatro años. Al florecer la primavera del año cuarto enseñoreóse de aquel cuerpecito tan débil una enfermedad cruel. No le mató porque Dios no lo quiso, y viviendo, viviendo cumplió los diez años. Siempre delgado, marchito; sus mejillas pálidas, hundi-

das. Un mechón de cabellos, incoloros cual finísimos hilos de cáñamo, caían sobre sus ojos claros que parecían mirar lejos, fuera de este mundo.

En invierno acostumbraba á sentarse cabe el hogar, en el rincón más obscuro, y silencioso lloraba de frío y de hambre, pues á veces su madre no tenía ni leña ni pan.

En verano, vagaba errante vistiendo una camisilla ceñida por retazos de burda tela. Cubría su menuda cabeza un miserable sombrero de paja. Cuando, escondido entre arbustos, dejaba asomar su extraña cabeza, diríase que era inquieto pajarillo espiando el mundo que le rodeaba.

La madre, pobre mujer sin ahorros pocos ni muchos, le amaba á su manera. Lo que no impedía que á veces le golpease llamándole «cabeza de chorlito.» A los ocho años el pequeño Yanko era pastor, y cuando en su casa no hallaba ni un mendrugo de pan, corría las selvas buscando hongos ó hierbas comestibles.

A Dios debía agradecer el no haber sido comida de lobos. Era un pobre y pequeño ser tan débil, enfermizo y desmedrado que los del país afirmaban que jamás crecería, y que su madre nada podía esperar de aquella criatura, incapaz para el más leve trabajo. Preguntábanse admirados cómo era posible que viviese un niño tan delicado.

Una sola cosa le hechizaba: la música. La oía siempre y por todas partes. Corría los campos tras el rebaño ó las selvas buscando hongos ó hierbas, y regresaba vacías las manos, extasiado diciendo: «Mamá, en la selva hay algo que canta.» Enojada la madre, le decía: «Espera; tú sí que cantarás.» Y á escobazos le hacía llorar. Lloraba quedo, silenciosamente, pensando siempre: —¿Quién produciría en el bosque tan encantadores sonidos? ¡Las ramas de los árboles! ¡Quizás los abetos! El bosque cantaba una música alegre: ¡y la ama! ¡y ama los ecos que la repetían!

En los campos las flores se inclinaban saludándole; en el jardín los gorriones saltaban, volaban y movían las ramas del viejo ciruelo, que también cantaba. Cuando al caer la tarde oía los múltiples ruidos del pueblo que subían, subían, creía que para él, sólo para él el pueblo cantaba.

Un día le sorprendieron arrobado escuchando el susurro del viento. De entonces le llamaron Yanko el músico.

En primavera huía de su casa, y sentándose junto al arroyo silbaba al compás de la corriente tranquila.

De noche, cuando graznan las ranas y el ave agorera lanza al viento su nota triste, no podía dormir. Al amanecer, el canto del gallo madrugador, y el alegre concierto que

al despertar tejen los pájaros, llenaba su corazón de indecible alegría. Interpretaba con fruición aquel gran concierto de la naturaleza. Sólo Dios sabía cuánto gozaba y soñaba aquella alma infantil.

Su madre no podía llevarlo al templo, porque cuando el órgano, dejando oir sus voces dulces y frescas entonaba religiosas canciones, los ojos del pobre niño se llenaban de lágrimas, y parecía transportado á un mundo mejor.

El vigilante, que paseaba durante las noches contando las estrellas y hablando á sus perros para vencer el sueño, vió repetidas veces al pobre Yanko, escondido entre las sombras, junto á la única taberna donde los hombres se divertían. El inocente músico no deseaba entrar: pegado el oído á la pared escuchaba. Oía las alegres danzas populares. El violín acompañaba una voz que cantaba: «¡A comer, á beber y á gozar!» Yanko oía feliz. ¡Oh, qué no diera él para tener un violín que repitiese: «¡A comer, á beber y á gozar!» ¡Si le permitieran tocarlo siquiera una vez aquel maravilloso instrumento! Pero sólo podía oir, oir sin ver ni ser visto, y oía ó escuchaba hasta que la ronca voz del vigilante, avanzando entre las sombras que protegían al músico novel, le gritaba:

—¡Largo de ahí! ¡vete á tu casa, pilluelo del diablo!

El niño se refugiaba en su casa, oyendo á sus espaldas la voz del violín, que persiguiéndole repetía incansable: «¡A comer, á beber y á gozar!»

Era para él un fausto acontecimiento, un placer muy grande el poder oir el violín los días de casamientos, ó durante las fiestas que coronan la siega. Después de haberlo oído se escondía cabe el hogar sin fuego; sus grandes ojos brillaban en la sombra como dos carbunclos.

Después de no pocos esfuerzos logró arreglarse algo parecido al más rudimentario violín. Las crines, que hacía vibrar, producían extravagantes sonidos, bajos, muy bajos, y en nada parecidos á los del violín de la taberna, donde danzaban cantando.

Sin embargo, no lo soltaba de la mañana á la noche: ¡cuántos golpes, cuántos cachetes le valió aquel pobre instrumento! Enflaquecía visiblemente; el mechón de cabellos incoloros, finísimos, crecía en mil rizos y bucles formando bellísimo marco á su pálido rostro. Sus ojos parecían agrandarse, y repetidas veces se cuajaban de lágrimas. Su respiración era cada vez más penosa; extinguíase lentamente con su vida.

No se parecía á los otros niños. Era como un violín sensible al menor ruido, al más suave roce.

Antes de la siega sufría hambre, viviendo

... logró arreglarse algo parecido al más rudimentario violín. Las crines, que hacía vibrar, producían extravagantes sonidos

de raíces y hierbas. Lo que sostenía aquella naturaleza débil era el anhelo violento, ardentísimo de poseer un verdadero violín.

¡Este anhelo debía serle fatal!

El criado del castillo tenía un violín, que tocaba muchos días al anochecer para divertir á las sirvientas.

¡Cuántas veces Yanko se deslizó trepando entre las hierbas y rocas que bordean el camino, esforzándose para acercarse cuanto le era posible á la puerta de donde veía el codiciado instrumento! ¡Creíase indigno de tocarlo, él, pobre niño desventurado! Y lo deseaba ardiente, locamente. ¡Tenerlo en sus manos un instante siquiera! ¡Mirarlo, tocarlo! Al influjo de este pensamiento palpitaba de gozo el corazón del pobre Yanko.

Una noche no había nadie en aquella sala. Los señores viajaban por el extranjero, y el castillo parecía desierto.

Los criados habían salido. Yanko escondido entre las hierbas miraba hacía largo rato el objeto de sus sueños. En el cielo sereno la luna brillaba tranquila, y sus rayos besaban la ventana abierta de aquella sala. Los rayos se extendieron hasta la pared opuesta á la puerta, y avanzando calmosamente llegaron al violín que en la pared se apoyaba. Gradualmente lo rodearon, acabando por bañarlo de luz. Dijérase que irradiaba del violín aquella luz de plata.

Era tal el brillo de las cuerdas, que Yanko no acertaba á concretar su número. En aquel baño de luz distinguíanse todos los detalles: las aberturas del instrumento, las cuerdas que brillaban hasta deslumbrar, las clavijas resplandecientes cual chispas de fuego, y finalmente el arco que colgaba al lado, meciéndose cual varilla de plata.

¡Qué hermoso! Yanko lo miraba fascinado. Agachado entre la hierba, los codos apoyados sobre las rodillas, lo contemplaba con creciente avidez. El terror le impedía moverse, y un deseo irresistible le empujaba á avanzar. ¿Era alucinación? El violín, bañado de luz blanca, se inclinaba hacia adelante; dijérase que iba á lanzarse en brazos del niño. Los árboles vistieron de negra sombra las hierbas que rodeaban á Yanko, y parecióle que aumentaba la intensidad de la luz plateada.

De súbito se levanta la brisa, los árboles se agitan dulcemente, y á hierbas y arbustos Yanko les oye decir claramente: «¡Valor, Yanko; adelante! La sala está desierta. Yanko, ¿por qué temes?»

La noche es clara y brillante. En el jardín comienza su canto el ruiseñor, y en voz muy baja le dice: «¡Valor, Yanko! ¡entra y tómalo!»

El honrado buho, volando muellemente roza con suavidad la cabeza del niño gritando: «¡No, Yanko, no hagas eso!»

Y el violín tentador siempre brillando...

Pálido, tiritando de frío, Yanko, cual víctima de un sueño, se desliza, avanza... y el ruiseñor incansable murmura muy quedo al oído del niño: «¡Valor! ¡entra y tómalo!»

Protegido por las sombras, continúa arrastrándose; la respiración anhelante sacude aquel cuerpo tan débil. Un paso más, y entra en la sala.

En vano el buho lanza otra vez su grito de alarma: «¡No, no, Yanko! ¡por Dios no hagas eso!» El niño entra; el resplandeciente violín le fascina con encanto irresistible.

En el lago del jardín empiezan á graznar las ranas. El ruiseñor no canta, y las hierbas no murmuran.

Yanko avanza temblando; una nube cubre la luna; la obscuridad le protege.

De súbito, de un ángulo de la sombría pieza una voz áspera grita: «¿Quién va?»

Yanko no respira, y la voz repite: «¿Quién va?» Se oye el roce de un fósforo contra la pared, y juramentos y amenazas. Yanko exclama: «¡Dios mío, salvadme!» Los de la casa acudieron asustados...

Al día siguiente Yanko comparecía ante el tribunal del pueblo. Ante él como un criminal aquel pobre y tierno niño, tan enfermizo y tan débil: ante él, anonadado, preguntándose cuál sería su desgracia. ¿Podían en justicia enviar á la cárcel á un niño tan

débil, cuyas piernas temblaban sin lograr tenerlo en pie? ¿No hay piedad para los niños enfermos? ¿No sería suficiente ó más que suficiente que el guarda le diese algunos golpes, lección que le resolvería á no volver á las andadas? Así lo hicieron.

Llamaron á Stah, el vigilante nocturno.

Presentóse, movió su estúpida cabeza, y cogiendo á Yanko lo colocó bajo su fornido brazo, y se lo llevó.

El niño no acertaba á comprender: cerró los ojos, y cual leve cuerpo inerte dejóse llevar. Cuando Stah cogiendo los azotes de cuero empezó á golpearle limitóse á gritar: «¡Mamá! ¡mamá!» Y los gritos fueron cada vez más débiles.

Yanko al recibir los últimos golpes no gritaba; podía dudarse si había espirado.

Al fin llegó la madre, y llevóse en brazos el acardenalado cuerpo de su hijo enfermo. Al día siguiente Yanko no pudo abandonar el lecho, y al anochecer del tercer día espiraba apaciblemente.

Al rededor de la casa cantaban los pájaros en los cerezos vestidos de flores, y los alegres rayos del sol penetrando por la ventana abierta iluminaban la faz pálida y delgada del niño moribundo. ¡Quizás aquellos rayos brillantes venían á recibir el alma delicada y sensible del niño que pasó por el mundo padeciendo siempre! Antes, cuando

no estaba enfermo, Yanko escuchaba arrobado los sonidos que venían de fuera, en especial cuando al morir el día regresan del campo las alegres campesinas cantando, al compás de la flauta que tañen jóvenes labriegos, canciones populares de melancólica dulzura. Hoy, por la ancha puerta abierta llegaban, y Yanko las oía por última vez las alegres notas de vida que tantas veces le sumieron en deliciosos éxtasis. De súbito su rostro se anima, y estrechando nerviosamente el pequeño violín por él construido:

—¡Mamá! dice, ¡acércate! quiero preguntarte una cosa.

—¡Dímela, querido hijo mío! contesta su madre temblorosa, llorando.

—¡Mamá! ¿Verdad que el buen Dios... allá arriba... me dará un violín grande... de verdad?

—¡Sí que te lo dará, querido mío!... ¡Sí que te lo dará!...

Y no pudo decir más, porque el dolor ahogó su voz, cuajáronse de lágrimas sus ojos, y apoyó su cabeza en el lecho de su hijo.

Al levantarla los ojos de su querido é inocente músico seguían abiertos, pero fijos, inmóviles cual sumidos en éxtasis. La expresión de su rostro era dulce, tranquila; semejaba un rostro de marfil. Su alma había volado con el último rayo de sol.

. . . . . .

¡Paz á Yanko!

. . . . . .

Unos días después los señores del castillo, acompañados de su hija recién casada, regresaban de un viaje por Italia.

—¡Qué hermoso país Italia! decía el joven esposo; y ¡qué tierra de artistas!

—¡Qué suerte descubrir talentos y protegerlos! añadía la castellana.

Y las hierbas crecían sobre la tumba de Yanko... y las ramas altas de los álamos blancos cantaban en el aire un himno funeral.

El guardian del faro de Aspinwal

ILUSTRACIONES
DE DON EMILIO
TALTAVULL ※

El guardián del faro de Aspinwal

I

En los alrededores de Panamá se levanta el faro de Aspinwal: el torrero había desaparecido sin dejar huellas, y se supuso que durante la furiosa tempestad que precedió á su desaparición, el infortunado guardián hubo de aventurarse hasta las últimas estribaciones de la enorme roca sobre la que descansa el faro, y que una de las olas gigantescas lo arrastraría al fondo del mar.

La plaza estaba vacante y urgía hallar quien la ocupara, porque en aquellas aguas la navegación es peligrosa, y los vapores que hacen la travesía de New-York á Panamá no podían quedar expuestos á estrellarse contra las rocas que pueblan el Masquito-Bay.

Por la noche la niebla acostumbra extenderse monótona y blanca sobre estas aguas, ardientes al beso del sol de los trópicos.

La única guía para los buques que cruzan este peligroso mar, es el faro de Aspinwal.

El proveer la plaza de torrero incumbía al cónsul de los Estados Unidos en Panamá.

El cumplirlo no era cosa fácil: la provisión debía ser casi inmediata, esto es, á las doce horas.

Precisaba un hombre serio, formal é imbuido de la gravísima responsabilidad que sobre él pesaba. Era imposible aceptar un cualquiera, probar si reunía ó no las aptitudes necesarias.

Lo que más dificultaba la provisión era que nadie solicitaba el empleo.

La vida del torrero es horriblemente penosa y poco á propósito para tentar á los hombres del Sud, que gustan abandonarse en brazos de la pereza y aman la libertad de una existencia vagabunda.

Sabido es que ser guardián de faro equivale á ser prisionero ó poco menos.

Sólo unas horas cada domingo puede abandonar la solitaria roca. Diariamente una barca de Aspinwal le trae provisiones, las desembarca y emprende el regreso.

El faro se levanta sobre islote roqueño, cuya superficie no excede de un kilómetro.

El guardián vive en el faro. Durante el día sirviéndose de banderas indica las variaciones del barómetro.

Al anochecer enciende la linterna del faro, debiendo subir cuatrocientos peldaños para llegar á lo más alto de la torre. Días hay que debe repetir varias veces la penosa ascensión.

Fácil es, pues, comprender lo perplejo y preocupado que estaba D. Isaac Falcombridge, pensando cómo se las arreglaría para dar con un buen guardián. Grande fué, pues, su gratísima sorpresa, cuando un aspirante, que ni se atrevía á esperar, presentóse solicitando el empleo.

Era un hombre viejo, contaría unos setenta años, sano, robusto, y cuyo arrogante porte revelaba un antiguo militar. Tenía los cabellos blancos y la piel bronceada cual la del criollo. Sus ojos azules indicaban que no era hijo de los pueblos del Sud. Su aspecto y su porte complacieron á Falcombridge, quien le dirigió las siguientes preguntas:

—¿De dónde eres?

—Polaco.

—¿Dónde trabajaste estos últimos años?

—Primero aquí, después allá y después acullá.

—El guardián de faro debe permanecer siempre en el mismo lugar.

—Sólo pido no cambiar nunca.

—¿Cumplisteis el servicio militar y tenéis documentos que acrediten vuestra honradez?

Para contestar esta pregunta el anciano sacando de un bolsillo interior papeles y un pedazo de vieja seda, parecido á un girón de bandera, dijo:

—Ahí están mis documentos. En 1830 gané la primera cruz; esta segunda es española de la guerra carlista; la tercera es de la legión francesa; la cuarta la gané en Hungría. He luchado en los Estados del Norte contra los Estados del Sud: aquéllos no daban cruces.

Falcombridge coge los papeles y lee:

—Skavinski, ¿os llamáis Skavinski?

«En heroica carga á la bayoneta tomó dos banderas...»

Fuisteis un valiente militar...

—Y seré un buen guardián de faro.

—¿Ya sabéis que es preciso subir y bajar muchas veces al día los cuatrocientos peldaños de la torre? ¿Tenéis buenas piernas?

—He recorrido á pie las inmensas llanuras que se extienden entre el Este y la California.

—¿Conocéis el mar?

—Navegué tres años en un ballenero.

—Veo que sabéis de todo un poco. Sólo me inquieta vuestra falta de estabilidad.

—¿Y por qué?

El anciano sacudió la cabeza y añadió:

—Si creo que mi destino tiene la culpa.

—Temo que sois muy viejo para guardián de faro.

—¡Señor, exclamó el noble anciano con voz que temblaba al influjo de profunda emoción, he sufrido mucho! he vencido, como adivinaréis, situaciones terribles: esta plaza satisface mis deseos y esperanzas. Soy viejo y anhelo fijarme, acabar de ir vagando errante por un mundo que no me conoce ni me ama. Seré feliz cuando pueda exclamar: «Aquí te quedas; ¡llegaste al puerto!» Señor, de vos depende. ¿No he de agradecer á la fortuna el encontrarme hoy en Panamá? Os lo ruego. Si me negáis este refugio ¿qué será de mí? Soy honrado, estoy harto de esa vida errante...

Animaba los ojos azules del anciano tan conmovedora expresión de súplica, que Falcombridge cedió.

—Bueno, entendidos: seréis el guardián del faro de Aspinwal.

Indecible alegría inundó la faz del anciano...

—Gracias, señor, mil gracias...

—¿Podéis desde hoy encargaros del faro?

—¿Y por qué no?...

—¡Bravo! ¡Hasta más ver! Una palabra. No olvidéis que al menor descuido seguirá irrevocablemente la pérdida del empleo.

—Comprendido, señor, comprendido.

Cuando el sol se escondió al lado opuesto del istmo, y cuando á un día sin nubes sucedió sin crepúsculo una noche tranquila, viéronse los brillantes rayos del faro extender, como todas las noches, su blanca luz sobre las olas del mar. El nuevo torrero ocupaba su puesto.

La noche era tranquila y silenciosa: una noche tropical.

Una nube transparente cual sutil velo de gasa mecíase en el cielo, y formaba al rededor de la luna hermoso círculo multicolor: parecía un arco iris. La mar murmuraba tranquila; subía la marea.

Skavinski, asomado en el balcón que rodea la linterna del faro, parecía visto desde el mar un puntito negro. En vano intentaba concentrar sus pensamientos: su ánimo inquieto en demasía negábase á obedecer á la voluntad. Comparábase al animal descubierto y perseguido que después de penosa carrera, encuentra en roca inaccesible á los perseguidores, el anhelado refugio seguro. ¡Sonaba la hora del descanso!

Un sentimiento de paz inexplicable inun-

daba su alma: en aquel islote, separado del mundo, podría recordar en dulce calma las aventuras, las horas negras de su vida errante.

¿No era cual nave cuyos mástiles, cordajes y velas destrozó el temporal? Nave contra la cual agotaron los vientos su indomable furia, y que al verse sin amparo buscaba un puerto contra el cual se estrellasen en vano las arremetidas de las borrascas locas.

Y este refugio le hacía alentar la esperanza de una vida tranquila, exenta de la enojosa preocupación de incierto porvenir.

Los hechos que enumerara á Falcombridge distaban mucho de resumir su vida.

Dijérase que la desgracia le persiguió incansable.

Apenas había levantado su tienda y encendido el hogar, cuando el viento del infortunio soplaba impetuoso y arrancaba la tienda y esparcía lejos, muy lejos, los tizones del fuego.

De pie en el balcón, fijos los ojos en las olas que el faro ilumina, ve cual en fantástico sueño pasar su existencia larga y agitada.

Había recorrido las cuatro partes del mundo.

Laborioso y honrado, otros en circunstancias parecidas á las que acompañaron su existencia, se hubieran enriquecido. El á

pesar de las más heroicas privaciones no pudo reunir un céntimo. Había sido minero en las minas de oro de Australia, buscador de diamantes en Africa, carabinero en las Indias.

En California tuvo arrendadas unas tierras, y la sequía lo arruinó. Intentó comerciar con las tribus salvajes del interior del Brasil, y la nave que llevaba sus mercancías naufragó en el Amazonas. Sin armas, casi desnudo, vagó largas semanas por bosques inmensos, alimentándose de frutas salvajes, expuesto á ser pasto de las fieras. Instaló una herrería en Helena-Arkansas, y un incendio horrible destruyó la ciudad.

Al cruzar las montañas Roqueñas los indios le aprisionaron. Le salvaron unos canadienses, siendo poco menos que milagro el que escapara vivo de esta aventura.

Navegó en el vapor que hace la travesía de Bahía á Burdeos. Desde un ballenero echó repetidas veces el arpón á la reina del mar: ambos buques naufragaron. En la Habana asocióse á uno que creyó su amigo, y juntos establecieron una fábrica de cigarros; el socio le robó, mientras él, víctima del vómito, estaba agonizando.

Cansado de padecer llegó á Aspinwal, y soñó que sus dolores habían acabado. Porque ¿quién podría molestarle en aquella roca solitaria? ¡Ni el agua, ni el fuego, ni los

hombres! ¡Los hombres! no fueron en realidad sus peores enemigos; entre los compañeros de su penosa existencia abundaban más los nobles y generosos que los que traicionan fingiendo amistad. En cambio dijérase que los cuatro elementos se complacieron persiguiéndole con encarnizada saña.

Se explicaba sus desgracias diciéndose que la fortuna le odiaba. Sin embargo, jamás se confesó vencido: tenía la paciencia de un indio y la inquebrantable firmeza de un héroe. Y aquel hombre que cien veces desafió la muerte, que conocía todas las miserias humanas, tenía el corazón inocente y sencillo de un niño.

La causa de que en Cuba le atacara el vómito negro, fué el haber regalado á los pobres enfermos cuanta quinina poseía.

Su esperanza admirable le daba alientos para seguir luchando. Empleaba el invierno forjando planes para el verano, planes de empresas que creía serían felices... Pasaba el verano y pasaba el invierno, Skawinski envejecía y su situación no mejoraba. Paulatinamente disminuyó aquella indomable energía. El viejo soldado curtido por el humo de cien combates, no vencido por nada ni por nadie, lloraba á la menor contrariedad. La nostalgia le mataba: al ver una golondrina ó la nieve que corona las montañas altas, al oir una música melancólica, recor-

daba su patria añorada, su pueblo natal, y en lo más íntimo de su alma sentía nacer un sentimiento triste y avasallador: anhelaba gozar los recuerdos de su patria, una paz, una calma ideal.

Aquel hombre vagabundo sin familia ni hogar, soñaba un rincón tranquilo, el último, el más pobre, donde reinara la paz y pudiese esperar sonriendo el fin de su agitada existencia.

Y al ver trocarse en feliz realidad su dorado sueño, era para él una dicha tan grande, que no acertaba á creerla. En el alto balcón que domina horizontes inmensos, permaneció horas y horas quieto, asombrado. Parecíale ser aquella la vez primera que veía el mar, porque podía contemplarlo con ánimo tranquilo, exento del temor de un incierto mañana.

La linterna del faro lanzaba á través de la noche sombría su largo triángulo de luz deslumbradora. Los ojos del anciano se perdían más lejos que los rayos de luz, en la obscuridad densa, misteriosa, que abriga la tierra dormida.

Las largas olas una tras otra se estrellaban sin cesar contra la base de la torre, y vestidas de espuma se las veía retroceder por el camino de luz que en las aguas marcaba el brillante triángulo. Subía la marea, y la potente voz del mar rugía con crecien-

En el alto balcón, permanecía horas y horas... Las largas olas se estrellaban sin cesar contra la base de la torre.

te y amenazadora furia. Semejaba el lejano tronar de los cañones, el murmullo de un bosque secular, el tumulto sordo, prolongado, de inmensa multitud... El viento se levanta, huye la niebla y aparecen negros nubarrones que auguran tempestad: tras ellos recoge sus rayos la luna. Las nubes que avanzan del Oeste aumentan la intensidad del viento: las olas se estrellan con rabia contra el islote de roca, y el faro tiembla hasta los cimientos.

La tempestad desata su furia hermosamente sublime.

Muy lejos aparece una luz verde: es una linterna colgada en lo más alto de un palo: es una nave que avanza;... de súbito vira á la izquierda y desaparece.

Skawinski abandona el balcón, se retira al interior de la torre.

Fuera la tempestad seguía rugiendo con implacable saña, y en el mar alborotado la nave luchaba contra el viento, las olas y la densa obscuridad.

En el interior de la torre reinaba plácida calma. Apenas si á través de los muros espesos se oía el loco furor de las olas. Al compás regular del tic-tac de una péndula durmióse el fatigado anciano; y aquel fué su primer sueño tranquilo.

CAPÍTULO SEGUNDO

PASARON horas, días y semanas...

Afirman los marineros que en las noches sin estrellas se levantan del seno de las olas voces misteriosas que les llaman por sus nombres.

Cuando un hombre llega á viejo, quizás oye que le llaman voces salidas de otro mundo más inmenso y misterioso que el de las olas del mar.

Para Skavinski el faro era casi una tumba.

No hay vida más monótona que la del torrero. Si un joven acepta el oficio, en cuanto lo conoce prácticamente lo abandona.

Los guardianes de faros son, por lo general, hombres de edad madura, caracteres misántropos, amigos sólo de sus recuerdos y pensamientos.

Si por circunstancias fortuitas, un torrero abandona el faro y vuelve al bullicio de las ciudades, se le ve avanzar entre los hombres cual si despertara de largo sueño.

Al contemplar el cielo y la mar inmensa, el alma humana siéntese pequeña; estos dos infinitos la anonadan. El trabajo mecánico no logra sacarla de las profundas meditaciones que complacen su espíritu.

Los días avanzaban monótonos, como entre dedos del creyente los granos iguales del Rosario santo.

Sakavinski era feliz como no lo había sido nunca.

Se levantaba con el alba, tomaba el desayuno y limpiaba los cristales de la gran linterna. Hecho lo cual sentábase en el balcón circular que avanza en lo más alto de la torre, y dejaba que sus ojos vagasen errantes sobre la inmensidad de las aguas, sin cansarse de admirar el incomparable espectáculo.

A veces, muy lejos, veía las blancas velas de las naves, hinchadas por la brisa, brillar cual aves marinas á los rayos de un sol de verano. Más lejos los grandes buques desfilaban en líneas paralelas. La boya roja, flo-

taba sobre las inquietas olas indicando la entrada del canal. Cada medio día entre las velas blancas se elevaba una columna de humo: era el gran *steamar* de Nueva York que conduce los pasajeros de Aspinwal, dejando tras sí una estela de espuma.

Del otro lado del balcón, Skavinski veía Aspinwal y su animado puerto, sobre el que se mecía un bosque de mástiles de naves y embarcaciones de toda clase. Algo más lejos, tras el puerto, las casas blancas y las torres de la ciudad se destacaban con fuerza sobre el cielo transparente.

Vistas desde aquella altura las casas parecían nidos de gaviotas, los buques frágiles conchas, y los grupos de habitantes, pequeños puntos negros que se movían sobre las líneas blancas que dibujaban las grandes avenidas de la ciudad.

Durante las primeras horas de la mañana el viento traía el confuso murmullo de la ciudad marítima y los estridentes silbidos de los *steamars*.

A las seis cesaba el movimiento del puerto. Veíase á las gaviotas esconderse en las grietas de los peñascos, y dijérase que las olas cansadas avanzaban despacio gustando la enervadora pereza: sobre la tierra y el mar y la torre se extendía como sombra bienhechora majestuosa calma.

Entonces dulcísima melancolía inundaba

el corazón del anciano. Gustaba los encantos de aquel reposo tanto tiempo deseado. Y al pensar que duraría siempre sentíase feliz. No anhelaba más.

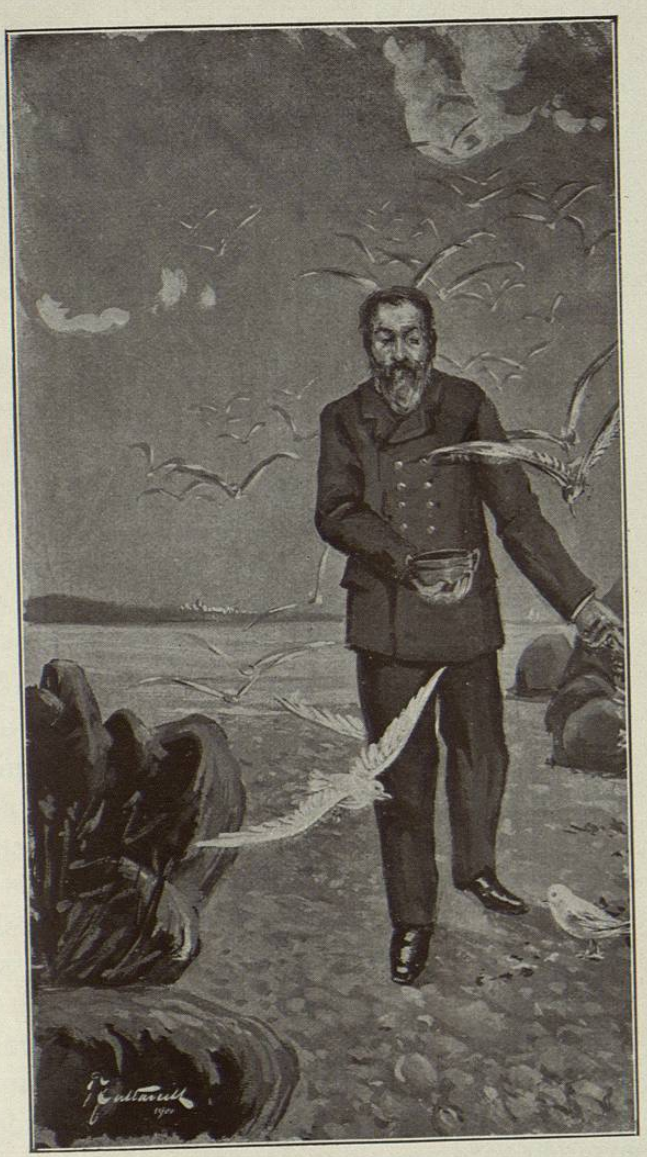
Skavinski comprendía su felicidad y confiaba sabría conservarla. Si los hombres levantan suntuosos edificios para los inválidos, ¿por qué, decíase, se negaría Dios á recoger inválidos como este pobre viejo?

El anciano se aficionaba, cobraba cariño á la torre, al faro, á la playa monótona, á la soledad. Amaba las blancas gaviotas que se escondían en los intersticios de las rocas, y que al caer la tarde se recogían bajo el techo del faro.

Solía echarlas miajas de pan y los restos de su comida: entonces le rodeaba una nube de alas blancas, y el anciano avanzaba calmosamente entre aquellas aves como un pastor entre sus ovejas. Al bajar la marea, descubríase un pedazo de playa, y acostumbraba á pasearse por ella recogiendo las hermosas conchas nacaradas que al retirarse dejaban las olas. A veces, aprovechando las noches en que la luna brillaba tranquila, iba á recoger los peces que quedaron entre las rocas al retirarse las aguas del mar.

Y acabó por amarlo aquel islote, aquella roca desnuda, sin un árbol, poblada sólo por plantas marinas de desagradable olor.

A las primeras horas de la tarde la nitidez



Solía echarlas miajas de pan y los restos de su comida: entonces le rodeaba una nube de alas blancas...

del cielo le permitía ver la espléndida vegetación del itsmo. Le parecía un jardín gigantesco. El ramaje de los cocoteros, entrelazándose á los grandes bananos, formaba enormes ramilletes que se extendían al rededor de las casas de Aspinwal.

Más lejos, entre Aspinwal y Panamá, vestía la tierra un bosque inmenso, sobre el cual al nacer el día y al anochecer extendíase tenue niebla rosada: era una como floresta tropical, cuyos piés se bañaban en un mar tranquilo como un lago, y en cuyo interior entrelazando árboles y arbustos corrían las lianas salvajes y vivían hermanadas las palmeras y los árboles del pan, los árboles que destilan goma y los de excelentes maderas. Con el auxilio del catalejo el anciano veía no sólo las grandes hojas de los bananos, sino también legiones de monos, y nubes de papagayos y otras aves de brillante plumaje, que de vez en cuando levantaban el vuelo, y hendiendo el aire parecían, al beso de los rayos del sol, un arco iris que cobijaba aquella vegetación espléndida.

Skavinski conocía de sobras bosques como aquél: salvado del naufragio del *Amazonas* había vagado errante largas semanas por el interior de parecidas profundidades de hojas y ramas. Conocía cuántos peligros guardan en su seno estos bosques eternamente jóvenes. Por la noche oyó repetidas

veces junto á sí los rugidos del jaguar, y vió enormes serpientes enlazadas como lianas al rededor de los árboles seculares. Conocía aquellos lagos en apariencia apacibles, pero en realidad poblados de cocodrilos voraces. Recordaba los mosquitos gigantes que chupan la sangre, y las arañas enormes que son quizás los menores peligros de cuantos se esconden debajo de cada hoja. Había sufrido y había luchado entre esta naturaleza grandiosamente amenazadora: ¡con cuánto placer admiraba desde lo alto de la torre aquel bosque cuyos peligros no debía ya temer! ¡Tales peligros no llegaban hasta el faro!

El domingo dejaba la torre por algunas horas. Vestía el uniforme de paño azul y botones de plata, que era el de torrero, y sobre el pecho colgaba todas sus condecoraciones. Su blanca cabeza se erguía con cierto orgullo cuando al cruzar la puerta del templo oía murmurar á los criollos: «Tenemos un excelente torrero y no es hereje.» Oída la Misa regresaba directamente al faro, satisfecho al ver que el continente no tenía atractivos para él. Las demás horas del día festivo las empleaba leyendo el diario español que compraba en la ciudad, ó el *New-York-Herald* que le prestaba Falcombridge: al cogerlos, buscaba con avidez noticias de la vieja Europa.

Aquel pobre corazón, solo en aquel peñasco de lejana tierra, sólo latía con violencia al recuerdo de su patria.

A veces, cuando llegaba la navecilla conductora de provisiones, bajaba á cambiar cuatro palabras con el patrono. Pero este amor á la sociabilidad duró poco: el aislamiento le volvió semisalvaje; y dejó de ir á la ciudad, de leer periódicos y de hablar de política con Juan el barquero.

Pasaban semanas y semanas: las únicas pruebas de que el guardián vivía, eran la desaparición de las provisiones depositadas diariamente en la playa, y el faro encendido con matemática puntualidad. El anciano había olvidado el mundo.

¿Sentía cansancio ó enojo en su profunda nostalgia? No, porque estaba resignado. Acostumbrado á la idea de permanecer allí hasta la muerte, olvidaba que existiese un más allá fuera de aquella roca desnuda.

Su figura adquirió una expresión de misticismo. Sus claros ojos azules tenían el inocente mirar de los de un niño, y repetidas veces permanecían clavados en la inmensidad cual sumidos en éxtasis.

Su personalidad se achicaba, se desvanecía entre la imponente grandiosidad de los dos infinitos que le rodeaban. Dijérase que era un ser inconsciente.

Gustaba de abandonarse en el inmenso

misterio de la naturaleza descansando en sus brazos como entre los pliegues de una manta sedosa y tibia, y así, adormecido, saborear el placer indecible de aquella semimuerte encantadora...

. . . . . .

CAPÍTULO TERCERO

PERO vino el despertar...

Un día, minutos después de haber la barca dejado las provisiones, Skavinski salió de la torre y vió con sorpresa junto á aquéllas un bien atado paquete. Los sellos del correo eran de los Estados Unidos, y escrita con gruesos caracteres leíase la dirección «Skavinski-Esq.re.»

El anciano no sin curiosidad rompió el cordel, rasgó los papeles y le admiró ver que el contenido eran libros. Tomó uno y lo

abrió. Su mano temblaba de emoción, y para ver mejor la pasó por delante los ojos. Cree soñar; ¡aquel libro es polaco! ¿Qué significa? ¿Quién se lo envía?

Había olvidado que uno de los primeros domingos pasados en el faro, leyó en el *Herald* que en New-York se había fundado una Sociedad de polacos, y que para ayudarla en sus empresas le había remitido buena parte de su primera mensualidad; y los polacos de New-York testificando su agradecimiento le enviaban aquellos libros.

En los primeros momentos le era imposible al anciano recordar esos detalles. ¡Libros polacos en Aspinwal! ¡en el faro! ¡en la roca solitaria! Era para él algo extraordinario, un milagro. Sentóse y cerró los ojos, convencido de que, como sucede al despertar de hermoso sueño, al abrirlos todo habría desaparecido.

Sin embargo, el paquete continuaba allí, siempre ante él, abierto el libro, bañado de sol. Al alargar la mano para cogerlo debió contener los latidos de su corazón: era un tomo de poesías. En la primera página leíase el título de la obra, y algo más abajo el nombre del autor.

Este no era para Skavinski un desconocido: había leído algunas de sus poesías en París el 1830. El libro era de Mickiewicz, el rey de los poetas polacos.

En América, en sus numerosos viajes y aventuras, el viejo torrero había repetidas veces hallado compatriotas, pero nunca un libro polaco.

Al volver la primera página sentía vivísima ansiedad. Parecíale que aquella roca solitaria se transformaba en algo más hermoso, más grande.

Reinaba el silencio y la calma.

Los relojes de Aspinwal tocaban las cinco de la tarde. No empañaba una nubecilla la transparencia del cielo azul: destacándose sobre el fondo brillante, algunas gaviotas revoloteaban sobre la roca. El Océano parecía dormido. Las olas tranquilas besaban la arena. A lo lejos descansaba Aspinwal, la de las blancas casas. Y aquella calma grandiosa tenía algo de solemne, avasallador.

Interrumpiendo el silencio imponente, levantóse la voz temblorosa del anciano que leía muy alto, cual si deseara saborear con mayor intensidad los sentimientos que en su ánimo despertaba la lectura:

«¡Tú eres mi vida, Lithuania, mi patria!

«Jamás un desterrado te soñó más hermosa de lo que te veo al sentir hoy en mi alma vibrar la simpatía, el inmenso amor que te profeso.»

. . . . . .

. . . . . .

La voz de Skavinski se debilitaba. Las letras se confundían, danzaban ante sus ojos. De su pecho se escapó un suspiro. Su corazón latía con fuerza; su voz temblaba y las palabras no querían subirle á los labios. Recobrando la perdida serenidad prosiguió:

«A ti, mi santa patria, vuelvo mis ojos anegados en llanto.

«Y fortalecido por tu vista, marcho animoso, siempre adelante, soñando besar tu tierra bendita.

«Gracias Dios mío, porque siento renacer mis fuerzas al recuerdo de mi patria querida.»

. . . . . .

. . . . . .

A su pesar las lágrimas velaron sus ojos, y no pudo resistir la violenta emoción que le embargaba. Llorando echóse cuán largo era, y sus blancos cabellos se confundieron con la arena del mar...

¡Cuarenta años que no había visto su patria, cuarenta años que nadie le había hablado de la tierra en que nació! ¡Y tan dulces recuerdos le sorprendían en otro mundo, en la roca solitaria, á través de los mares que le separaban de su amada, de su adorada tierra!

No eran de dolor aquellas lágrimas, eran de una ternura inmensa que invadía todo su ser, que le hacía parecer indiferente cuanto no fuese el recuerdo de su patria.

Y le pedía perdón á su patria porque era tan viejo, y por haber amado tanto aquella roca solitaria que llegó á olvidarse de la tierra en que nació. Pero ahora, al influjo del recuerdo, sentía renacer el amor con fuerza tan grande que le parecía milagro. El corazón latía de gozo en su pecho oprimido.

Pasaban horas y él seguía sentado, inmóvil. Las gaviotas volaban á su rededor lanzando gritos al parecer tristes, asustadas quizás al ver la inmovilidad de su anciano amigo.

Llegó la hora de la cena. Las gaviótas se atrevieron á rozar con sus blancas alas la cabeza del viejo. Entonces el torrero, ya más tranquilo, se levantó: sus ojos parecían inspirados.

Regaló á las aves todas sus provisiones, y éstas se marcharon lanzando gritos de alegría. Luego sentóse y abrió el libro.

El disco del sol escondíase al parecer entre los jardines y el bosque de Panamá: se hundía majestuosamente tras el itsmo, en el vecino Océano, inundando el Atlántico de luz crepuscular.

Skavinski leyó:

. . . . . .

«Hoy vuela, vuela, feliz alma mía, entre los bosques de suave declive, y los campos vestidos de flores.»

Y la obscuridad tendió un velo sobre las

letras. El anciano apoyó la cabeza en una roca y cerró los ojos. Entonces «su alma voló feliz entre los bosques de suave declive, sobre los campos vestidos de flores.» Soñó el cielo tan puro, la campiña encantadora de su patria querida. Oía vibrar el canto de los abetos y el dulce murmurar de las fuentes del bosque. Veía las regiones de su tierra, y cada región le brindaba nuevos recuerdos: ¡campos sin límites, bosques y pueblos! ¡Recordaba y era feliz!

Anochecía. La linterna del faro debía con sus rayos luminosos guiar á través de la obscuridad del mar. Pero en aquel entonces el torrero se hallaba lejos, muy lejos, en su pueblo natal. Le colgaba la cabeza sobre el pecho y seguía soñando... ¡Cuántas imágenes desfilaban ante sus ojos!... No vió la casa en que naciera, porque antes de su partida la guerra la había arruinado. No vió á su padre ni á su madre, porque habían muerto cuando él era niño. Pero vió el pueblo, igual como si lo hubiera abandonado la víspera: las casas alineadas y las ventanas dando paso á la pálida luz del interior; el valle y el molino; los pantanos á ambos extremos de la calle mayor; y oyó el, durante la noche, incesante ladrar de los perros.

Un día había dado la guardia en el pueblo, y hoy al recordarla dormido, soñaba que era hulano. Oía los cantos de la vecina

El viejo abrió los ojos y miró con asombro al hombre que tenía delante

taberna donde bailaban y reían, y el ruido de sus zapatos al dar contra el suelo cuando, pareciéndole largo el tiempo que había pasado á caballo, desmontaba para distraerse. Transcurrieron calmosas las monótonas horas de la noche: espesa niebla cubría los campos y los bosques. Las aves entonaron la canción de la mañana. La noche había sido tranquila y fresca: una noche de Polonia. El murmullo de los pinos recordaba el confuso rumor de las olas. El horizonte se inundaba de luz rosada. En los setos cantaban los gallos, y cantando les contestaban los de otros setos vecinos. Pasaban las cigüeñas volando muy alto. El hulano sentía renacer su valor. ¿No le afirmaron la víspera que al siguiente día debía librarse un combate? —¡Ah, sí! lucharé incansable.—Su sangre joven hervía á pesar del frío de la noche... La niebla se levantó desvaneciéndose. Los antes vagos contornos de los bosques destacáronse con vigorosa nitidez, y vió las casas, el molino, los altos álamos... aquella tierra, la más querida, la más hermosa, recibiendo, bañada de rocío, los besos del sol. ¡La única tierra que amaba, Polonia, su patria!...

De súbito una voz recia gritó á Skavinski:

—¿Cómo? ¡vos aquí! ¡Levantaos! ¿Qué ha pasado?

El viejo abrió los ojos y miró con asombro al hombre que tenía delante. El tér-

mino de su sueño se confundía con la realidad... Al recobrar el pleno goce de sus facultades reconoció á Juan el barquero.

—¿Qué tenéis? preguntó Juan, ¿estáis enfermo?

—¡No!

—Habéis dejado de encender la linterna, y en consecuencia debéis abandonar el faro. Un buque de la matrícula de San Geramo ha naufragado, encallando en el banco. Dad gracias á Dios porque la tripulación se ha salvado, de lo contrario os procesan. Vámonos; tengo orden de llevaros conmigo; lo demás os lo dirán en el Consulado.

El viejo palideció: era verdad; no había encendido la linterna del faro...

. . . . . .

. . . . . .

Unos días después Skavinski, de pie sobre el puente del *steamar,* abandonaba Aspinwal y se dirigía á New-York. El buen anciano había perdido el empleo.

Skavinski veía extenderse ante él desconocidos senderos. Pobre hoja arrastrada otra vez por el viento del infortunio, ¿dónde encontrarás el descanso que anhelas?

El rostro pálido y adelgazado del anciano reflejaba los tristes efectos de los días que siguieron á su desgracia: su hasta entonces apuesto talle habíase encorvado; y si los ojos brillaban de manera extraña era que en

la nueva etapa del viaje de su vida llevaba, estrechándole contra su pecho, el libro querido. De vez en cuando lo apretaba con fuerza contra el corazón, cual si temiera que alguien intentara arrebatarle aquel su único amigo, ¡el amigo que le hablaba de la patria!

EXTRACTO DEL DIARIO

DE UN

PRECEPTOR DE POSEN

ILUSTRACIONES
DE D. JOAQUÍN
COLL SALIETI *

Extracto del diario de un preceptor de Posen

La luz de la lámpara, aunque muy baja, me despertó, sorprendiéndome ver á Mihas (1) que seguía estudiando: eran las tres de la madrugada.

Vestido sólo con las ligeras ropas de dormir y una bata tirada sobre los hombros, inclinaba la cabeza pálida y cansada sobre voluminoso libro. Interrumpiendo el silencio de la noche, repetía con voz lenta y monótona conjugaciones de verbos latinos y griegos.

(1) Miguel.

Cuando le dije que fuera á acostarse, el niño me contestó:

—Aun no me sé las lecciones, Sr. Vavrykevich.

Le hacía estudiar de las cuatro de la tarde á las ocho de la noche, y de las nueve á las doce, y no me acostaba sin cerciorarme de que sabía bien las lecciones.

Pero éstas eran muchas, y las horas que estudiaba excesivas para un niño. Al saber la última lección había olvidado la primera. Mezclaba las conjugaciones griegas, alemanas y latinas, y en su pobre cabeza se armaba tal confusión que le impedía dormir. Entonces abandonaba el lecho sin hacer ruido para no despertarme, encendía la lámpara, y sentábase á estudiar horas y horas. Si le reñía, ó me suplicaba le permitiese seguir estudiando ó se echaba á llorar.

De tal manera me había acostumbrado á la pálida luz de aquella lámpara apenas encendida, á aquel susurro monótono, que si una noche no le oía me era difícil conciliar el sueño.

Quizás obraba mal permitiendo que aquel niño trabajase tanto; esa demasiado para sus fuerzas: diariamente debía saberse las lecciones sin falta, de lo contrario sería despedido del colegio; y sabe Dios cuán gran disgusto hubiera sido para su madre, Pani-María, la cual desde la muerte de su esposo vi-

vía acompañada de sus dos hijos, y fundaba todas sus esperanzas en el mayor, en mi querido Mihas.

Comprendía perfectamente que aquel trabajo excesivo cansaba su cerebro y debilitaba su ya no robusta salud. Aquel niño necesitaba mucho ejercicio físico: gimnasia, equitación, largos paseos, pero ¿cómo poder disponer del tiempo indispensable? Debía escribir tanto y aprender tantas lecciones de memoria que era imposible hallarle al día un momento para descanso ó solaz. El griego, el latín y el alemán le robaban las horas de recreo.

Cada mañana al colocarle los libros en la cartera, cuando veía doblarse sus débiles espaldas al peso de aquellos voluminosos tomos, sentía en mi corazón profunda tristeza. Una vez pedí que en atención á la débil naturaleza de Mihas lo tratasen con indulgencia, y el profesor de alemán me contestó que yo echaba á perder al chico; que Mihas no estudiaba como antes, y que lloraba por cualquier ñoñez.

¡Y bien sabía yo que á su edad nadie en el mundo trabajaba como él!

No estaba dotado de privilegiado talento, pero su constancia admiraba, y á su natural dulzura añadía enérgico carácter. El pobre Mihas amaba á su madre apasionada, ciegamente; y desde que oyó afirmar que ella es-

taba enfermiza y era desgraciada, y que si él no estudiaba la apenaría, y que esta pena podía causarla la muerte, el pobre niño temblaba al solo recuerdo de tal peligro, y pasaba las noches inclinado sobre sus libros, estudiando y temiendo siempre apenar á su madre.

Cuando tenía una mala nota lloraba á lágrima viva, y nadie dudaba de la intensidad de su dolor.

¡No, yo no le echaba á perder á Mihas, sino que le conocía mucho mejor que el petulante maestro de alemán! Mi constante preocupación era cuando le veía muy abatido alentarle, comunicarle nuevas fuerzas. Mi existencia ha sido amarga, penosísima: no he conocido la felicidad ni la conoceré nunca. Los sufrimientos de la vida son poco para que el hombre cansado de luchar se declare vencido: quizás por estas razones todas mis simpatías son para los que sufren.

A la edad de Mihas corría tras las mariposas y jugaba en la calle con otros rapazuelos de mi edad. Tenía mis horas de recreo. Cuando me pegaban chillaba como un condenado, pero luego reía y era libre como el aire. Saltaba, y no me acordaba de nada ni por nada me preocupaba. ¡El pobre Mihas no conocía otra cosa que sus libros!

Veíale regresar de la escuela, inclinada la espalda al peso de éstos, reflexivo, serio,

y frecuentemente con una lágrima mal enjugada en los ojos. Entonces deseaba ayudarle con todas mis fuerzas, ser su providencia, su consuelo.

Soy profesor, y no ignoro que sin mis conocimientos sería incapaz de ganarme la vida.

Pero sé también que el estudio no debe matar la infancia; que el latín no puede reemplazar al aire ó á la salud; que un acento bien ó mal colocado no decide del porvenir de un niño.

Y sé además que el aprovechamiento del estudio será mayor si el niño ve que la mano que le dirige, aunque recta, es paternal, y que no pesa sobre él como tiránico yugo.

Estoy íntimamente convencido de la verdad de cuanto dejo escrito, y este convencimiento aumenta al acordarme de mi pobre Mihas, á quien tanto amaba.

Seis años pasó á mi lado: tuve, pues, tiempo para conocerle. Su madre le confió á mis cuidados. Primero cumplí los deberes del ayo; luego, al empezar sus estudios superiores, fuí su profesor particular. ¿Por qué no confesar que le quería mucho más porque era hijo de la mujer que más he amado y venerado en el mundo? ¿Quién soy yo? ¡Un maestro! Y ella era la hija de opulenta y linajuda familia, noble dama ante la cual osaba apenas levantar los ojos: mi pobre

corazón, tristemente sacudido por la vida, solo, sin amparo, cual hoja seca que arrastra el viento, tenía necesidad de unirse, de consagrarse á alguien, y esta era la causa de que la amara tanto. ¿Cómo vencer tales sentimientos? Además este afecto, totalmente platónico, á nadie perjudicaba, y en cambio me hacía feliz.

Presencié la muerte de su esposo. La vi desgraciada, sola y siempre amable, siempre buena como un ángel, amando á sus hijos con loco cariño. Al verla pálida y vistiendo las tocas de viuda, me parecía una santa. ¿Cómo no amarla? Sin embargo, no era propiamente amor lo que yo sentía, era algo así como una veneración, una especie de extraño culto.

Mihas me recordaba á su madre. A veces cuando fijaba en mí sus grandes ojos, parecíame que era ella quien me miraba. Tenía igual expresión, la misma frente sombreada por iguales hermosos cabellos que caían sobre las graciosas líneas de las cejas, y tenía la misma voz. Entre la madre y el hijo el parecido era perfecto. Ambos poseían igual tendencia á la exaltación sentimental. Muy impresionables, nerviosos, amables, nobles y capaces de heroicos sacrificios: su mayor felicidad era hacer felices á los demás.

La familia de Mihas había sufrido múl-

tiples pruebas: de ellas salió con la fortuna disminuida; sin embargo, lo salvado les permitía vivir desahogadamente. Mihas era el menor. Pani-María le amaba muchísimo: en él cifraba todas las esperanzas. Desgraciadamente, cegada por el amor maternal, creíale dotado de facultades extraordinarias. En realidad era inteligente, pero pertenecía á esta clase de niños cuyo talento, escaso en un principio, se desarrolla paulatinamente ayudado de la constancia y la salud robusta. A serle posible seguir un método totalmente opuesto al que le imponía el Gobierno, habría aprobado los cursos y sobresalido en la carrera á que sus aficiones ó aptitudes le inclinaran.

Conociendo las esperanzas que en él cifraba su madre, agotó sus fuerzas escasas, y sabido es que el trabajo excesivo no conduce á nada práctico.

Mi larga experiencia me ha convencido de que si cargáis con mil ideas abstractas el cerebro de un niño, sólo lograréis engendrar el caos en aquella cabeza joven. El que trabaja en tales circunstancias, aun cuando su buena voluntad y constancia sean inmejorables, está destinado tarde ó temprano á sucumbir víctima de esta ruina intelectual, nociva á la salud y al desarrollo físico.

Era tanto el empeño con que yo trabajaba

ayudando á Mihas, que al verlo dijérase que mi porvenir dependía de las notas buenas ó malas que él por sus lecciones mereciera. Ambos teníamos un solo deseo, no afligir, no entristecer á la pobre viuda, y para lograr que se dibujara en sus labios una sonrisa de felicidad, agotaba mi ingenio procurando que su hijo lograra las mejores notas y los primeros puestos.

Cuando el chico lograba buenas notas, regresaba del colegio sonriente y feliz. No parecía el mismo. Sus ojos, en general tristes é inquietos, reflejaban la franca alegría de la juventud. Eran claros y brillantes. Jugaba con la correa de cuero que sostenía la cartera y decíame alegremente:

—¡Mi querido Vavrykevich, mamá será feliz! Hoy he tenido en geografía... ¿Qué no aciertas?

Fingía serme imposible adivinar, y él echándome los brazos al cuello murmurábame al oído.

—¡Cinco! ¿sabes? ¡cinco!

¡Hermosos días los en que estaba tan alegre! Al anochecer daba rienda suelta á su imaginación; afirmaría que alentaba la certeza de que sus notas serían siempre inmejorables.

—Por Navidad iremos á Zalesin; la nieve caerá como cae en Diciembre; llegaremos muy entrada la noche, y mamá estará

esperándonos. Me estrechará fuerte, muy fuerte entre sus brazos, y luego me pedirá las notas. Yo pondré cara triste y entonces mamá leerá: Religión, sobresaliente; alemán, sobresaliente; latín, sobresaliente;... y todas las asignaturas sobresaliente... ¡Ah, maestro Vavrykevich!!

El pobre niño tenía los ojos llenos de lágrimas, y yo dejaba que volase su ardiente imaginación. Veía la espaciosa casa de Zalesin triste, fría, imponente; y pensaba en la alegría que había de causar el regreso de Mihas premiado con las mejores notas; y que ella sería feliz...

Aprovechaba estos momentos de alegría para darle buenos consejos. Le recordaba que si era cierto que su mamá se preocupaba de sus estudios, no lo era ménos que se preocupaba mucho más de su salud. Que no debía entristecerse cuando yo le llevaba á paseo, y que debía dormir para reparar las fuerzas.

—¡Te obedeceré, mi querido maestro! ¡Seré bueno, tan bueno, que al regresar á casa ni mamá, ni mi hermana Dolores acertarán á creer que sea el mismo!

Recibía frecuentes cartas de Pani-María, encareciéndome velara por la salud del niño; y sufría muchísimo viendo que me era imposible sustraerle á aquel no interrumpido trabajo. Las materias más difíciles las estu-

diaba, y salía airoso de su empeño; pero le faltaba tiempo. Lo más fastidioso era el endiablado alemán, que no lograba hablar con propiedad. Acabé por desear con impaciencia las vacaciones, confiando que aquel descanso forzoso repararía sus fuerzas quebrantadas y su cerebro cansado por el excesivo trabajo.

Si Mihas hubiese sido menos sensible su salud no me hubiera preocupado tanto; pero la menor contrariedad, una mala nota le impresionaba con mayor intensidad que los más brillantes éxitos. Las horas de alegría y los *cincos* eran desgraciadamente rarísimos.

Leía en su cara los sentimientos que le conmovían. Me bastaba mirarle para saber que la lección había ido mal.

—¿Has tenido mala nota?

—Sí.

—¿No has sabido la lección?

A veces contestaba:

—No, no la he sabido.

Pero más frecuentemente:

—Sí, la sabía y no he acertado á decirla.

El pequeño Ovitski, siempre el primero de la segunda clase, me explicaba que las malas notas de Mihas eran en general debidas á que súbitamente perdía la memoria.

Y como el niño estaba cada día más débil moral y físicamente, estas pérdidas se hacían más frecuentes.

Observé que después de haber llorado mucho estudiaba con cierta paz ó sosiego, pero esta tranquilidad era aparente, pues doblaba su energía y trabajaba con febril ardor.

A veces, retirado en uno de los ángulos de la sala, apretaba desesperadamente la cabeza entre las manos, y así permanecía largas horas silencioso. Su imaginación exaltada hacíale creer que él sería la causa de que su madre muriese de pena, y sentía algo parecido á la desesperación al creerse incapaz de lograr mejores notas.

Estudiando pasaba noches enteras, y á medida que adelantaba el curso estas velas eran más frecuentes. Para lograr ocultármelo se levantaba muy quedo, encendía la lámpara de la sala contigua, y sentábase á estudiar.

Muchas noches había pasado velando cuando le descubrí. La única manera de hacer que se acostase era levantarme, llevarlo á su cuarto, preguntarle las lecciones y demostrarle que las sabía.

Las fuerzas del pobre Mihas se agotaron. Pálido, delgado, parecía un hombre sin esperanza.

Un día supe que no era sólo el exceso de trabajo lo que consumía aquel niño.

Era al anochecer antes de la cena: había acabado de estudiar, y procuraba distraerle

contándole la popular leyenda polaca: «Un tío dice á un sobrino...» Mihas la oía atentamente, cuando de súbito se levanta, agita la cabeza, y mirándome con expresión que me causó terror, grita:

—Maestro ¿es verdad cuanto dices? ¿No es fábula?

—¿Por qué lo preguntas? le contesté admirado.

Y en vez de explicarme la razón echóse á llorar con tal sentimiento, que me costó trabajo consolarle.

Pregunté á Ovitski si sospechaba cuál pudiera ser la causa de aquella tan gran sensibilidad. El niño ó la ignoraba ó no quería manifestarla; no obstante, logré descubrirla.

Todos sabemos que en los colegios alemanes, los niños polacos oyen constantemente afirmaciones que hieren los sentimientos más íntimos de su corazón.

En la generalidad de los niños no producen otro efecto que engendrar un profundo desprecio contra aquellos profesores alemanes, que no saben respetar la desgracia de un pueblo, y contra los alemanes en general. Pero á Mihas, dotado de extremada sensibilidad, le dolían más las heridas, y sufría y callaba. La incesante lucha interior gastaba sus escasas fuerzas.

Él no titubeó. Sus convicciones, sus afec-

tos le llevaron á abrazarse á cuanto le enseñara su madre, á las gloriosas tradiciones y leyendas de su amada tierra. Pero en la clase debía obedecer, debía repetir ficciones contrarias, ó mejor insultantes, para Polonia su patria. Y luchaba incansable un día y otro día.

Para un niño era mucho sufrir. Las grandes luchas de la vida suelen presentarse cuando el hombre se halla en el pleno goce de la juventud. Y aquel niño tan niño sólo conocía el padecer.

Esta tensión moral agitaba su corazón y su alma. Aquel incesante trabajar, que desgraciadamente era inútil, agotaba sus fuerzas. No podía resistir mucho tiempo.

Pasaron días y semanas. El pobre niño doblaba su porfía, y los resultados eran cada vez peores. Las cartas de Pani-María aumentaban su dolor.

«Dios te ha dotado espléndidamente, escribía la madre, y no dudo que sabrás aprovecharte del talento que tienes, para trocar en hermosa realidad todas mis esperanzas.»

Las primeras semanas Mihas, después de leer las cartas de su madre, me cogía las manos y me las estrechaba convulsivamente diciendo:

—¿Qué hacer, maestro Vavrikevich?

¿Qué hacer? ¿Era culpa suya el no tener la facilidad que tienen otros para aprender

lenguas, y el no poder con la difícil pronunciación alemana?

La víspera de Todos Santos le dieron las notas, y fueron regulares. De mil maneras me rogó que no las enviara á su madre.

—¡Mi querido maestro, me suplicaba juntando las manos, mamá ignora que den notas por Todos Santos, y de aquí á Navidad estudiaré muchísimo, y Dios tendrá piedad de mí!

El pobre niño alentaba la esperanza de que antes de Navidad lograría mejores notas.

Y yo también le alentaba de que á la postre se habituaría al difícil acento alemán. A acrecentar estas esperanzas vinieron las primeras notas que obtuvo después de Todos Santos: fueron inmejorables, siendo una de ellas la del latín. Fué el único de clase que supo que el perfecto de *Gaudeo* era *gavisus sum*.—Rebosando indecible satisfacción lo escribió á su adorada madre.

Efecto de estas notas estudió con singular empeño los participios de todos los verbos. ¡Obtener buenas notas era su ilusión, su vida!

Mas la desgracia volvió. El malhadado acento polaco anulaba los esfuerzos de Mihas. Además las lecciones eran muy largas, superiores á sus fuerzas, excesivas para su escasa memoria.

Una circunstancia vino á aumentar la tris-

teza que embargaba su ánimo. Para ver si con el ejemplo de un buen estudiante aprendía con mayor facilidad, invitaba á Ovitski, quien compartía con Mihas las lecciones que les daba. Un día se les olvidó decirme que debían presentar una composición. Para Ovitski el olvido no tuvo consecuencias, pues desde que había logrado ser el primero, los profesores apenas le preguntaban; mas para Mihas la cosa fué muy distinta: en presencia de los condiscípulos recibió una fuerte reprimenda, acompañada de amenaza de expulsión.

Los profesores creyeron que para economizarse trabajo había repetidas veces dejado las composiciones: y aquel pobre niño era incapaz de la falta que le imputaban. Como no acertó á probar su inocencia, fuí á visitar á los maestros. Estos señores me contestaron que yo fomentaba la pereza de los alumnos. Lo cual me indignó, pero me preocupaba tanto el estado de Mihas, que horas después ya no daba importancia á la infundada y calumniosa observación.

Al anochecer de aquel día vi á Mihas, la cabeza entre las manos, llorando á lágrima viva; le oí murmurar: «¡Qué desgracia! ¡qué desgracia!» Al día siguiente recibió una carta de Pani-María felicitándole por sus triunfos, la cual vino á aumentar su pena.

—¡Ah! suspiraba, preparo un gran desengaño á mamá, que estaba tan contenta de su hijo!

Cuando la siguiente mañana coloqué la cartera sobre sus hombros, sufrió un ligero desvanecimiento. Me empeñaba en que no saliera de casa, pero él me aseguró que se sentía bien, que aquello no era nada. Temiendo que se repitiera, rogóme le acompañara.

Por la tarde regresó con una nota regular. Se la dieron por una lección que sabía al dedillo. Cuando le preguntaron, levantóse temblando de miedo, y no logró articular palabra: «¡Es V. un perezoso!» le dijo el maestro. Herido por tal reproche, abrió airado sus libros, multiplicó su actividad, trabajó con la fiebre de la desesperación; mas en vano.

El resultado fué perder la confianza que en sí tenía. Se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, y de que jamás lograría aprender. Y pensaba en el disgusto que daría á su madre: ¡en que quizás él sería la causa de que perdiese por completo su ya quebrantada salud!

El párroco de Zalesin, con la mejor intención del mundo, le escribía de vez en cuando cartas que le hacían mucho daño:

—No olvides, mi queridísimo Mihas, que de tus progresos depende la salud de tu madre.

Esta advertencia le causó tan dolorosa impresión, que aun durmiendo repetía con triste voz:

—¡Mamá! ¡mamá! cual si implorara perdón.

Las notas eran cada vez peores.

Acercábase Navidad, y ya no cabía esperarlas mejores. Escribí á Pani-María previniéndola. La decía sin rodeos que el niño estaba débil y enfermizo, y que á pesar de sus grandes esfuerzos no lograba el resultado apetecido. Añadía que probablemente, pasadas las vacaciones, sería menester dejarle en el campo y velar por su salud. Ansiosa y alarmada me contestó, y la carta revelaba el inmeso amor que para con sus hijos encerraba el corazón de aquella madre.

Nada dije á Mihas de esta carta, porque el proyecto de sacarle del colegio quizás le hubiera causado impresión nociva. Me limité á explicarle que había dado cuenta á su madre de sus esfuerzos y asiduo trabajo, y que ella comprendería y no daría importancia á sus notas bajas.

Estas mis explicaciones le consolaron. Al pensar que pronto abrazaría á su madre y á Dolores, sonreía á través de sus lágrimas.

Yo también esperaba con ansia el instante de volver á Zalesin, pues la salud de Mihas me causaba serios temores. El afecto que al llegar le prodigaría su madre, la

dulce calma que le rodearía, el aire puro de los campos natales, y aquella atmósfera de amor y de familia, ejercerían salvadora influencia en la quebrantada salud de aquel pobre niño.

Esperaba las vacaciones con ansiedad creciente, y contaba los días y las horas que de éstas nos separaban, pues cada una de ellas causaba nuevos disgustos á Mihas. El profesor le dirigió en público una segunda reprimenda porque, según decía, estorbaba á sus compañeros. Esta ocurrió pocos días antes de las vacaciones. Detalle sin importancia, pero que contribuyó no poco á que el golpe causara en el niño terrible efecto. ¿Qué confusión, qué caos de ideas engendró tan lamentable incidente en aquel torturado cerebro? ¡Sólo Dios lo sabe! Sea de ello lo que fuere, desde entonces bañó su rostro intensa expresión de profunda melancolía.

Además sentía en el pecho sofocadora opresión, y su garganta sólo se abría para sollozar. Rara vez levantaba sus ojos, reveladores de inmensa tristeza. Dijérase que era un pajarillo atormentado, herido de muerte.

Me obedecía maquinalmente, sin ilusión, cual si durmiera. Al invitarle á dar un paseo no se oponía como en otros tiempos. Cogía el abrigo y el sombrero, y me seguía

sin decir palabra. Tal indiferencia quizás me hubiera gustado á no adivinar que aquella calma aparente escondía un no interrumpido sufrir y obstinada resignación.

Cumplía regularmente sus deberes, mas era por costumbre. Cualquier observador adivinara que, cuando repetía maquinalmente las conjugaciones, pensaba en otras cosas ó, y quizás esto era lo cierto, no pensaba en nada.

Recuerdo que una vez le pregunté si había acabado de estudiar, y el me contestó muy quedo cual si durmiera:

—Creo, maestro, que el terminar es inútil.

No me atrevía á hablarle de su madre, temiendo aumentar aquel dolor que él se esforzaba en reprimir.

Su salud me inquietaba muchísimo. Su delgadez era horrible: cuando sentía alguna emoción violenta, se le hinchaban las venas de las sienes. Tenía la piel tan blanca que parecía diáfana, y en tal estado su figura inspiraba simpatía: era hermoso como un ensueño ó una visión.

¡Daba pena mirar la angelical cabeza de aquel niño, pobre flor marchita apenas nacida!

Sus fuerzas disminuían! Llegó á serle imposible llevar todos los libros en la cartera. Fué preciso que yo le ayudara, tomándole la

mitad y acompañándole hasta la puerta del colegio.

Llegaron los últimos días de clase, y llegaron también los caballos que debían conducirnos á Zalesin. Pani-María escribió á su hijo:

«Mihas, sé que no estás bueno. Tus notas no me preocupan: lo principal es que tus profesores estén convencidos, como yo lo estoy, de que has trabajado con empeño y has hecho cuanto has podido para sobresalir.»

Los profesores alemanes fueron injustos al reprender públicamente á Mihas por su *conducta*. Estos señores opinan que tienen conducta excelente los alumnos que se burlan de Polonia y ridiculizan sus tradicionales costumbres, su historia gloriosa, sus incomparables leyendas. Y Mihas, á fuer de buen polaco, no podía, no debía hacerse culpable de tan vil servilismo, y ésta y no otra fué la causa de que le expulsaran del colegio.

El día que me trajo la orden de expulsión llegó tarde, ya había anochecido. La obscuridad que reinaba en el aposento me impidió verle el rostro. Silencioso fué á apoyarse en la ventana, y quedóse con los ojos muy abiertos mirando vagamente los copos de nieve que caían meciéndose en el aire.

¡Pobre Mihas! ¡cuánto sufriría! No me

atreví á hablarle. Inmóvil permaneció un cuarto de hora. Me ocupaba preparando el equipaje, pero la tristeza que revelaba su actitud me resolvió á preguntarle:

—¿Qué tienes, Mihas?

—¡Ah! exclamó con voz temblorosa, á estas horas mamá y Dolores están en el salón verde sentadas junto al fuego pensando en mí.

—Es probable. Mas ¿por qué tiemblas? ¿estás enfermo?

—No; tengo mucho frío.

Le desnudé y acosté. La vista de sus rodillas tan débiles, de sus miembros tan delgados me entristeció. Le di una taza de té muy caliente y le arropé lo mejor que supe.

—¿Ha pasado el frío?

—¡Sí, pero me duele la cabeza!

Minutos después dormía. Acabé de preparar el equipaje. y sintiéndome fatigado me acosté.

Las tres de la madrugada serían cuando me despertó la pálida luz de la lámpara y el tan conocido monótono murmullo. Abrí los ojos, y mi corazón latió con violencia.

Sentado cabe á la mesa de estudio vi á Mihas; por todo vestido llevaba la camisa de dormir. Sus mejillas ardían, tenía cerrados los ojos para recordar sin distraerse, y la cabeza alta é inclinada ligeramente hacia atrás. Repetía con voz monótona y débil:

—Subjuntivo: *amem, ames, amet, amemus, ametis...*

Le llamé:

—¡Mihas!

—Subjuntivo: *amem, ames...*

Le cogí por los hombres sacudiéndole suavemente.

Pareció despertar, y me miró asombrado como si me desconociera.

—¿Qué haces, hijo mío?

—Maestro, me dijo sonriendo, sé la lección de cabo á rabo: mañana tendré buena nota.

Le tomé en brazos y le volví á la cama. Su cuerpo ardía.

Afortunadamente, en uno de los pisos de la casa en que habitábamos vivía un médico. Lo mandé llamar con urgencia. Poco le costó conocer la enfermedad. Examinó al enfermo, le puso la mano en la frente, y dijo:

—¡Es un ataque cerebral!

—Sí, era evidente: esta pobre cabeza debía acabar por sucumbir.

Su debilidad asustaba. Telegrafié á Pani-María, la cual llegó el día siguiente. Pálida y temblando me cogió las manos, y mirándome con mirar en que se reflejaba toda su alma, me preguntó con indecible angustia:

—¿Vive?

—Sí, vive: el doctor dice que mejora.

Y ella corrió al cuarto de su hijo.

Había mentido. Mihas vivía, pero su estado era cada vez peor.

No conoció á su madre cuando ella le besaba.

Al cambiarle el hielo que le poníamos sobre la cabeza, empezó á fijarse en aquella mujer enlutada que se inclinaba sobre él. Su alma hizo un visible esfuerzo para vencer la fiebre y el delirio. Intentó sonreir y sus labios murmuraron:

—¡Mamá!

Ella le cogió las manos cubriéndolas de besos, y permaneció horas y horas mirándole inmóvil, sin recordar que no se había cambiado el vestido de viaje. Al advertirla que aún llevaba el sombrero,

—Es verdad, dijo, lo había olvidado.

Cuando descubrió su magnífica cabellera rubia, vi junto á las sienes algunos cabellos blancos. Quizás dos días antes no los tenía.

Ella le cambió las bolsas de hielo, ella le dió las medicinas. El niño enfermo miraba á su madre, pero no la conocía. Al anochecer aumentó la fiebre. Delirando declamó la balada de Jolkyeski de Nyemtsevich (1), y no cesaba de conjugar verbos latinos.

Repetidas veces me vi obligado á salir del aposento, pues para mí aquel espectáculo era demasiado horrible. Cuando Mihas es-

(1) Poeta polaco, muerto en 1841.

taba bueno le había enseñado á ayudar Misa, para al regresar á Zalesin dar á su madre una grata sorpresa, y sentí que un estremecimiento de terror recorría mi cuerpo, cuando el niño antes de morir repitió con voz débil y acento triste: *Deus meus, quare me repulisti, et quare tristis incedo, dum affligit me inimicus?* «¡Dios mío! ¿por qué me has desechado, y por qué ando triste cuando mi enemigo me aflige?»

¡No puedo describir la penosa impresión que me causaron estas palabras!

Aquel día era la víspera de Navidad; de la calle subían el alegre tumulto de la multitud y las vibrantes notas de las campanillas de los trineos. Cuando encendieron luz en la casa de enfrente, vimos á través de los cristales de la ventana un grupo de niños, que alrededor del *árbol de Navidad,* resplandeciente y lleno de juguetes, reían y chillaban rebosando alegría, en tanto nuestro querido enfermito repetía incansable y tristemente: *Deus meus, Deus meus, quare me repulisti?*

Era Nochebuena y pensábamos en la muerte.

Por un momento nos pareció que el delirio cesaba, pues llamó á Dolores y á su madre. Fué ilusión. A la pérdida del conocimiento debió añadirse la pérdida de la vista. No me veía. Era insensible.

No veía á su madre, que apoyaba la cabeza en la almohada cabe á la cabeza del niño. Este, indiferente á todo, ni abría los ojos. Cada aliento que se escapaba de su pecho, le llevaba más lejos del mundo. Una mano extendida sobre el cobertor tenía la rigidez de la muerte. Se le afilaba la nariz, y su rostro adquiría una expresión grave. La respiración era cada vez más corta y frecuente. Un momento, y exhalaría el postrer suspiro.

A media noche creímos que moría. El médico acercó un espejo á los labios de Mihas; aun respiraba.

Pasó una hora, y de súbito la fiebre disminuyó, creímos que se había salvado. Hasta el médico alentó un momento de esperanza. La pobre Pani-María cayó desvanecida.

Durante dos horas la mejora se acentuó. Era la cuarta noche que pasaba de pie cabe el enfermo; terribles excesos de tos me atormentaban. Fuí á la sala vecina y echéme sobre un sofá, quedando inmediatamente dormido.

La voz de Pani-María me dispertó; primero creí que me llamaba, mas luego le oí repetir:

—¡Mihas! ¡Mihas!

Se me erizaron los cabellos; aquel acento de indecible dolor me afirmaba que todo

había concluido. Me precipité al dormitorio. Ella inclinada sobre su hijo mirándole como loca. Al verme me dijo contraídos los labios por la desesperación:

—¡Mihas ha muerto!

Temblando me acerqué á la cama. Era verdad. La cabeza caída, la boca abierta, los ojos fijos cual para ver muy lejos, y la rigidez de sus miembros no permitían dudar.

¡Mihas había muerto!

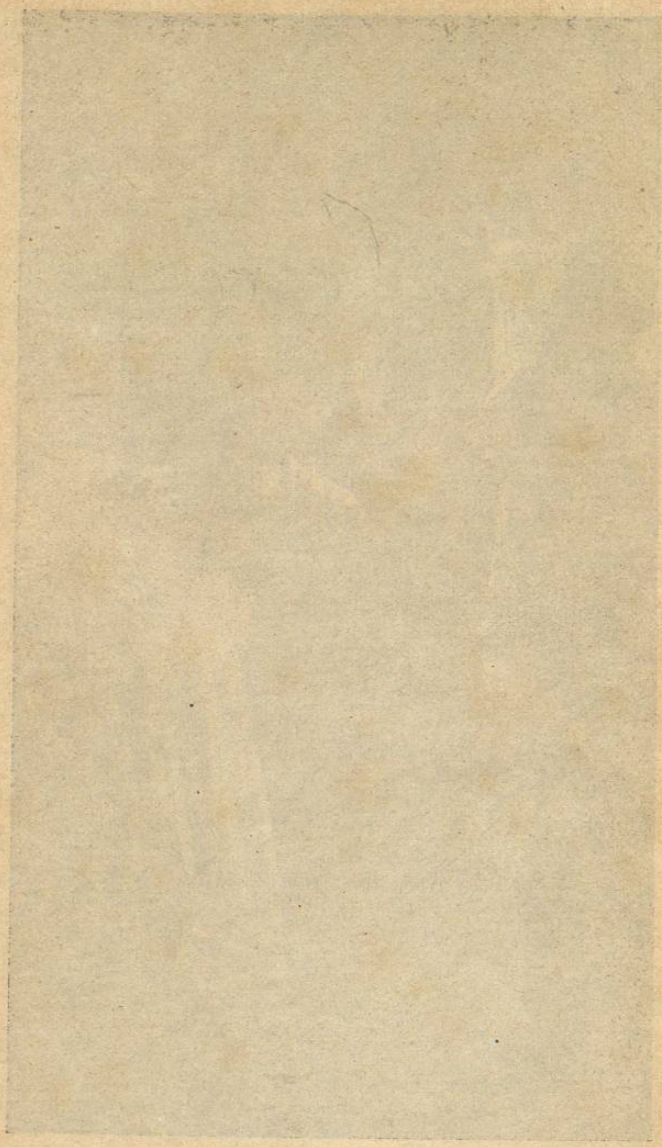
Arreglé la ropa que cubría su delgado cuerpo, le cerré los ojos, y luego asistí á la pobre madre, que había perdido el sentido.

El primer día de vacaciones lo pasé preparando el entierro. Sufrí lo indecible, pues Pani-María no quería separarse de aquel cuerpo helado, y era víctima de continuos desvanecimientos. Cayó sin sentidos al ver tomar las medidas para la caja, y de nuevo cuando empezaron á vestir al niño muerto. Quería arreglar personalmente las almohadas de raso del interior del féretro y repetía, cual víctima del delirio, que su hijo no podría descansar con la cabeza tan baja.

¡Y Mihas tendido sobre el lecho, con su traje nuevo, con sus guantes blancos!

Después de luchar con el desesperado dolor de la madre, le colocamos en el ataúd, y luego sobre el catafalco rodeado de cirios encendidos. La sala donde el pobre niño había conjugado tantos verbos y estudiado

Me precipité al dormitorio. Ella inclinada sobre su hijo mirándole como loca.



tantas lecciones fué transformada en capilla ardiente.

Nunca, desde el día que obtuvo sus postreras buenas notas, había visto el rostro de Mihas bañado de aquella plácida calma. Su delicado perfil sonreía como si, al fin, descansara y gozara la verdadera felicidad.

Los reflejos de los cirios daban á la sonrisa una apariencia de vida en la calma del sueño.

Uno tras otro llegaron su condiscípulos que no habían ido al campo á gozar las vacaciones. La vista del catafalco y del ataúd parecía causarles profunda impresión. Quizás la causa de ella era el aire de dignidad que respiraba el rostro de su compañero muerto.

Pocos días hacía, sentábase entre ellos en la clase, y cual ellos inclinaba su débil cuerpo al peso de la cartera repleta de libros alemanes: le daban malas notas y en presencia de la clase era injustamente reprendido. Pero ahora le veían allá, rígido, elevado por la muerte muy por encima de todos, tristemente hermoso, serena la frente, rodeado de luces. Se le acercaban con respeto no exento de temor. Ovitski, el primero de la clase, sentíase pequeño en presencia del compañero muerto.

Hablando en voz baja decíanse que Mihas era feliz, que aún cuando se presentara el

inspector, no temblaría, y continuaría sonriendo dulcemente.

—Puede hacer cuanto guste, decían, hasta hablar con los Angeles.

Se arrodillaron al rededor del catafalco y rogaron á Dios por el eterno descanso de Mihas. Al día siguiente cerraron la caja y la llevaron al cementerio, donde paladas de tierra y nieve la cubrieron para siempre.

¡Hoy, al escribir estas líneas, cumple un año de tu muerte, y no te olvido un solo instante; mi pensamiento está fijo en ti, querido Mihas! Ignoro si me escuchas; sólo sé que tu antiguo maestro tose hoy más que nunca y que la tos le mata, que el mundo le parece vacío, que se encuentra solo, y que su único anhelo es volar á abrazarte, á ser contigo feliz para siempre!

El organista de Ponikla

ILUSTRACIONES
DE DON EMILIO
TALTAVULL ✻

El organista de Ponikla

Daba gusto andar sobre la nieve ligeramente helada que crugía bajo los piés. Klen, dotado de largas piernas, apretaba el paso camino de Zagrabia á Ponikla. Y lo apretaba porque todo parecía augurar fuerte helada, y el pobre Klen vestía corta y vieja levita, estrecha piel al rededor del cuello, negro pantalón de burdo paño y zapatos cansados de remiendos. En la mano llevaba un óboe, en la cabeza un sombrero de anchas alas, en el

estómago unas copitas de arack, y el corazón henchido de alegría: sus razones tenía para estar contento.

Aquella mañana había firmado con el párroco Krajewski una contrata, según la cual quedaba nombrado organista de Ponikla. Él, que hasta entonces vagó errante como gitano de venta en venta, y asistió á casamientos, ferias y romerías para ganar unos míseros realejos, alegrando á los otros con las notas del óboe ó del órgano,—instrumento en que dejaba muy atrás á los más renombrados organistas de la comarca,—al fin iba á establecerse, á vivir en Ponikla, á gozar una vida tranquila en hogar propio. Tendría su casita, su jardín, ciento cincuenta rublos anuales, algunas entradas extraordinarias, el prestigio de un semi-eclesiástico, y trabajaría á mayor gloria de Dios; ¿no debía estar contento? Hasta entonces al más tosco campesino le bastaba tener un palmo de tierra en el peor rincón de Zagrabia ó Ponikla para mirar á Klen con aire de superioridad, no exento de lástima ó desprecio. Pero desde hoy le respetarían, y al verle pasar le saludarían atentamente. ¡Organista y de parroquia tan importante!

Klen hacía tiempo que la anhelaba esta plaza, pero mientras viviese el anciano Mielwiki era inútil esperarla. Los dedos del buen viejo se entumecían, tocaba mal, pero no

había en lo humano fuerza capaz de lograr que el párroco le destituyera: hacía más de veinte años que vivían juntos.

Pero cuando la Calva,—así se llamaba la vaca del párroco,—le hubo dado una cabezada en el pecho, efecto de la cual murió á los tres días, Klen no titubeó en ofrecerse para ocupar la vacante, y el párroco no dudó en aceptar el ofrecimiento, porque ni en la ciudad encontrara mejor organista.

¿Por qué sentía Klen tan grande afición al óboe, al órgano y en general á la música? Difícil sería averiguarlo. No la heredó de su padre, un buen hombre descendiente de Zagrabia, que durante su juventud fué soldado, pero nó músico de regimiento; que cuando viejo hacía cuerdas de cáñamo, y que nunca tocó otro instrumento que una pipa, que pinvariablemente colgaba bajo sus gruesos bigotes.

Klen cuando niño huía de su casa paterna buscando oir música; cuando muchacho, todos los domingos iba á Ponikla, y se encargaba del fuelle del órgano que tocaba Mielwiki, quien viéndole disposiciones tan excelentes, resolvió darle lecciones. A los tres años Klen tocaba mejor que su maestro.

Un día pasaron por Zagrabia unos músicos vagabundos, y el niño huyó con ellos. Permaneció algunos años agregado á la banda, vagando sabe Dios por donde, y tocando,

según las circunstancias, en ferias, casamientos ó iglesias.

Cuando sus compañeros ó murieron ó se marcharon cada cual por su lado, Klen regresó á Zagrabia, sin otro capital que el óboe que llevaba colgado á la espalda, y más flaco que perro de hortelano. En el pueblo vivió como las aves, saltando de rama en rama, y tocando hoy para sus prójimos, mañana para su Dios.

A pesar de que el recuerdo de los años que vivió fuera del pueblo le perjudicaba, logró hacerse popular. Los hombres de Zagrabia y Ponikla decían:

—Klen siempre será Klen, pero cuando toca sabe agradar á Dios y conmover á los hombres.

Otros le preguntaban:

—¡Jesús, hombre! ¿qué tienes? ¿por qué estás triste?

Y el rostro de aquel hombre flaco y de largas piernas, siempre respiraba tristeza.

Viviendo Mielwiki le suplía en las grandes solemnidades, y sentado en el órgano, el entusiasmo le hacía latir el corazón y su alma volaba lejos del mundo, á las regiones de lo ideal.

Llegaba la Elevación, y cuando los fieles, dobladas las rodillas, oraban con intenso fervor; cuando nubes de incienso llenaban las espaciosas naves, y en todos los pechos

vibraba un himno de adoración, entonces Klen se abismaba, se extasiaba gustando los purísimos placeres del arte. Las notas graves de las campanas, las festivas de la campanilla, el perfume de la mirra, del ámbar y de olorosas hierbas, el resplandor de innumerables cirios, el brillo del cáliz de oro, todo conmovía á los fieles, les hacía sentir algo que no es de este mundo, los elevaba... y dijérase que el templo tenía alas, y deseaba de un vuelo subirse á la gloria.

El párroco, al bendecir á los fieles trazando en el aire una cruz con la custodia, tenía los ojos entreabiertos, cual si gustara las delicias del éxtasis, y Klen, sentado en el coro, también las gustaba. Le parecía que el órgano tocaba solo, que las notas fluían de los caños de plomo cual empujadas por hirviente oleaje, y se extendían cual desbordado río, ó saltaban como los torrentes en invierno, ó manaban como las fuentes, ó caían pausadas, tranquilas, como caen las gotas de rocío: creía ver que, amenazadoras como rugido de tempestad, ó dulces como las vibraciones de voz hermosa, llenaban la iglesia y subían hasta la gótica bóveda, confundidas con el humo del incienso, los brillantes rayos del sol y las almas de los fieles.

Acabada la Misa, Klen bajaba del coro, sudoriento, jadeante, y afirmaba y creía que

se había cansado. En la sacristía el párroco le daba algunas monedas, y en voz baja, temiendo despertar envidias, le dirigía palabras de sincero elogio; y Klen salía y se paseaba entre los hombres del pueblo, reunidos en la plaza, quienes al verle pasar le saludaban, pues aún cuando vivía en Zagrabia y en casa de pupilaje, todos le querían y admiraban.

Klen se paseaba por la plaza de la iglesia no para oir: «Mira, ves, este que pasa es Klen, el organista,» sino para ver á la que más le gustaba entre todos los habitantes de Zagrabia y Ponikla, á Olka, la hija de un ladrillero de Zagrabia. La imagen de aquella niña se le había introducido en el corazón, como el gusanillo en la corola de la flor, porque tenía unos ojos azules como un pedazo de cielo, la cara fina y hermosa, y los labios encarnados como en Junio las cerezas.

Hasta Klen comprendía, en los cortos momentos en que consideraba las cosas con los ojos de la razón, que el ladrillero no le daría la mano de su hija, y que sería mejor renunciar á sus sueños, pero sentíase incapaz, falto de fuerzas. «Ni con tenazas, decía, arranco esa imagen de mi corazón.» Y por ella dejó las antiguas correrías, por ella vivía, y cuando se sentaba en el órgano se esforzaba en tocar mejor porque ella le oía.

Y ella si empezó amándole porque tocaba tan bien, acabó amándole por sí, nó por sus méritos, porque Klen le gustaba más que los otros jóvenes, á pesar de su extraña figura, de ser tan moreno, de su mirada vaga, de la corta levita, de la estrecha piel, de las piernas delgadas y largas como de cigüeña.

Pero el ladrillero, aún cuando pasaba la mayor parte del año con los bolsillos vacíos, no quería á Klen por yerno. «Mi hija es joven y guapa, ¿por qué la he de regalar á Klen?» Cuando éste le visitaba le echaba la puerta por las narices ó le recibía con voces desapacibles.

Al morir el viejo Mielwiki, el cambio fué radical. Klen, apenas firmada la contrata con el párroco, corrió á anunciárselo al ladrillero, y éste le dijo:

—No acepto ni renuncio; pero un organista no es un vagabundo.

Le invitó á entrar y á sentarse, le ofreció una copita de arack y le trató con afecto cariñoso, no exento de familiaridad.

Al breve rato llegó Olka, y la alegró mucho saber que Klen era casi rico, que tendría casa propia y jardín, y sería, después del párroco, la primera personalidad de Ponikla.

Klen permaneció en su compañía del mediodía al anochecer, alegrándoles no poco á él y á Olka tan larga visita. Anochecía cuando emprendió el regreso á Ponikla,

avanzando sobre la nieve helada que crugía bajo sus piés.

El frío aumentaba, pero Klen no lo sentía, se limitaba á apretar el paso. Andando, andando recordaba aquella tarde tan feliz, y se acordaba de Olka y no se acordaba del frío. ¡Si en el decurso de su vida nunca había sido tan dichoso! ¡Por el camino desierto y sin árboles, cruzando llanuras cubiertas de nieve que la luz crepuscular teñía de rosicler á veces, y á veces de azul, avanzaba tranquilo, llevando por única linterna la alegría que le inundaba el corazón!

Recordaba hora por hora aquel día que acababa, y recordaba la conversación con el párroco, la firma del contrato, y palabra por palabra cuanto le dijeron Olka y el ladrillero.

Habían quedado unos minutos solos, y Olka le dijo: «¡Para mí era igual! Yo, Antonio, sin el empleo te amaba y sin el empleo te hubiera acompañado al otro lado del mar; pero ya que ha venido me alegro, porque se alegra mi padre.» Él al oírla, creyó enloquecer de alegría, y cogiéndole una mano exclamó: «¡Olka, que Dios te bendiga por los siglos de los siglos! *¡Amén!*»

Al recordarlo casi se ruborizaba de haberle cogido la mano y de las pocas palabras que le dijo: «¡Qué muchacha tan buena!» Y seguía andando por el camino desierto pisando la nieve helada.

«Tú eres el mejor de cuantos tesoros soñara, pensaba Klen, y pues la fortuna me sonríe, serás rica y feliz.» Y apresuraba el paso, y bajo sus piés la nieve crugía con mayor fuerza. «Eres sincera.» Y el agradecimiento le conmovía, y le desesperaba no haberle dicho cuánto la amaba. Pero «¿qué hacer? ¡en aquel momento perdí la memoria, y la lengua se me pegó al paladar! ¡es más fácil tocar el órgano!»

Las nubes que brillaban teñidas de púrpura por los últimos rayos del sol, perdieron la intensidad deslumbradora; quedaron anchas fajas cuyo brillo se apagaba, luego las nubes negruzcas, festoneadas de oro pálido, después la nacarada luz del crepúsculo vespertino, y nacieron las estrellas, destacando con vigorosa nitidez su contorno sobre el azul del cielo. Helaba, y el futuro organista de Ponikla tiritaba de frío. Conocía bien la comarca, y resolvió avanzar en línea recta á través de los campos, pues deseaba llegar pronto á su casa.

Momentos después la alta y negra silueta de Klen se destacaba cómicamente sobre aquellas llanuras nevadas. El frío le entumecía las manos, y para reaccionarlas ocurriósele tocar el óboe. Las notas vibraron en la calma de la noche y de la soledad, dulces, intermitentes, y se extendieron al parecer temerosas sobre las tristes llanuras nevadas.

El contraste era mayor, porque Klen tocaba aires alegres, los mismos que en la casa del ladrillero tocara y cantara, después de apurar unas copitas; y recordaba que Olka le acompañó con su voz tan sonora y que á él le gustaba tanto. Las recordaba y quería repetirlas aquellas canciones, y entonó la primera de las cantadas por Olka:

«Borrad, Señor, los montes y los valles.—Que la tierra sea una llanura inmensa.—Volvedme, Señor, á mi esposo.—Volvédmele cuando nazca el día.»

Esta canción no gustaba al ladrillero. Le pareció muy sencilla, y les pidió que cantasen la del Castillo. Entonces cantaron la siguiente, que Olka aprendió en Zagrabia:

«Don Luis salió de caza,—dejando á su hija Elena, hermosa como las flores:—regresa D. Luis: las músicas le saludan,—tocan trompetas, y Elena duerme!»

¡Esta sí que le gustaba al ladrillero! Cantaron otras muchas, y la que más les divirtió fué la del *Cántaro verde*. Canción que acaba con las alegres carcajadas de la niña, que primero llora y se lamenta porque su señor le ha roto el cántaro verde:

«¡Mi señor ha roto mi cántaro verde!»

Y el señor procura consolarla.

«¡Calla, hija mía, no llores! te compraré otro cántaro verde.»

Olka las alargaba cuanto podía aquellas

palabras «mi cántaro verde,» y acababa soltando alegre carcajada. Klen entonces separaba los labios del óboe y le contestaba con voz que procuraba hacer grave, para representar el papel del señor:

«¡Calla, hija mía, no llores... no llores!»

Rodeado de las sombras de la noche, las recordaba aquellas horas felices, y sólo para saborearla tocaba y volvía á tocar la canción del *Cántaro verde,* y reía cuanto le permitían sus labios ocupados en soplar el óboe. El frío era intenso; al contacto del instrumento se le helaban los labios y se le entumecían los dedos al tocar la lengüeta: suspendió la canción y siguió andando, jadeante y cubierta la cara de la escarcha que al helarse formaba su aliento.

Tiempo hacía que andaba cuando le rindió el cansancio, pues no se le ocurrió que en los campos hay más nieve que en los caminos, y en ella se le hundían los piés.

El terreno era desigual, y la nieve cubría hoyos y barrancos poco profundos, de manera que á veces Klen avanzaba un paso y se hundía hasta la rodilla. Klen se arrepentía de haber dejado el camino, donde quizás diera con una carreta que le llevase á Ponikla.

El brillar de las estrellas era cada vez más intenso, la helada más fuerte, y Klen agotaba las fuerzas. Se levantó el viento, y era tan

frío que Klen tiritaba. Probó de volver á tocar, pero sus labios no pudieron resistir la fría impresión que le causó el instrumento.

La tristeza de la soledad le anonadaba. A su rededor se extendían los campos helados, desiertos, tristemente silenciosos. En Ponikla le esperaba un aposento confortable, y prefería pensar en Zagrabia. «Olka estará descansando. A Dios gracias, en su cuarto no hace frío.» Y Klen gozaba pensando que Olka tenía luz y calor, dones tan envidiables para él, que estaba rodeado de tinieblas y tiritaba de frío.

Avanzando penosamente cruzó los campos labrados, y llegó á las tierras yermas, cuya monotonía interrumpen enebros amarillentos de vegetación moribunda. La fatiga le rendía, y anhelaba encontrar arbustos no cubiertos de nieve donde poder sentarse y descansar. Pero se decía: «Quedaré helado;» y avanzaba unos pasos más. Al pie de hierbas y enebros la nieve se arremolina en gran cantidad. Klen al ver tanta nieve seguía andando, hasta que agotadas sus fuerzas se dijo:

—He de sentarme. Si estoy despierto no me helaré, y para no dormirme seguiré tocando el *Cántaro verde*.

Sentóse y empezó á tocar: una melodía fugitiva y alegre resonó por las llanuras nevadas, interrumpiendo la calma de la noche;

El óboe cayó de sus manos heladas

pero los ojos de Klen se cerraban; en vano luchaba contra el sueño; las notas de su canción *Mi cántaro verde* eran cada vez más débiles, más tristes... Hasta que la música cesó.

Klen seguía luchando: estaba entumecido, pero no dormía; pensaba en Olka y en la soledad que le rodeaba; sentía extraño miedo y profunda tristeza; parecíale que todos le abandonaban.

Y murmuraba: «Olka, ¿dónde estás?»

Calló unos momentos, luego se agitó, hizo un esfuerzo para hablar y con voz imperceptible repitió: «¡Olka!»

El óboe cayó de sus manos heladas.

Al nacer el día, los primeros rayos de luz iluminaron un hombre sentado é inmóvil, á sus piés un óboe; estiradas las piernas, caídos los brazos y su cara amarillenta, sin vida, parecía repetir la última nota de la popular canción del *Cántaro verde*.

LUX IN TENEBRIS LUCET

ILUSTRACIONES
DE D. RICARDO
OPISSO * * *

Lux in tenebris lucet

En otoño, y particularmente en Noviembre, los días suelen ser tan húmedos, nublados y melancólicos que hasta al hombre más indiferente le hacen sentir cuán penosa es la vida.

Al pobre Kamionka, desde que vivía enfermizo y no trabajaba en su estatua de la Caridad, aquellos días tristes le hacían sufrir más que sus dolencias. Todas las mañanas abandonaba penosamente el lecho, enjugaba los cristales de la alta ventana del taller, y levantaba la cabeza esperando des-

cubrir á lo menos un pedacito de cielo azul. Y cada día igual decepción. Monótona nube plomiza se extendía sobre la ciudad: no llovía, y sin embargo dijérase que formaban el musgoso pavimento del patio esponjas empapadas de agua: todo estaba mojado; y el agua cayendo gota á gota, resonaba con desesperadora monotonía, cual si contara aquellas horas tan tristes que avanzaban lentamente.

La ventana del taller daba al patio, limitado al fondo por un jardín. Por entre los hierros de la reja veía la hierba, verde aún, pero de un verde enfermizo, augurio de muerte y de corrupción; los árboles, con las hojas amarillas y las ramas negras veladas por la niebla, parecían muertos. Cada día al anochecer oía los graznidos de las cornejas que huían de los bosques y campos á las ciudades, donde iban á establecer sus cuarteles de invierno; y que armando gran barullo con las alas, se posaban en las ramas gruesas buscando pasar tranquilas la noche.

En tales días aquel taller era más sombrío que un osario. El mármol y el yeso necesitan del azul; envueltos por aquella luz plomiza, su blancura tiene aspecto funeral. Las figuras de barro pierden la pureza de sus líneas y adquieren una forma vaga, casi fantástica.

La falta de limpieza y el desorden aumentaban la tristeza del taller. En el suelo veíase espesa capa de polvo, formado por pisoteados pedazos de barro cocido y por el lodo subido de la calle. Las paredes sombrías, desnudas, cubiertas aquí y allí de modelos de piés y manos de yeso. Junto á la ventana colgaba una gasa que protegía un cráneo de caballo y un cuadro de flores: ambos desaparecían bajo el polvo.

En un ángulo veíase la cama mal arreglada y cubierta de vieja manta, y al lado una mesa con una palmatoria de hierro. Kamionka, buscando economías, había, hacía años, suprimido la habitación particular y se acostaba en el taller. En tiempos normales un biombo protegía la cama; pero entonces había sido plegado y retirado, para que el enfermo pudiera más fácilmente ver si el cielo se despejaba, si lucía el sol. Otra ventana, aun más grande, abierta al fondo del taller, estaba en su parte exterior tan cubierta de polvo, que hasta en los días serenos la luz que por ella entraba era gris y triste.

El tiempo no mejoraba. Después de los días sin sol, las nubes bajaron, el aire se hizo pesado, húmedo é impregnado de niebla, y los días más sombríos. Kamionka, que hasta entonces permanecía en la cama echado, pero vestido, se sintió peor. Desnudóse y se acostó.

En realidad el enfermo, más que de determinada dolencia, lo estaba por sentirse abatido, sin alientos, extenuado y triste. Una debilidad general le impedía valerse de las piernas. No deseaba morir, pero sentíase sin fuerzas para seguir viviendo.

Las interminables horas de los días de niebla parecíanle mucho más largas porque nadie le acompañaba. Su mujer había muerto hacía veinte años, sus parientes vivían en otra región, y no tenía amigos. Durante los últimos años, sus relaciones habían disminuido por efecto de su excesiva impresionabilidad. Primero se burlaban de él y divertíanse con sus rarezas, pero éstas aumentaron, llegando al extremo de que cualquier tontería ó broma inocente le causaba profundo enojo: efecto de ello hasta sus más íntimos amigos le abandonaron.

Además le echaban en cara que hacía muy del piadoso y dudaban de su sinceridad. Los malévolos afirmaban que pasaba tantas horas en las iglesias para, siendo amigo de los curas, lograr le hicieran pedidos de imágenes. Y esto era falso. Su piedad podía no ser efecto de una fe profunda y tranquila, pero era desinteresada.

Daba, sin embargo, apariencias de verdad á tales afirmaciones, la avaricia siempre creciente de Kamionka. Hacía algunos años que, para economizar, habitaba en el taller,

vivía Dios sabe de qué, no cuidaba de conservar la salud, y su rostro era tan flaco y amarillento que parecía de cera. Huía de los hombres por temor de que le pidieran favores.

En resumen, tenía un carácter desapacible, agrio, y era muy desgraciado: en el fondo distaba mucho de ser un hombre vulgar. Hasta sus defectos tenían carácter propio, eran artísticos. Los que afirmaban que gracias á su avaricia había reunido una cuantiosa fortuna, se engañaban. Kamionka era pobre, pues gastaba cuanto poseía comprando agua-fuertes. Con ellos había formado un magnífico álbum que guardaba en el rincón de un armario; y los miraba y contaba de vez en cuando, con la precaución y avidez del usurero que cuenta sus monedas de oro. Tenía gran empeño en que esta su afición no fuese conocida, debiendo quizás atribuirlo á que le recordaba una gran desgracia, la causa principal de su tristeza.

Un día, cuando apenas hacía un año de la muerte de su esposa, había visto en una tienda de antigüedades, un grabado representando á Armida, y con asombro vió que el rostro de aquella Armida tenía notable parecido con el de su esposa muerta. Compró sin titubear el agua-fuerte, y de entonces buscaba y coleccionaba grabados, primero

cuantos representaban á Armida, luego la aficion fué aumentando, y acabó por comprar todos los que le gustaban.

Los que han perdido á los seres que amaban, deben ligar su vida á una afición, á una esperanza, á un algo, pues de lo contrario morirían. Nadie de cuantos conocían á Kamionka hubiera creído que aquel hombre extravagante y egoísta, y que ya iba para viejo, hubiese amado una mujer más que á su vida. Verosímil por no decir indudable era que, de no perderla, su existencia se deslizara más dulce, más larga y más humana. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que este amor había sobrevivido á la felicidad, á la juventud y al mismo talento.

Su piedad, que, en el decurso de los años llegó á serle habitual y que se fundaba en la observación de las formas exteriores, nacía de la misma fuente. A pesar de no ser un hombre de fe grande y práctica, cuando murió su esposa empezó á rogar por ella, pues sabía que era lo único provechoso que podía ofrecerle, y que á la par era un lazo que seguía uniéndole con su amada esposa.

Los caracteres en apariencia fríos, suelen saber amar con intensidad y constancia. Muerta su mujer, la vida entera de Kamionka, todos sus pensamientos, se concentraron cabe ese recuerdo, y de él se nutrieron como

se nutre la parásita del tronco sobre el que vive. Pero de tales recuerdos, la planta humana sólo puede sacar venenos compuestos de tristeza y dolorosos sentimientos; Kamionka se envenenaba y acababa con su quebrantada salud.

De no ser artista quizás no hubiera sobrevivido á la pérdida de la que más amaba, pero su profesión le salvó. Muerta su esposa, empezó á esculturar un monumento para ella. Es poco menos que inútil decir á los vivos que á los muertos les tiene muy sin cuidado la tumba en que descansan. Kamionka quería que el cuerpo de su Zosia durmiera en un pequeño palacio, y trabajaba en el monumento tanto con el corazón como con las manos. Y así fué como pasó los primeros meses sin enloquecer, y se acostumbró á vivir sin desesperarse.

Efecto de la lucha resultó excéntrico y desgraciado, pero el arte salvó al artista. Kamionka vivía sólo para el arte. Cuantos visitan museos y admiran esculturas ó cuadros, ni siquiera sueñan en que el artista pueda amar al arte por el arte. Kamionka había practicado siempre esta máxima en toda su pureza. Ni alas adornaban su espalda, ni su talento excedía de los medianos para que el arte llenara el vacío de su corazón y compensara sus irreparables pérdidas; pero siempre fué sincero. En los años

de su larga carrera nunca la perdió de vista, ni por amor á la gloria, al lucro ó á las alabanzas, ni por temor á la crítica. Creaba como sentía. En los tiempos felices, cuando vivía como los demás hombres, oyó decir del arte cosas muy raras, pero cuando empezaron á dejarle solo, á alejarse de él, en las interminables horas pasadas en el taller solitario, soñaba y veía al arte; y era noble y era grande y se elevaba muy por encima de las humanas flaquezas.

Le habían abandonado, y no era extraño. Parece que los hombres tienen para sus relaciones una medida que sirve para excluir á los desgraciados, quienes, al quedar solos, se cubren de extravagancias y defectos, como la piedra repelida por el torrente se cubre de musgo, cuando deja de rozar con las otras que forman el cauce. Kamionka estaba enfermo, y ni uno siquiera de aquellos sus amigos de antes iba á visitarle; no veía alma viviente, á excepción de la portera, que subía dos veces al día á prepararle y darle té. La buena mujer le aconsejaba que mandase llamar al médico, pero el enfermo se negaba ó lo difería temiendo gastar.

La debilidad se enseñoreó del enfermo, y es natural que así fuera, pues no tomaba otro alimento que el escaso del té. Nada anhelaba, ni comer, ni trabajar, ni vivir. Sus pensamientos eran tristes y marchitos,

como las hojas que veía á través de la ventana y se hermanaban con aquellos días de otoño, vestidos de niebla, y con aquella semiobscuridad plomiza.

No hay en la vida humana momentos más amargos que aquellos en que el hombre cree haber acabado su misión, vivido cuanto debía vivir, y que nada le queda ya que hacer en el mundo. Quince años llevaba Kamionka de sufrir una interior angustia que no le dejaba un instante de reposo: temía que su talento se agotara. Y durante su enfermedad se convenció de que lo había perdido, y le asaltaron temores de que hasta el arte le abandonaba. Sentía extraño cansancio y un abatimiento que le llegaba hasta la medula de los huesos. No creía cercana su muerte, pero opinaba que nunca recobraría la salud. No tenía ni ilusiones ni esperanzas.

Si algo deseaba era ver el cielo azul y los rayos del sol alegrando la soledad del taller. Se imaginaba que entonces cobraría un poco de ánimo. Siempre le produjeron dolorosa impresión el mal tiempo y la obscuridad: ésta aumentaba su natural tristeza y melancolía.

¿Cuál era la causa de que aquel tiempo «desesperador,» como él le llamaba, viniera acompañado de la enfermedad?

Cada mañana, cuando la portera subía á darle té, Kamionka preguntaba:

¿No huyen las nubes, no hay señales de buen tiempo?

—Al contrario, le decía la mujer, hay tanta niebla que á dos pasos no vemos nada.

Al oir esta contestación, el enfermo cerraba los ojos y permanecía largas horas quieto, inmóvil.

En el patio reinaba triste silencio, sólo interrumpido por el monótono é incesante caer de las gotas de agua. A las tres de la tarde era ya tal la obscuridad, que Kamionka debía encender la luz, operación que su debilidad le hacía muy penosa. Antes de resolverse á buscar los fósforos pasaba largo rato, luego alargaba calmosamente el brazo, cuya delgadez, visible á través de las mangas de la camisa, llenábale, á fuer de escultor, de amargura y disgusto. Encendida la bujía, quedaba otra vez inmóvil, hasta que á primeras horas de la noche volvía la portera, escuchando, cerrados los ojos, el monótono é incesante caer de las gotas de agua.

En aquellas horas el taller tenía un aspecto nuevo. La llama de la bujía iluminaba al lecho y á Kamionka. Y concentraba sus rayos formando un punto brillante en la frente del enfermo, cuya piel seca y amarilla, parecía barnizada. Lo restante de la pieza quedaba envuelto en una semiobscuridad que en los ángulos luchaba con las tinieblas.

A medida que en el exterior aumentaba

la obscuridad, las estatuas se bañaban de luz rosada, y al parecer adquirían vida. La llama de la bujía subía y bajaba, y al influjo de aquella luz oscilante las estatuas parecían también bajarse y subirse, como si se pusieran de puntillas para ver mejor el delgado rostro del artista, y convencerse de que su creador aún vivía.

El rostro del enfermo tenía la inmovilidad de la muerte. A veces sus labios amoratados se movían suavemente, cual si elevaran una plegaria ó maldijeran su abandono... y las gotas de agua seguían cayendo monótonas, pausadas y contando las horas de su enfermedad.

Una noche la portera subió algo beoda, y en consecuencia más habladora que de costumbre, y dijo:

—Me encuentro en la mayor miseria y me es muy difícil venir dos veces al día. Os convendría llamar una Religiosa, mi querido señor: una Hermana no exige un céntimo, y cuida los enfermos con solícito esmero.

A Kamionka le pareció excelente lo que le decía la portera, pero, como todos los caracteres irascibles, solía negarse á cuanto le aconsejaban; y no lo aceptó.

Salió la portera, y él empezó á reflexionar. ¡Una Hermana de la Caridad!... ¡Excelente! no cobran nada, y ¡qué ayuda, qué consuelo! Kamionka, al igual que todos los enfermos

que carecen de asistencia, se enojaba y luchaba contra las mil pequeñas miserias que le hacían sufrir y le impacientaban. Unas veces tenía la cabeza en posición incómoda, y á pesar de ello dejaba transcurrir horas enteras antes de resolverse á arreglar las almohadas: otras veces durante la noche tiritaba de frío, y hubiera pagado Dios sabe cuánto por una humeante taza de té: pero si le fatigaba encender la bujía ¿cómo soñar siquiera en hacer hervir agua? Una Hermana de la Caridad haría todo esto con la solicitud y dulzura habituales á las Religiosas. ¡Oh, qué llevaderas le serían sus penas con tan valioso socorro!

El pobre enfermo llegó á mirar la enfermedad en tales condiciones como algo envidiable, y le admiraba ver que tal felicidad le era asequible.

Le parecía que si iba á asistirle una Hermana llevara alegría y vida al taller desierto, en el exterior volvería á lucir el sol en un cielo sin nubes, y dejaría de perseguirle el monótono compás de las gotas de agua.

Se entristeció por no haber aceptado en el acto el consejo de la portera. Llegaba la noche, interminable y lóbrega, y la portera no volvería hasta la siguiente mañana. Presentía que aquella noche sería la más penosa de cuantas hasta entonces pasara.

Le asaltó el pensamiento de que era un

desgraciado, casi un mendigo, y contrastando con su actual miseria, el recuerdo de los años felices que llenos de vida, idealizados, desfilaron ante sus ojos. Con igual intensidad que un momento antes la idea de la Religiosa, surgía en su débil cerebro el recuerdo de estos años, y unía á él por extraña manera los recuerdos del sol, de la luz y de los días sin nubes.

Soñando despierto vió á su esposa muerta, y habló con ella tal cual solía hacerlo los últimos años de matrimonio, cuando sus empresas iban de mal en peor. Luego se cansó, sintió que disminuían sus escasas fuerzas y se durmió.

La luz, sobre la mesa, fué apagándose lentamente; la llama, primero roja, luego azul, echó unos fulgores más vivos y se extinguió. Reinó en el taller densa obscuridad.

Y fuera las gotas de agua seguían cayendo pausadas, monótonas cual lágrimas de aquella naturaleza triste y sombría.

Kamionka durmió muchas horas: su sueño era ligero, y de súbito despertó con la extraña impresión de que en el taller sucedía algo extraordinario. Alboreaba. Mármoles y yesos empezaban á blanquear. Los primeros rayos de luz que se extendían por el horizonte, entraban en el taller á través de los cristales de la ventana que se abría al pie del lecho.

Por entre aquella luz vaga, Kamionka creyó ver una sombra que avanzaba hasta sentarse junto á su lecho.

Abre los ojos, mira: ¡era una Hermana de la Caridad!

Sentada, inmóvil, el rostro vuelto hacia la ventana, la cabeza baja. Las manos juntas sobre las rodillas, al parecer oraba. El enfermo no podía verle la cara; sólo las blancas tocas y la obscura silueta de los hombros.

El corazón de Kamionka latía con violenta ansiedad, y se preguntaba:

—¿Cuándo habrá la portera acompañado á la Hermana? ¿por dónde y cómo entraron?

Luego creyóse víctima de una ilusión hija de la debilidad, y cerró los ojos.

Al cabo de un momento volvió á abrirlos.

La Hermana continuaba sentada como antes, inmóvil, sumida en profunda oración.

Extraña sensación mezcla de terror y de inmensa alegría erizó los cabellos del enfermo. Sentía que una fuerza inexplicable atraía sus miradas hacia aquella sombra ó mujer. Parecíale haberla visto, pero ¿dónde, cuándo? Anhelaba ver aquel rostro que escondían las blancas tocas. Kamionka, ignorando el por qué, no acierta ni á hablar, ni á moverse, ni á respirar siquiera.

Y la extraña sensación mezcla de terror y de inmensa alegría, le agitaba con creciente fuerza obligándole á preguntarse: ¿Qué es esto?

Por entre aquella luz vaga, Kamionka creyó ver una sombra que avanzaba...

Ya la aurora bañaba la tierra de luz de esperanza; ¡qué hermosa mañana! De súbito, sin gradación, la luz entró en el taller tan intensa, tan pura, tan alegre, cual no la viera igual el más hermoso de los días de Mayo. Una inundación de rayos de oro fué extendiéndose hasta llenar la vasta pieza y sumergirla tan completamente que mármoles y yesos perdían sus líneas, su forma se desvanecía en aquel baño de luz, y las paredes cayeron y desaparecieron cual nube de polvo, y Kamionka se halló en un espacio resplandeciente y sin límites.

Y vió que las tocas de la Religiosa iban perdiendo su blancura irradiante, que el contorno se agitaba cual alas de blanca mariposa, que se deshacían, se evaporaban, cual tenue niebla, trocándose en aureola deslumbradora.

La Religiosa volvió lentamente su rostro al enfermo, y de súbito aquel miserable abandonado vió, á través de la aureola deslumbradora, las facciones conocidas y cien veces amadas de su esposa.

Salta del lecho. Lanza un grito salido del alma, compendio de tantos años de lágrimas, de tristeza, de sufrimiento y desespero.

—¡Zosia! ¡Zosia!

Temblando le coge las manos; ella las retira y le echa los brazos al rededor del cuello.

La luz seguía brillando con intensidad creciente.

—No me olvidaste, le dijo ella, y yo he venido y he orado para que el Eterno te diera una muerte feliz.

Kamionka vuelve á estrecharle las manos con fuerza, cual si temiera que aquella visión bienhechora desapareciese á la par de la luz que brillaba con creciente intensidad.

—Moriré feliz si no me dejas.

Ella sonrió con angelical sonrisa, y retirando una mano, la inclinó hacia abajo y le dijo:

—¡Si ya estás muerto! mira.

Kamionka miró siguiendo la dirección de la mano, y muy lejos, bajo sus piés, vió por la ventana del fondo el interior de su taller sombrío y solitario, y extendido sobre el lecho su cadáver. La boca desmesuradamente abierta, semejaba un hoyo negro en la cara amarilla.

Y miró aquel cuerpo tan flaco con horror, cual si no fuera el suyo... Y cuanto veía hízose vago, indeciso, y acabó por desaparecer... Y aquel resplandor que les rodeaba, mecido, empujado por el viento de la eternidad, iba subiendo, subiendo, al infinito, al cielo...

Índice

Índice

	Págs.
Bartek el Victorioso..	5
Yanko el músico..	125
El Guardián del faro de Aspinwal. .	143
Extracto del diario de un preceptor de Posen.	181
El Organista de Ponikla.	215
Lux in tenebris lucet.	233

Quedan reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria de la presente traducción.

Se ha hecho el depósito que marca la ley.

Pauta para la colocación de las láminas

	Págs.
Enrique Sienkiewicz.	3
La mujer llorando arrojóse al cuello de su esposo. . .	11
—¡Ah! ¡estúpida bestia polaca!...	21
—¡Ah! ¡Dios Eterno! ¡Voitek! ¡corre! ¡sálvame! . . .	33
Y cogiendo otra vez el fusil...	43
... Golpea el suelo con la culata de su fusil.	61
¡Pégame, corta mi cabeza, conviértete en asesino! . .	75
Sus puños de hierro blandían con tal fuerza la estaca..	85
Magda tenía excelente corazón...	97
En la sala había varios oficiales...	105
Bartek se echó á los piés de la señora.	113
... Logró arreglarse algo parecido al más rudimentario violín..	131
En el alto balcón, permanecía horas y horas...	153
Solía echarlas miajas de pan...	161
El viejo abrió los ojos y miró con asombro al hombre que tenía delante.	173
Me precipité al dormitorio.	207
El óboe cayó de sus manos heladas.	227
Por entre aquella luz vaga, Kamionka creyó ver una sombra que avanzaba...	247

Barcelona, 30 de Enero de 1902.

Imprimatur

El Vicario General

RICARDO CORTÉS

BIBLIOTECA DEL HOGAR

(PRIMERA SERIE)

NOVELAS

ORIGINALES DE DISTINGUIDOS ESCRITORES ESPAÑOLES Y FRANCESES

ADORNADAS CON PROFUSIÓN DE GRABADOS

No más mostrador, por D. Francisco de Paula Capella. Novela de costumbres catalanas.—75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.

Espera. Narración de un sueño y de una vida, por Aurora Lista.—75 céntimos en rústica, y 1'25 pesetas en tela.

Sin Dios. Novela, por Raquel.—Muestra los horribles pero lógicos resultados de la educación sin *Dios*.—75 céntimos en rústica, y 1'25 ptas. en tela.

Cadena de oro, por Aurora Lista.—1'25 ptas. en rústica, y 1'75 en tela.

Anisia, *ó una virgen-apóstol en el siglo IV.*—50 céntimos en rústica, y 1 pta. en tela.

La Gitana, *ó una aventura en los Pirineos,* por don Francisco de P. Capella.—75 céntimos en rústica, y 1'25 ptas. en tela.

Una madre como hay muchas. Novela de costumbres populares, por D. Francisco de Paula Capella.—50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

La firma del Banquero. Historia de un crimen, por Aurora Lista.—50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

La perla preciosa. Novela, por Matilde Bourdón.—Hermoso relato de la conversión de una familia protestante.—75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.

De mi cosecha. Hermosa colección de cuentos varios, debidos á la castiza pluma de D. Norberto Torcal.—75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.

Lea, por Matilde Bourdón.—Novela histórica cuyo argumento se desarrolla en tiempo del gran Constantino. 50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

Maricielo, *ó la hija del ajusticiado,* por Aurora Lista. — 50 cénts. en rústica, y 1 peseta en tela.

El Cruzado. *Leyenda original,* por Francisco Hernando. — 50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

La Huérfana. Historia contemporánea, por Matilde Bourdón.—50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

Luz del Sol. Historia de una joven, por Raquel.—50 céntimos en rústica, y 1 pta. en tela.

Lidia, por Aurora Lista.—50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona

BIBLIOTECA DEL HOGAR

(SEGUNDA SERIE)

BARTEK EL VICTORIOSO

NOVELA ORIGINAL DEL CÉLEBRE ESCRITOR POLACO

AUTOR DEL QUO VADIS...?

ENRIQUE SIENKIEWICZ

Traducida por M. C. y G.

«BARTEK EL VICTORIOSO, escribe el distinguido crítico Halperine-Kaminsky, es á mi entender superior á la mayor parte de los grandes escritos de Sienkiewicz, algunos de los cuales son quizás más conocidos y encomiados.»

La adornan 18 preciosas láminas impresas en papel mate y dibujadas exprofeso por los Sres. R. Opisso, J. Coll y Salieti, A. Femenía y E. Taltavull.

Se vende al precio de **2'50 ptas.** en rústica.

EN PRENSA

LAYETA

por ***RAQUEL***

Esta hermosa novela, cuya primera edición tuvo tan lisonjero éxito, se está reimprimiendo, adornada con numerosas láminas sueltas, en el mismo tamaño que la presente novela y formando un solo volumen la 1.ª y 2.ª parte, ó sea **LAYETA y EL TRIUNFO DE LA GRACIA.**

Dentro de breve tiempo se pondrá en venta.

Las anunciadas novelas, al igual que todas las obras que publica esta Casa, están aprobadas por la Autoridad eclesiástica.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona

LIBRERÍA
Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA
PINO, 5, BARCELONA